

Me llamo

NOYUD ALÍ

Noyud,

tengo 10 años
y estoy divorciada

Escrito con la colaboración de Delphine Minoui



«Me llamo Noyud y soy una niña yemení. Tengo 10 años, o eso creo. En mi país los niños campesinos carecen de documentos, ya que no se les registra al nacer. Mi padre me casó a la fuerza con un hombre que me llevaba treinta años. Me ha pegado y ha abusado sexualmente de mí. Sin embargo, una mañana, cuando salí a comprar el pan, me subí a un autobús y me refugié en un tribunal hasta que un juez me quiso escuchar...»

Este libro es la historia de una pequeña yemení que ha tenido la valentía de desafiar las arcaicas tradiciones de su país pidiendo el divorcio... ¡Y lo ha conseguido! Toda una conquista en Yemen, donde más de la mitad de las muchachas son entregadas en matrimonio antes de cumplir los dieciocho años. La propia Noyud, que ha podido volver a estudiar, y cuya máxima ilusión es convertirse en abogada para defender a otras niñas como ella, nos cuenta su historia. Lo hace para romper el silencio y para animar a otras muchachas de su edad a no caer en la misma trampa.

Noyud recibió el Premio a la Mujer del Año 2008 de la revista *Glamour*. Lo compartió con Nicole Kidman, Condoleezza Rice y Hillary Clinton.

021412



9 788427 035768

ME LLAMO NOYUD,
TENGO 10 AÑOS
Y ESTOY DIVORCIADA

NOYUD ALÍ
ME LLAMO NOYUD,
TENGO 10 AÑOS
Y ESTOY DIVORCIADA

Con la colaboración de Delphine Minoui

Primera edición: octubre de 2009

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor. Todos los derechos reservados.

Título original: *Moi Nojoud, 10 ans, divorcée*

© 2009, Éditions Michel Lafon

© 2009, María Pilar Queralt del Hierro, por la traducción

© 2009, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

www.mrediciones.com

ISBN: 978-84-270-3576-8

Depósito legal: M. 37.799-2009

Fotocomposición: EFCA, S. A.

Impresión: Brosmac, S.L.

Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

NOYUD, UNA HEROÍNA CONTEMPORÁNEA	9
1. EN EL TRIBUNAL.....	13
2. JARYI	21
3. ANTE EL JUEZ.....	37
4. EL MATRIMONIO	43
5. CHADA.....	69
6. LA HUIDA.....	77
7. EL DIVORCIO	93
8. EL CUMPLEAÑOS	105
9. MONA	111
10. EL REGRESO DE FARES.....	121
11. CUANDO SEA ABOGADA	131
EPÍLOGO	145
AGRADECIMIENTOS	151
NOTAS.....	153

NOYUD, UNA HEROÍNA CONTEMPORÁNEA

Érase una vez una tierra prodigiosa, plena de leyendas tan increíbles como sus edificios, similares a panecillos de especias decorados con finos hilos de azúcar glas. Un país que se encuentra al sur de la península arábiga, a orillas del mar Rojo y del océano Índico. Que es dueño de una historia milenaria, como demuestran las infinitas torrecillas que asoman tras las crestas de sus montañas. Un país cuyas calles están perpetuamente perfumadas de un alegre aroma a incienso.

Ese país se llama Yemen.

Cómo será que, hace ya mucho tiempo, los más ancianos del lugar decidieron darle el sobrenombre de *Arabia Felix*, la «Arabia feliz».

Algo lógico puesto que Yemen es un país de ensueño. Es el reino de la legendaria reina de Saba, la mujer increíblemente bella que encendió el corazón del rey Salomón y dejó su huella en libros sagrados como la Biblia y el Corán. Es un territorio misterioso donde los hombres nunca salen a la calle sin

su puñal curvo, fieramente sujeto a la cintura, y donde las mujeres esconden su belleza bajo espesos velos negros. Un país que cruzaban las seculares caravanas que comerciaban con especias, canela y ricas telas. Su viaje duraba varias semanas, incluso meses. Lloviera o hiciera viento, nada las detenía. Por eso se dice que los más débiles nunca regresaban a casa.

Para dibujar el Yemen es necesario imaginar un territorio poco mayor que Grecia, Nepal y Siria juntos, que se asoma al golfo de Adén. Aquel en cuyas procelosas aguas los piratas, desde la noche de los tiempos, se lanzan sobre los cargueros que transitan entre la India, África, América y Europa.

A lo largo de los siglos han sido muchos los pueblos que no han podido resistir la tentación de invadir ese bello país. Los etíopes desembarcaron en él armados de arcos y flechas, pero fueron rápidamente rechazados. Les siguieron los persas, con sus afiladas espadas, quienes construyeron canales y fortalezas y contaron con una serie de tribus autóctonas para hacer frente a posibles nuevos invasores. Más tarde, también los portugueses probaron suerte y establecieron en el territorio sus compañías comerciales. Los otomanos les tomaron el relevo y se adueñaron del país durante más de cien años. Más tarde, los británicos de piel blanca se establecieron al sur, en Adén, mientras los turcos se retiraban al norte. Y después, una vez se marcharon los ingleses, los fríos y cerebrales rusos se interesaron a su vez por la zona sur. Así, como un pastel en manos de niños demasiado golosos, el país acabó por escindirse en dos.

Los ancianos cuentan que si esta *Arabia Felix* ha sido tan codiciada es porque guarda mil y un tesoros. Ciertamente su

petróleo despierta la codicia de los extranjeros, su miel es más valiosa que el oro, su música es cautivadora, y su poesía, dulce y refinada. Además, su especiada cocina se deja comer hasta sin hambre, y sus yacimientos arqueológicos atraen a los especialistas del mundo entero.

Todo ello ha dado lugar a que los invasores partieran siempre con sus maletas bien cargadas. Y, desde su partida, Yemen se hundió en una serie de guerras civiles demasiado complicadas como para explicarlas en los libros de texto. Unificado de nuevo el territorio en 1990, aún ahora se recupera de las numerosas heridas abiertas con tanto conflicto. Es como un anciano convaleciente de una larga enfermedad, que ha perdido sus reflejos e intenta, de nuevo, aprender a caminar.

Uno acaba por preguntarse quién dicta la ley en este extraño país donde la mayoría de los niños y niñas pide limosna por las calles en lugar de ir a la escuela.

Cierto que en la cumbre del poder se halla un presidente cuya foto decora a menudo los escaparates de las tiendas. Pero en Yemen hay también muchos jefes de tribu, tocados con complicados turbantes, que ejercen en las aldeas como dueños del día y de la noche. Sea en la venta de armas, en los acuerdos matrimoniales o en la cultura del *qat*,¹ quieren tener siempre la última palabra. Es más, parece que pueden volverse violentos cuando alguien rechaza su criterio, y de ahí las explosiones en los barrios elegantes de Saná, donde viven los representantes comerciales o diplomáticos de los países extranjeros, los mismos que conducen impresionantes coches

¹ Las palabras seguidas de número remiten a las «Notas», insertas al final de la obra. (*N. del E.*)

con vidrios tintados. Se dice que estos hombres tan religiosos y de largas barbas son quienes están tras estos atentados... ¡en nombre de Alá!

Y luego, en las familias, la autoridad, la ley, la ejercen los padres y los hermanos mayores...

Fue en este país, tan fascinante como atormentado, donde nació hace apenas diez años una muchachita llamada Noyud.

Menuda y delicada, Noyud no es una reina ni una princesa. Es una niña normal, con una numerosa familia formada por sus padres, sus hermanos y sus hermanas. Como a todos los niños de su edad, le encanta jugar al escondite y se vuelve loca por el chocolate. Le gusta dibujar con lápices de colores y sueña con parecerse a una tortuga acuática ya que nunca ha visto el mar. Cuando sonrío, un pequeño hoyuelo se le marca en la mejilla izquierda.

Pero un día frío y gris de febrero de 2008, esa bonita y pícaro mirada desapareció entre lágrimas cuando su padre le anunció que iba a casarse con un hombre que le triplicaba la edad. Creyó que el mundo se le caía encima. La casaron a toda prisa pocos días después, y la pequeña decidió reservar sus últimas fuerzas para intentar cambiar el desgraciado futuro que se le avecinaba...

Delphine Minoui

EN EL TRIBUNAL

2 de abril de 2008

La cabeza me da vueltas. Nunca había visto tanta gente junta. En el patio que precede al edificio principal del tribunal, un inmenso gentío se mueve en todas direcciones. Hombres vestidos con traje y corbata, cargando expedientes y portafolios bajo el brazo, alternan con otros vestidos con la *zanna*, la larga túnica tradicional de las aldeas del norte de Yemen. Por si esto fuera poco, hay un montón de mujeres que gritan y lloran, dando lugar a un barullo insoportable. Quisiera poder leer los movimientos de sus labios y entender qué dicen, pero sus *niqab*² a juego con sus largas vestimentas negras solo dejan ver sus ojos abiertos y redondos. Parecen granadas a punto de estallar. Están furiosas como si un tornado acabara de destruir su casa. Escucho.

Apenas logro captar alguna palabra suelta de sus conversaciones: «custodia de los niños», «justicia», «derechos

humanos»... No acabo de entender qué significa. A mi lado, un gigante de hombros cuadrados, turbante encasquetado hasta las cejas y con una bolsa de mano llena de documentos explica a quien quiera escucharle que está allí para intentar recuperar las tierras que le han robado. Me he colado tras él corriendo como una liebre desorientada.

¡Qué desbarajuste! Me ha recordado la plaza Al Qa, la de los obreros en paro, en pleno centro de Saná, donde *aba*³ acude a menudo. Cada uno a lo suyo, a ver quién es el primero que consigue un trabajo para todo el día, desde que asoma el sol, justo después del *azan*, la llamada a la oración de la mañana. Gentes que pasan verdaderamente hambre y tienen una piedra por corazón. Tampoco aquí nadie se apiada de la suerte del otro. Me gustaría tanto que alguien me tomara de la mano, que una mirada compasiva se posara sobre mí. ¡Que alguien me escuchara al menos una vez! Pero es como si fuera invisible. Nadie me ve. Soy demasiado pequeña para ellos. Apenas les llego a la cintura. Solo tengo diez años, quizá menos. ¡Quién sabe!

Me había hecho una idea muy diferente del tribunal. Lo imaginaba un lugar tranquilo y limpio. La mansión del Bien contra el Mal, donde se resuelven todos los problemas de la tierra. En televisión, en casa de unos vecinos, había visto algún juicio donde los jueces llevaban largas togas. Se dice que su misión es ayudar a quien lo necesite. Es necesario, pues, que dé con uno para contarle mi historia. Estoy agotada. Me arde la frente. Me da vergüenza y me duele la cabeza. ¿Me quedan aún fuerzas para continuar? No. Sí. Tal vez. Es demasiado tarde para volver atrás, me digo. Es necesario seguir adelante.

Esta mañana, al abandonar la casa de mis padres, me he prometido que no volvería sobre mis pasos sin haber conseguido lo que pretendía. Hace exactamente diez horas.

–Vete a comprar el pan para el desayuno –me ha dicho mi madre al tiempo que me daba 150 riales.⁴

Con un gesto automático, he sujetado mis cabellos oscuros bajo un pañuelo negro y me he cubierto con un manto a juego, como todas las mujeres yemeníes cuando salen a la calle. He caminado, temblorosa, algunos metros hasta tomar el primer minibús que pasara por la gran avenida que conduce hasta el centro de la ciudad. Me he apeado al final y he superado todos mis miedos al subirme sola por primera vez en mi vida a un taxi amarillo.

En el patio, la espera no acaba nunca. ¿A quién me dirijo? Repentinamente descubro entre la multitud algunas miradas cómplices. Abajo, cerca de la escalera que da a la entrada del gran edificio de cemento beis, tres muchachos con sandalias de plástico me examinan de pies a cabeza. Sus mejillas están cubiertas de polvo. Me recuerdan a mis hermanos pequeños.

–¡Tu peso por 10 riales! –me dice uno de ellos mostrándome una antigua balanza abollada.

–¿Un té para tranquilizarte? –me propone otro, agitando una bandeja llena de vasos humeantes.

–¿Un zumo de zanahoria fresco? –me sugiere un tercero, desplegando una hermosa sonrisa, y alargando su mano derecha con la esperanza de conseguir alguna moneda.

No, gracias, no tengo sed. Ni la cabeza lo suficientemen-

te serena como para que me interese saber cuánto peso. ¡Si supieran lo que me ha traído hasta aquí!...

Desamparada, vuelvo de nuevo la cabeza hacia todas esas caras que me rodean. Con sus largos y espesos velos, todas las mujeres se parecen. Sombras negras, más aterradoras que atractivas. ¿En qué avispero me he metido? Entonces, más allá, descubro a un hombre con camisa blanca y traje negro que se dirige hacia mí. ¿Un juez tal vez... o un abogado? Adelante, hay que probar suerte.

—Perdone, señor, quiero ver a un juez.

—¿A un juez? Es por ahí abajo, después de las escaleras —me responde sin entretenerse, antes de volver a desaparecer entre el gentío.

No tengo elección. Debo afrontar esa escalera que se abre frente a mí. Es mi única salida. Me siento sucia. Debo subir los escalones uno a uno para ir a explicar mi historia, atravesar esa marea humana que parece crecer a medida que me acerco al gran hall de entrada. Estoy a punto de dar la vuelta. Dudo. Mis ojos están reseco de tanto como he llorado. No puedo más. Mis pies parecen pesar cada vez más, hasta que se posan sobre el suelo de mármol. No debo flaquear. Ahora no.

Sobre las paredes blancas como las de un hospital, distingo diferentes inscripciones en caligrafía árabe. Intento hacer un último esfuerzo, pero no consigo leerlas. Me he visto forzada a dejar el colegio en segundo curso, poco antes de que mi vida se convirtiera en una pesadilla, y apenas puedo escribir algo más que mi nombre, Noyud. Estoy desorientada. Mi mirada acaba por distinguir a un grupo de hombres vestidos con uniformes de color verde oliva y con la cabeza cubierta

por un quepis con visera. Seguramente son policías. ¿O quizá soldados? Uno de ellos lleva un Kalashnikov en bandolera.

Me estremezco. Si me ven, corro el riesgo de que me detengan. Una chiquilla que se ha escapado de casa, eso no se hace. Temblando, me acerco discretamente al primer velo que veo pasar, esperando llamar la atención de la desconocida que se oculta bajo él. «¡Ánimo, Noyud!», me alienta una débil voz interior. «Eres una niña, es cierto; pero también una mujer. Una auténtica mujer, por si aún lo dudas.»

—¡Quiero hablar con un juez!

Dos enormes ojos perfilados de negro me miran con asombro. La mujer que tengo ante mí no me había visto llegar.

—¿Cómo?

—¡Quiero hablar con un juez!

Esa expresión de no haberme oído ¿es para ignorarme como ha hecho el resto de las personas con las que me he cruzado?

—¿A qué juez buscas?

—¡Quiero hablar con un juez, eso es todo!

—Pero hay muchos jueces en este tribunal...

—¡Lléveme hasta un juez, no importa cuál sea!

Permanece inmóvil, sorprendida ante mi determinación. A menos que mi pequeño grito haya tenido el mismo efecto que una flecha envenenada con curare.

Soy una simple aldeana que vive en la capital. Siempre me he sometido a las órdenes de los hombres de la familia. Desde siempre he sabido que tenía que decir «sí» a todo. Pero hoy he decidido decir «no». Me siento mancillada. Es como si me

hubieran robado una parte de mí. Nadie puede impedirme que acuda a la justicia. Es mi última oportunidad. No la dejaré pasar fácilmente. Y no será esa mirada, tan fría como el mármol del gran hall en el que me encuentro, ni el eco de mi voz que me ha parecido tan ajeno a mi persona, lo que me haga echarme para atrás. Ya es mediodía. Hace más de tres horas que ando sin rumbo por este laberinto del palacio de justicia. ¡Quiero ver a un juez!

—¡Sígueme! —acaba por decirme, haciéndome una seña para que vaya tras ella.

La puerta se abre y aparece una sala bien amueblada, con el suelo cubierto por una moqueta marrón y llena de gente. Al fondo, tras un estrado, una cara con un enorme mostacho intenta responder a las miles de cuestiones con las que le ametrallan los asistentes. ¡Es el juez! ¡Por fin! El ambiente está caldeado pero resulta tranquilizador. Me siento segura. En la pared principal veo la foto enmarcada de «*Amma Alí*», el «tío Alí» —como nos han enseñado a llamarle en la escuela—, el presidente de nuestro país, Alí Abdulá Salé, que fue elegido hace más de treinta años.

Tomó asiento como el resto de los asistentes en un sofá marrón dispuesto a lo largo de la pared. Fuera el muecín⁵ llama a la plegaria del mediodía. A mi alrededor, entreveo caras que me resultan familiares, incluso miradas que reconozco por haberme cruzado anteriormente con ellas en el patio. Algunas caras se vuelven intrigadas hacia mí. ¡Vaya, por fin se han dado cuenta de que existo! Ya era hora. Reconfortada, me acomodo en mi asiento y espero pacientemente mi turno.

Si Dios existe, me digo, seguro que viene a salvarme. Siempre rezo mis plegarias, cinco veces al día. Durante el Aid, la fiesta que señala el fin del ramadán, siempre ayudo a mi madre y a mis hermanas a preparar los platos. Soy una niña prudente. Que Dios tenga piedad de mí...

Luego, en mi mente se mezclan diferentes imágenes. Estoy nadando. La mar está en calma. Pero comienza a agitarse. A lo lejos, distingo a mi hermano Fares, pero no llego a alcanzarle. Le llamo. No me escucha. Me pongo a gritar su nombre. Pero las ráfagas de viento me hacen retroceder y me arrastran hacia la playa. Intento resistirme agitando mis brazos como hélices. No es cuestión de dejarme llevar al punto de partida. Las olas son cada vez mayores. He perdido de vista a Fares. ¡Socorro! No puedo volver a Jaryi, no, no puedo volver.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Es una voz masculina la que me despierta de mi duermevela. Es extrañamente dulce. No necesita gritar para llamar mi atención. Se contenta con dirigirme unas pocas palabras: «¿Qué puedo hacer por ti?»...

Por fin alguien viene en mi ayuda. Me froto los ojos y reconozco al juez del mostacho que está de pie ante mí. La muchedumbre ha desaparecido, ya no hay mil ojos contemplándome, y la sala está casi vacía. Ante mi silencio, el hombre insiste:

—¿Qué es lo que quieres?

Mi respuesta no se hace esperar:

—¡Mi divorcio!

JARYI

En Jaryi, la aldea donde nací, no se enseña a las mujeres a escoger. Allí son los hombres los que siempre tienen la última palabra. A los dieciséis años, Choya, mi madre, se casó con mi padre, Alí Mohamed al-Ahdel, sin rechistar. Y cuando cuatro años después él decidió aumentar la familia con una segunda esposa, ella se dobló dócilmente a los deseos de su marido. Lo hizo con la misma resignación con la que yo acepté de entrada mi matrimonio, sin acabar de comprender lo que estaba en juego. A mi edad no se hacen demasiadas preguntas.

—¿Cómo se hacen los niños? —le pregunté un día inocentemente a *omma*.⁶

—Ya lo sabrás cuando seas mayor —me respondió y, con un gesto, dio por zanjada la cuestión.

Me conformé con la respuesta, dejé aparcada la cuestión y volví al jardín a jugar con mis hermanas y hermanos. Nuestro

pasatiempo favorito era jugar al escondite. El valle de Uadi Laa, en el departamento de Haija, en el norte del país, donde nací, guardaba mil y un refugios para que nosotros pudiéramos escondernos: los troncos de los árboles, los montículos rocosos, las grutas excavadas por el tiempo. Cuando estábamos agotados por haber correteado más de la cuenta, hundíamos la cabeza entre la hierba fresca y nos dejábamos mimar por ese amable lecho de césped. Luego el sol aprovechaba para venir a acariciarnos la piel y tostar nuestras mejillas. Después de descansar nos divertía perseguir a las gallinas o espolear a los burros con pequeñas y elásticas ramas de árbol.

Mi madre tuvo dieciséis hijos. Para ella, que sufrió en silencio tres abortos, cada embarazo fue un auténtico desafío. También perdió a uno de sus bebés en el momento del parto. Otros cuatro, que no llegué a conocer, sucumbieron a las enfermedades y a la escasez de médicos y medicinas. Tenían entre los dos meses y los cuatro años.⁷

Me traje al mundo en casa, como al resto de sus hijos, echada sobre una estera trenzada, sufriendo el dolor y rogando a Dios que cuidara de su recién nacido.

—Tardaste mucho en venir al mundo, Noyud. Las contracciones comenzaron de noche, hacia las dos de la madrugada. Y el parto duró hasta después de mediodía, en pleno verano y con un calor espantoso. Fue un viernes, día festivo —me explicaba en ocasiones para satisfacer mi curiosidad.

Si hubiera sido un día laborable, la situación no hubiera cambiado demasiado. A *omma* la posibilidad de dar a luz en

un hospital ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Nuestra aldea, confinada al fondo de un valle, estaba totalmente alejada de cualquier infraestructura sanitaria. Se componía de cinco casas de piedra, no tenía ayuntamiento, ni tienda de comestibles, taller mecánico o barbero... ¡ni siquiera mezquita! No se podía llegar hasta ella más que a lomos de una mula. Solo algunos temerarios conductores de *pick-up* se atrevían a aventurarse por el camino pedregoso que se extendía a lo largo del desfiladero, eso sí, a condición de tener que cambiar sus neumáticos cada dos meses dado el estado de la calzada. Por tanto, imaginaos a mi madre en plenas contracciones dirigiéndose al hospital... ¡Habría dado a luz por el camino! ¡*Omma* dice que ni siquiera las uvis móviles han asumido nunca el riesgo de desplazarse hasta Jaryi!

—Entonces... ¿quién actuó en casa como comadrona? —se me ocurrió preguntar cuando *omma*, a la que aún no habían cansado mis preguntas, parecía llegar al final de la narración de mi llegada a este mundo.

—Pues, afortunadamente, tu hermana mayor, Yamila, estaba en casa... Como siempre, ella me ayudó a cortar el cordón umbilical con un cuchillo de cocina. Luego te bañó antes de arrojarte. Tu abuelo Yad decidió ponerte Noyud. Dijo que era un nombre beduino.

—*Omma*... ¿Yo nací en junio o en julio? ¿O fue en agosto? Fue entonces cuando *omma* comenzó a hartarse.

—Noyud, ¿cuándo dejarás de hacer preguntas? —me respondió para poner fin al interrogatorio.

La verdad es que no lo sabía. Ni mi nombre ni mis apellidos aparecen en ninguna clase de registro oficial. Fuera de la capital, los bebés carecen de documento de identidad. En

cuanto a mi año de nacimiento, ¡vete tú a saber! Por deducción, mi madre calculó que rozaba los diez años. Pero también podría tener ocho o nueve... Ante mi insistencia, comenzó a hacer un cálculo aproximado intentando reconstruir el orden de nacimiento de sus hijos, recurriendo a las estaciones del año, a la muerte de los abuelos, a las bodas de algunos primos y a algunas mudanzas. ¡Un auténtico ejercicio de acrobacia matemática!

Así, tras una contabilidad más complicada que la de las cuentas de una tienda de comestibles, acabó por deducir que Yamila es la mayor de la familia, seguida por Mohamed, el primer varón y por tanto el «segundo hombre» de la casa a la hora de decidir, después de mi padre. Le siguen Mona, la misteriosa, y Fares, el fogoso. Después vengo yo, seguida de mi preferida, Haifa, casi tan alta como yo. Y, por fin, Morad, Abdo, Asil, Jaled y la pequeña, Raudha, con su cabecita llena de rizos. En cuanto a Doula, mi «tía», la segunda esposa de mi padre, que es una de sus primas lejanas, tiene otros cinco hijos.

—¡*Omma* es una auténtica coneja! —se ríe a menudo Mona, cuando siente deseos de pinchar a mi madre—. Recuerdo en más de una ocasión haberme despertado y haber descubierto un nuevo recién nacido en su cama. No parará nunca...

Omma recuerda haber recibido en una ocasión la visita de la representante de una asociación de planificación familiar. Le recetaron unos comprimidos destinados a evitar que volviera a quedarse encinta. Ella se los tomaba cuando le parecía y, ante su sorpresa, un mes después su vientre comenzó a hincharse de nuevo. Fue entonces cuando decidió que la vida era así y que no se podía ir en contra de la naturaleza.

Jaryi lleva el nombre que le corresponde. En árabe significa «en el exterior». O dicho de otra forma: en el fin del mundo. La mayor parte de los cartógrafos ni se preocupa de señalar en sus mapas esta microscópica localidad. Para situarnos, se puede decir que Jaryi no está demasiado lejos de Haija, una ciudad bastante conocida del noroeste de Yemen, al sur de Saná. Para cubrir la distancia entre este pequeño rincón perdido y la capital, es necesario recorrer por lo menos cuatro horas de carretera asfaltada y otro tanto de arena y rocas. Cuando mis hermanos salían por la mañana para ir a la escuela, tenían que recorrer casi dos horas a pie hasta llegar a su destino, un colegio situado en la población más importante del valle. La escolarización estaba reservada a los varones. Mi padre, un hombre muy protector, consideraba que las niñas éramos demasiado frágiles y vulnerables para aventurarnos por esos caminos casi desérticos donde el peligro acechaba detrás de cada cactus. De hecho, mi madre no sabía leer ni escribir y ninguno de los dos veían que eso fuera necesario para sus hijas.⁸

Crecí pues en la escuela de la naturaleza, mirando a *omma* atender la casa y pataleando cuando veía a mis dos hermanas mayores, Yamila y Mona, salir a buscar agua a la fuente, con ánforas amarillas, sin poder aún seguirlas. En Yemen el clima es tan seco que es necesario beber varios litros de agua al día para no deshidratarse. Desde que aprendí a andar, el río fue uno de mis destinos favoritos. Situado a poca distancia de nuestra casa, su proximidad nos era muy útil. En sus claras y limpias aguas, *omma* hacía la colada y aclaraba las cacerolas después de cada comida. Por la mañana, cuando los hombres salían al campo, las mujeres aprovechaban para

asearse en él a la sombra de los frondosos árboles de su ribera. Los días de tormenta nos refugiábamos en casa para protegernos de la lluvia y de los relámpagos. Pero cuando los rayos del sol reaparecían una vez apartadas las nubes, volvíamos a la orilla del río, tan lleno de agua que me cubría hasta el cuello. Para evitar que sus aguas se desbordaran, mis hermanos se entretuvieron en construir pequeñas presas que desviarán la corriente. Disfrutaron de lo lindo haciéndolo.

De vuelta de la escuela, los muchachos recogían ramas para alimentar el fuego del *tandur*, el horno tradicional, donde se cocía el *jobz*, nuestro pan yemení. Mis hermanas eran unas auténticas expertas en estas galletas crujientes. Las cubríamos de miel, el «oro de Yemen», como dicen los mayores. La de nuestra región es particularmente célebre y mi padre disponía de algunas colmenas de las que cuidaba con una asombrosa delicadeza. *Omma* nos repite incesantemente que la miel es muy buena para la salud ya que da mucha energía.

Por la noche, la cena se toma tradicionalmente en torno al *sofra*,⁹ un mantel en el suelo. Desde el momento en que *omma* colocaba la gran cazuela caliente llena de *salta* –un estofado de buey o de cordero con salsa de fenogreco¹⁰– nos apresurábamos a hacer con las manos unas pequeñas bolas de arroz y carne que rápidamente pasaban al interior de nuestra boca. Imitando a nuestros padres habíamos aprendido a comer directamente de la fuente. Sin plato, tenedor ni cuchillo. Así es como se come en las aldeas de Yemen.

De vez en cuando, *omma* nos llevaba al mercado del sábado que se celebraba semanalmente en el centro del valle. Para

nosotros, ese era un gran día. Viajábamos a lomos de un asno y, una vez allí, nos aprovisionábamos para la semana. En la época en que más arreciaba el sol, *omma* se ponía sobre su velo negro un sombrero de paja que le cubría una buena parte del rostro. Se diría que era un parasol.

Vivíamos días felices bajo la calidez del sol. Una vida sencilla pero enormemente apacible, sin electricidad, sin agua corriente. Escondidos tras unos matorrales, los retretes eran un simple agujero rodeado de un pequeño muro de ladrillo. Cuando caía la noche, el salón principal, decorado simplemente con unos cuantos almohadones en el suelo, se transformaba en dormitorio. Para ir de una habitación a otra, debíamos cruzar el patio central. Durante el verano, este se convertía en escenario de la vida familiar ya que se adaptaba a todas las necesidades cotidianas. *Omma* había instalado una cocina al aire libre donde preparaba sus *saltas* sobre el fogón de leña mientras amamantaba a los más pequeños. Mis hermanos repasaban el alfabeto aprovechando el fresco y las chicas dormíamos la siesta en un jergón de paja.

Mi padre no solía estar en casa. Por lo general, se levantaba con los primeros rayos del sol para llevar a pacer a su rebaño. Tenía ochenta corderos y cuatro vacas. Estas últimas nos daban suficiente leche como para hacer mantequilla, yogures y queso fresco. Cuando se marchaba para ir a algunas de las aldeas vecinas, recubría su *zanna* con una chaqueta marrón y se ataba su *jambia* a la cintura. Se dice que este puñal, que

llevan todos los hombres de mi país, muy afilado y decorado a mano, es un símbolo de autoridad, virilidad y prestigio en la sociedad yemení. Ciertamente le daba prestancia, le aportaba una cierta clase que no le permitía pasar desapercibido. Me sentía orgullosa de mi *aba*. Pero por lo que luego he sabido se trataba de un arma decorativa. Siempre se rivalizaba por llevar la *jambia* más hermosa. Su precio oscilaba según fuera el material de que estaba hecha la empuñadura: plástico, marfil o auténtico cuerno de rinoceronte. Según los códigos imperantes en nuestra cultura tribal, estaba prohibido utilizarlo para defenderse o atacar a un adversario en caso de enfrentamiento. Por el contrario, la *jambia* podía servir de elemento de arbitraje en caso de conflicto. Era, pues, ante todo, un instrumento de justicia ancestral. Mi padre nunca hubiera creído posible tener que recurrir a ella hasta el día desgraciado en que hubimos de abandonar nuestra aldea en solo veinticuatro horas.

Yo tenía entre dos y tres años cuando el escándalo estalló. Excepcionalmente, *omma* había estado unos días en la capital, Saná, por problemas de salud. Posiblemente a causa de esta ausencia, y por razones que entonces se me escaparon, surgió una violenta disputa que enfrentó a mi padre con otras familias de Jaryi. En la discusión el nombre de Mona, la segunda de mis hermanas mayores, apareció muy a menudo. Fue entonces cuando se decidió resolver el problema a la manera tribal. Poniendo las *jambias* y varios montoncillos de riales entre los litigantes. Pero la discusión fue a más y, por una vez, las afiladas hojas salieron de sus vainas. Los habitantes

de la aldea acusaron a mi familia de haber manchado el honor de Jaryi, de haber manchado su reputación. Mi padre estaba fuera de sí. Se sentía menospreciado, infravalorado por aquellos a los que creía sus amigos. Casó a Mona al día siguiente. Apenas tenía trece años. ¿Qué había pasado? Era demasiado pequeña para entenderlo. Pero lo sabré algún día. Tuvimos que partir a la ventura, dejándolo todo atrás: los corrales, las vacas, las gallinas, las colmenas y los recuerdos de lo que hasta entonces yo creía que era un rincón del paraíso.

La llegada a Saná fue penosa. Polvorienta, ruidosa, la capital se nos resistió. Pasar de la frondosidad del valle de Uadi Laa a la sequedad de esta ciudad en expansión fue brutal. A medida que nos alejábamos del centro histórico y de sus hermosas mansiones tradicionales de adobe, con las ventanas bordeadas por una línea blanca que parecía un encaje, el paisaje urbano iba convirtiéndose en un tosco entramado de edificios de cemento carentes de alma. En la calle, los tubos de escape de los coches a gasoil estaban a mi altura y se me irritaba la garganta. Apenas había jardines públicos donde poder ir a estirar las piernas. Los parques de atracciones eran de pago y por tanto estaban reservados a los más ricos.

Nos instalamos en una miserable planta baja del barrio de Al Qa, en un callejón donde se acumulaba la basura. *Aba* estaba deprimido. Hablaba poco y había perdido el apetito. ¿Cómo iba a poder alimentar a su familia un simple campesino, sin calificación ni estudios, en una capital que se hundía bajo el peso de una montaña de desempleados? Otros aldeanos que le habían precedido y habían llegado a la capital

para tentar la suerte se habían estrellado contra un muro de dificultades. Algunos incluso se habían visto obligados a enviar a su mujer y a sus hijos a mendigar algunas monedas en las plazas públicas.

Por fin, a fuerza de llamar a infinitas puertas, mi padre acabó por conseguir un puesto de barrendero en el ayuntamiento que apenas si daba para pagar el alquiler. A cada retraso en el vencimiento de pago, el propietario se enfadaba y nos abroncaba. *Omma* lloraba. Y nadie conseguía consolarla.

A los doce años, Fares, el cuarto hijo de la familia, comenzó a tener los caprichos de cualquier chico de su edad. Todos los días pedía unas cuantas monedas para comprarse caramelos, pantalones de moda o calzado como el que veía en los anuncios publicitarios. ¡Esas hermosas zapatillas deportivas que costaban más de lo que *aba* ganaba en un mes! De carácter jovial a la vez que turbulento, cada vez exigía más y más. Llegaba incluso a amenazar a mis padres con fugarse de casa si estos no satisfacían sus caprichos. Pero, pese a su lado pretencioso, era mi hermano favorito. Él, al menos, no me avasallaba como hacía Mohamed, el mayor de mis hermanos, que se tenía por el mandamás. Yo admiraba la ambición de Fares, su temperamento, su capacidad para traer a todo el mundo de cabeza sin inmutarse por lo que pasaba a su alrededor. Tomaba sus propias decisiones y las mantenía. Pasaba de las opiniones del resto de la familia. Un día, después de discutir con mi padre, abandonó la casa de buenas a primeras y ya no volvimos a verle.

Fue la primera vez en mi vida que vi derramar alguna lágrima a *aba*. Para superar su pena, comenzó a ausentarse largo

rato para ir a mascar *qat* con viejos conocidos. Acabó por perder su trabajo. *Omma* comenzó a tener pesadillas. Mis hermanos y yo dormíamos con ella en la sala principal sobre colchones en el suelo y en más de una ocasión me despertaron sus sollozos. Era evidente que sufría.

De Fares no nos quedaba nada más que un pequeño rastro: una foto en color de carné que Mohamed guardaba celosamente en el fondo de su cartera. En la imagen, se veía a Fares muy aseado, con la cabeza erguida y cubierta con un turbante blanco que escondía sus cabellos oscuros y rizados —una pose con la que, posiblemente, quería parecer mayor— y que miraba fijamente a la cámara con una mirada traviesa y llena de picardía.

Por fin, dos años después de su huida, con una llamada de teléfono inesperada, dio señales de vida:

—Arabia Saudí... Todo marcha... Pastor, trabajo de pastor... No os preocupéis por mí... —pudieron escuchar al otro lado del hilo telefónico.

Su voz había cambiado. Pero yo le había reconocido enseguida. Muy pronto, la línea telefónica, llena de chasquidos, acabó por enmudecer. ¿Cómo habría llegado Fares tan lejos? ¿En qué ciudad se encontraba exactamente? ¿Había tenido la suerte de tomar un avión, volar, tocar las nubes? ¿Dónde se encontraba exactamente Arabia Saudí? ¿Había mar allá donde estaba? Las preguntas se agolpaban en mi mente. Al escuchar una conversación entre mis padres y Mohamed creí entender que Fares había sido víctima de los traficantes de niños. Se dice que eso es algo muy frecuente en Yemen.¹¹ ¿Tal

vez había encontrado una nueva familia que le había adoptado? Quizá, después de todo, ahora era feliz y podía por fin comprarse los bombones y los vaqueros que tanto le gustaban. Pero le echaba mucho de menos.

Para llenar el vacío de su ausencia me refugiaba en mis sueños. ¡Sueños de agua! Nada de orilla, solo el mar... Quería parecerme a una tortuga y hundir mi cabeza bajo el agua. Nunca había visto el mar. Con mis lápices de colores, dibujaba olas en mi cuaderno escolar. Las pintaba siempre verdes o azules.

—¡Son azules! —me rectificó un día mi amiga Malak echando un vistazo por encima de mi hombro.

Malak y yo éramos inseparables. La conocí en la escuela del barrio Al Qa, donde mis padres por fin me habían inscrito. Durante el recreo, jugaba con ella a las canicas. De las sesenta alumnas —todas chicas— que éramos en clase, ella era mi mejor amiga. Por entonces ya había superado con éxito mi primer curso, e iba a comenzar el segundo. Por la mañana, Malak me pasaba a buscar e íbamos juntas a la escuela.

—Cuéntame lo que sabes...

—Durante las vacaciones mis padres me llevaron a Hodeida.

Al sur, junto al mar —me respondió Malak.

—¿A qué sabe el agua de mar?

—¡Es salada!

—Y la arena... ¿también es azul?

—No, es amarilla. Y muy suave, si supieras...

—¿Qué hay en el mar?

—Barcos, peces, bañistas...

Malak me explicaba que había aprendido a nadar. Para mí, que ni siquiera me había mojado los pies en una piscina, su conversación era fascinante. Había intentado entender cómo podía mantenerse sobre el agua sin hundirse, pero me veía incapaz de comprender semejante misterio. Me acordaba de que, en Jaryi, *omma* me avisaba siempre que me acercaba demasiado a la orilla del río:

—¡Cuidado! Si te caes, te hundes.

Malak decía que su madre le había comprado un bonito bañador de colores y que ella aprendió a hacer castillos de arena, adornados con torres y escaleras, que luego desaparecían bajo las olas. Un día me colocó junto a la oreja una gran concha que había traído de Hodeida.

—Escucha con atención: oirás el mar.

—Las olas, sí... ¡es el rumor de las olas! ¡Es increíble! —exclamé.

Para mí el agua era, sobre todo, la lluvia que cada vez era menos frecuente en Yemen. Algún verano nos habíamos visto sorprendidos por una granizada. ¡Qué felicidad! Con mis hermanos y hermanas corríamos a recoger los pequeños trocitos de hielo en un barreño. Los contaba orgullosamente, puesto que en la escuela había aprendido a contar entre 1 y 100. Luego, cuando el granizo se fundía, nos divertía aprovechar el agua fría para refrescarnos la cara. Mona, que parecía más triste desde que vivía en Saná, se unía a nosotros en ocasiones excepcionales. Dos meses después de nuestra precipitada marcha de Jaryi, se nos había unido con su esposo, el responsable de que el aburrimiento se hubiera instalado en su vida.

Con los años, Mona recuperó su natural sonrisa, su aire burlón y su sentido del humor que tanto enfadaban a *omma*. Trajo dos hermosos niños al mundo, Monira y Nasser, que la llenaron de felicidad. Nuestra familia y la de su marido acabaron por relacionarse y, para reforzar esta unión, se decidió que mi hermano Mohamed se casaría con una de las hermanas de mi cuñado, según la antigua tradición del *sigar*.¹²

Pero era demasiado bonito para que durara. Un día le tocó el turno de desaparecer a su marido y, al mismo tiempo, lo hizo mi hermana mayor Yamila. Huyeron como Fares, con la esperanza de hacer fortuna en Arabia Saudí. ¿Tal vez para poder regalarnos juguetes electrónicos? ¿O una televisión en color? En la habitación de nuestros padres se habló mucho del tema, pero siempre a media voz. Estaba absolutamente prohibido a los niños hacer preguntas.

Recuerdo que, a partir de la misteriosa desaparición de la que comprendí las razones mucho más tarde, Mona volvió a tener cambios de humor. La mayor parte del tiempo estaba triste y melancólica; luego, de repente, estallaba en carcajadas y recobraba su belleza natural, recuperando la hermosura de sus grandes ojos oscuros y sus rasgos delicados. Mona tenía mucho encanto.

Y tanto en sus buenos como en sus malos momentos, siempre estaba dispuesta a cuidarme, a protegerme incluso. Era una especie de instinto maternal. A veces me llevaba con ella a ver escaparates a la avenida Haile, famosa por sus tiendas de ropa. Con la cara pegada a los cristales, yo miraba con envidia los trajes de noche de lentejuelas, las faldas rojas, las camisas de seda encarnadas, violetas, azules, amarillas, verdes... Me gustaba imaginar que era una princesa. Había tam-

bién trajes de novia que parecían propios del vestuario de una película o el atavío encantado de un hada. Era hermoso. Hacía soñar.

Una tarde del mes de febrero de 2008, cuando regresé a casa, *aba* me comunicó que tenía una buena noticia para mí:

–Noyud –me dijo–, pronto vas a casarte.

ANTE EL JUEZ

El juez Abdo no sale de su asombro.

—¿Te quieres divorciar?

—¡Sí!

—Pero eso quiere decir que estás casada...

—¡Sí!

Tiene finas facciones. Lleva una camisa blanca que ilumina su piel mate. Pero, al escuchar mi respuesta, su cara se ensombrece. Parece que no acaba de creerme.

—A tu edad... ¿Cómo es posible que ya estés casada?

—¡Me quiero divorciar! —repito con determinación, sin responder a su pregunta.

No entiendo el porqué, pero mientras me dirijo a él no se me escapa ni una lágrima. Es como si ya las hubiera agotado todas. Estoy aturdida, pero sé muy bien lo que quiero. Sí. Quiero acabar con este infierno. Ya estoy cansada de sufrir en silencio.

—Pero tú eres tan joven y tan frágil...

Levanto la cabeza y le miro. Comienza a retorcerse nerviosamente el bigote. Posiblemente esté pensando en cómo salvarme. Lo hará. Es un juez después de todo. Seguramente tiene mucho poder.

—¿Por qué te quieres divorciar? —me pregunta en un tono más natural, como si intentara ocultar su asombro.

Le miro directamente a los ojos.

—¡Porque mi marido me pega!

Es como si le hubiera dado un bofetón. Su expresión vuelve a cambiar. Acaba de comprender que algo grave me está pasando y que no le estoy mintiendo. Sin darme tregua, me pregunta directamente:

—¿Todavía eres virgen?

Trago saliva. Me da vergüenza hablar allí de estas cosas. Es humillante. En mi país las mujeres deben guardar las distancias con los hombres que no conocen. Y, a fin de cuentas, es la primera vez que veo a este juez. Pero soy consciente de que si me quiero salvar, tengo que lanzarme de cabeza a la piscina.

—No... Ya he sangrado.

Parece impresionado. De repente tengo la impresión de que de los dos es él quien está flaqueando. Su tribulación no me pasa desapercibida. Es evidente que intenta esconder su conmoción. Suspira profundamente y me dice:

—Voy a ayudarte.

La verdad es que me siento extrañamente aliviada al poder confiarme a alguien. Me acabo de quitar un peso de encima. Coge inmediatamente el teléfono y le escucho consultar algo con otra persona, un colega seguramente. Mientras habla, mueve las manos en todas las direcciones. Parece decidido a acabar con mi pesadilla. ¡Ojalá encuentre una solución defi-

nitiva! Con un poco de suerte actuará rápido, muy rápido... y a partir de esta noche ya podré volver a casa de mis padres a jugar de nuevo con mis hermanos y mis hermanas. En pocas horas, ya me habré divorciado. ¡Divorciada! De nuevo libre. Sin marido. Sin miedo de que, a la caída de la tarde, tendré que encontrarme a solas en la misma habitación que él. Sin miedo a sufrir una y otra vez el mismo suplicio...

Me he entusiasmado demasiado rápidamente.

—Pequeña, esto necesitará más tiempo del que tú te crees. Es un caso difícil. Y, desgraciadamente, no puedo garantizarte que vayas a ganar.

El segundo juez que se ha unido a nosotros acaba de echar por tierra todas mis expectativas. Se llama Mohamed al-Gazi. Se le ve preocupado. Es el presidente del tribunal, el jefe de todos los jueces, me explica Abdo. En todos los años que lleva ejerciendo, me dice, nunca se había encontrado con un caso como el mío.

Entre los dos me explican que, en Yemen, las muchachas se casan muy jóvenes, antes de cumplir los quince años, el límite que señala la ley.¹³ Es una antigua tradición, añade el juez Abdo. Pero, hasta entonces, ninguno de estos matrimonios precoces había sido disuelto... Es una cuestión de honor familiar, dicen. Por eso, mi situación es excepcional y complicada...

—Será necesario buscar un abogado —me explica Abdo, desolado.

Un abogado... ¿para qué? ¿Para qué sirven los tribunales si no son capaces de pronunciar un divorcio sobre la marcha?

¡A mí qué me importa que el mío sea un caso excepcional! Las leyes están para ayudar a las personas, ¿o no? Estos jueces son muy amables, pero ¿son conscientes de que si vuelvo a mi casa sin garantías mi marido irá a buscarme y volverá a empezar mi calvario? No, yo no quiero volver a mi casa.

–¡Me quiero divorciar! –insisto frunciendo el entrecejo.

El eco de mi voz me sobresalta. He debido de gritar más de la cuenta. ¿O es porque los elevados muros de mármol blanco ejercen de caja de resonancia?

–Encontraremos una solución, hay que encontrar una solución... –murmura Mohamed al-Gazi recolocando su turbante.

Hay otra cuestión que le preocupa. El reloj acaba de anunciar las dos de la tarde, la hora de cerrar las oficinas. Es miércoles y el fin de semana musulmán va a empezar. El tribunal no abrirá hasta el sábado. Comprendo que ellos también están inquietos al verme regresar a mi casa después de lo que han oído.

–No es cuestión de que vuelva a su casa. A saber a lo que se arriesga sola por esas calles –exclama Mohamed al-Gazi.

Abdo tiene una idea. ¿Por qué no me acojo a su hospitalidad? Le ha impresionado mi historia y está dispuesto a todo con tal de arrancarme de las garras de mi marido. Pero rápidamente rectifica al recordar que su mujer y sus hijos están pasando unos días en el campo y él está solo en su casa. Según las tradiciones islámicas, una mujer no puede permanecer a solas con un hombre que no es su *mahram*, es decir, que no tiene un grado de parentesco próximo con ella.

¿Qué hacer?

Un tercer juez, Abdel Uahed, acaba por ofrecerse voluntario. Su familia está en casa y tiene un techo para acogerme. ¡Estoy salvada! Al menos por ahora. También lleva bigote, pero es algo más bajo que Abdo. Lleva gafas y eso le da un aire más formal. Impresiona con su vestimenta. No me atrevo a hablar con él. Pero acaba por convencerme. Prefiero sentirme cohibida, antes que volver a mi casa. Más tarde lo que me tranquilizará será ver que se ocupa como un verdadero padre de sus hijos. No como el mío...

Su coche es grande y confortable. Está muy limpio. Está provisto hasta de unos pequeños ventiladores que refrescan el aire. Es muy agradable. Me siento más despejada. Durante el trayecto apenas abro la boca. No sé si es por timidez, por inquietud o porque estoy a gusto entre tantos adultos que se preocupan por mí.

Es Abdel Uahed quien rompe el silencio:

–Eres una chica muy valiente. ¡Bravo! No te preocupes. Tienes derecho a pedir el divorcio. Otras muchachas antes que tú han pasado por una situación similar, pero no se han atrevido a hablar... Haremos todo lo posible para protegerte. Lo intentaremos todo. Y no te dejaremos volver con tu marido. ¡Nunca! ¡Te lo prometo!

Mis labios se arquean hasta formar una media luna. ¡Hace tanto tiempo que no sonrío!

–Tal vez aún no te hayas dado cuenta, pero eres una muchacha excepcional –insiste.

Me pongo colorada.

Al llegar a su casa, Abdel Uahed me presenta a su esposa, Saba, y a sus hijos. Chima, la hija, debe de tener tres o

cuatro años menos que yo. Su habitación está llena de muñecas Fulla, una versión oriental de la Barbie americana de cabellos rubios con la que sueñan las niñas de Yemen.

–*Haram!*¹⁴

La reacción de Chima no puede ser más lógica cuando su mamá le explica que un hombre malvado me ha pegado. Frunce las cejas imitando el gesto grave de un adulto que quiere proteger a alguien. Su emoción me conmueve. Con una sonrisa fraternal, me indica que la siga para ir a jugar con ella. Luego me coge de la mano.

Los cuatro chicos están viendo dibujos animados. En su casa tienen dos televisores. ¡Qué lujo!

–Siéntete como en tu casa –me dice Saba en tono dulce y acogedor.

Así que esto es la vida de familia... ¡Y yo tenía miedo de ser una rareza para ellos! Me han adoptado rápidamente. Estoy muy a gusto. Me hacen sentir en total libertad. No me siento juzgada. Ni castigada. Esta noche, sentada en el salón, es la primera vez que tengo fuerzas para contar mi historia...

EL MATRIMONIO

Febrero de 2008

Cuando paseaba con Mona por la avenida Haile parecía que el tiempo se paraba. Muchas veces, el vaho que se formaba a fuerza de acercar la cara a los vidrios del escaparate de nuestra boutique preferida hacía que los vestidos de fiesta desaparecieran ante nuestros ojos.

En un maniquí de plástico, un blanco traje de novia llamaba especialmente mi atención. ¡Era tan elegante! ¡Y qué contraste con esas mujeres que, en la calle, iban vestidas de negro de pies a cabeza!...

–*Inch Alá,*¹⁵ algún día, el día que te cases, tendrás uno como este... –me aseguró Mona con sus ojos chispeantes enmarcados por el *niqab* con que se cubría el resto de la cara cuando salía de casa.

Mona sonreía poco. No había tenido la suerte de celebrar una gran boda. Casada a toda prisa, no había tenido derecho más que a vestirse de azul. A excepción de este detalle de color, apenas hablaba sobre las circunstancias que rodearon su matrimonio. Desde que su marido desapareció inesperadamente, sin que nadie supiera adónde había ido, nunca más la oí hablar de ello. Yo le suponía de viaje en alguna parte, muy lejos de Yemen, pero evitaba indagar más. Mona no quería que nadie le preguntara sobre el tema. Se contentaba con decirme que todo lo que ella me deseaba era que fuera feliz y que me tocara en suerte un esposo tierno y respetuoso.

Lo que nunca hubiese imaginado era que el día de mi boda iba a llegar tan pronto.

Por otra parte, yo no tenía una idea demasiado clara del matrimonio. Para mí era sobre todo una gran fiesta llena de regalos, chocolate y, posiblemente, joyas. ¡Una nueva casa, una nueva vida!

Unos años antes había asistido a distintas bodas de primos y primas lejanos. Había música, se bailaba... Bajo su *balto*, una larga túnica negra, las mujeres iban muy elegantes. Con los rostros perfectamente maquillados y los cabellos peinados por el peluquero. Tal como aparecen en las fotos de las etiquetas de las botellas de champú. Las más coquetas llevaban, además, un pequeño dibujo en la frente en forma de mariposa. ¡Bien que me había divertido en esas fiestas! Aún me acuerdo de los dibujos de alheña, siempre con motivos florales, que decoraban las manos y los brazos de las novias.

¡Es tan bonita la alheña! Y me decía que también yo llevaría alheña en las manos algún día.

La noticia fue repentina, totalmente inesperada. Tanto que cuando *aba* me anunció que había llegado mi turno, no lo entendí. Al principio me lo tomé como una vía de escape. En casa la vida se había convertido en un tormento. Desde que *aba* había perdido su trabajo en el ayuntamiento, no había vuelto a encontrar un empleo fijo. Nos atrasábamos siempre en el pago del alquiler, y sistemáticamente el propietario nos amenazaba con echarnos.

Para ahorrar, *omma* no cocinaba más que arroz con guiso de verduras. Yo había comenzado a ayudarla en las tareas domésticas. Con ella preparaba el *chafut*, una especie de gran crepe recubierta de yogur perfumado con cebolla y ajo, y el *bin al sahn*, un delicioso postre a base de miel.

Cuando mi padre conseguía algunas monedas, mi madre enviaba a uno de mis hermanos a comprar una gallina que cocinaba para el viernes, el día sagrado del calendario musulmán. La carne roja ni la veíamos, era demasiado cara. De hecho, la última vez que recuerdo que comí *fata* (un estofado de buey) fue con motivo de mi primera salida a un restaurante al que nuestros primos nos habían invitado para celebrar el Aid. Incluso había podido beber Pepsi, una bebida negra y gaseosa que viene de América. Y al salir, un camareero me había perfumado las manos como a los mayores. ¡Qué a gusto me había sentido!

Omma me había enseñado también a preparar las hogazas de pan. Ella encendía el fuego mientras yo trabajaba la

masa y la extendía dándole la forma de una luna llena para, seguidamente, colocarla en las bandejas del *tandur*, el horno tradicional. Pero un día acabó por renunciar al *tandur* a cambio de unos billetes en el mercado negro. Cada vez que era necesario, mi madre vendía algunos efectos personales. De hecho, ya se había resignado a no contar para nada con mi padre.

Pero llegó el día en que ya no nos quedaba nada que vender. A fuerza de saltarnos comidas por falta de dinero, mis hermanos acabaron por convertirse en pequeños vendedores ambulantes que, cuando el semáforo está en rojo, se lanzan encima de los coches a la espera de conseguir algunas monedas a cambio de un paquete de chicles o un paquete de pañuelos de papel. Incluso Mona acabó por unirse a ellos. Pero la mendicidad le jugó una mala pasada. Al cabo de veinticuatro horas, fue detenida por la policía y enviada durante algunos días a un centro reservado a los pequeños delincuentes. A su regreso a casa, nos contó que se había encontrado con mujeres acusadas de frecuentar más de un hombre a la vez a las que los guardias les tiraban de los pelos. Una vez repuesta de sus emociones, volvió a las andadas para conseguir unas monedas, pero la volvieron a detener. Tras esta segunda encarcelación, acabó por renunciar a tan arriesgadas escapadas. Nos tocó entonces a Haifa y a mí ponernos manos a la obra y, cogidas de la mano, llamábamos a las ventanillas de los coches sin osar levantar la vista hacia los conductores, que, por lo general, nos ignoraban.

No me gustaba hacerlo, pero no tenía otro remedio.

Los días en que *aba* no se levantaba demasiado tarde, salía como el resto de parados a apostarse en alguna de las plazas del barrio a la espera de conseguir algún trabajo como jornalero: albañil, mozo de carga, recadero, hombre para todo... por el que cobraba unos 1000 riales. Las tardes las pasaba cada vez más frecuentemente en casa de los vecinos mascando *qat*. Decía que eso le permitía olvidar sus problemas.

Se había convertido en un ritual. Sentado en cuclillas junto con otros hombres del barrio, escogía las mejores hojas verdes del interior de una bolsita de plástico y las guardaba en un rincón de su boca. Cuanto más se vaciaba la bolsa, más se hinchaba su mejilla. Las hojas acababan por formar una bola, que masticaba durante horas y horas. Fue durante una de estas sesiones de *qat* cuando se le acercó un hombre de unos treinta años.

—Me gustaría que nuestras familias se unieran —le dijo este hombre.

Se llamaba Faez Alí Zamer, y trabajaba como recadero, transportando paquetes en su moto de una punta a otra de la ciudad. Como nosotros, era originario de Jaryi y estaba buscando esposa. Mi padre aceptó enseguida. Lógicamente me tocaba casarme a mí después de mis hermanas mayores, Yamila y Mona. Cuando entró en casa ya había tomado su decisión y de nada servía oponerse.

Aquella misma tarde sorprendí una conversación entre mi padre y Mona.

—Noyud es demasiado joven para casarse —le espetó Mona.

—¿Demasiado joven? Cuando el profeta Mahoma se casó con Aixa ella solo tenía nueve años —le respondió mi padre.

—Sí, pero eso era en la época del profeta. Ahora es diferente.

—Mira, este matrimonio es la mejor forma de protegerla.

—¿Qué entiendes por protegerla?

—Ya lo sabes. Esto le evitará los problemas que habéis tenido Yamila y tú. Esta boda le evitará unirse a un desconocido y convertirse en objeto de maledicencias. Este hombre, al menos, tiene pinta de ser honesto. Es conocido en el barrio, procede de nuestra aldea. Y ha prometido no tocar a Noyud antes de que sea mayor.

—Pero...

—¡Ya he tomado mi decisión! Además, sabes de sobra que no tenemos dinero para alimentar a toda la familia. Así tendremos una boca menos.

Mi madre permanecía en silencio. Parecía triste pero resignada. Después de todo, ella también había sido objeto de un matrimonio de conveniencia, como la mayor parte de las mujeres yemeníes. De sobra sabía que, en nuestro país, las mujeres obedecen y los hombres dan las órdenes. Cualquier intento en mi defensa estaba abocado al fracaso.

Las palabras de mi padre me hicieron mucho daño... Una boca menos... Por lo visto a sus ojos yo solo era un estorbo y él había escogido la primera ocasión que se le había presentado para librarse de mí. Era verdad que yo no había sido siempre la niña obediente y callada que él hubiera deseado. Pero, a fin de cuentas, ¿no es propio de los niños hacer travesuras? Yo, además, le quería a pesar de sus defectos, a pesar de su desagradable olor a *qat*, a pesar de la insisten-

cia con la que nos enviaba a mendigar unos mendrugos de pan por la calle.

«Los mismos problemas que tú y Yamila...» ¿Qué había querido decir? Todo lo que yo sabía es que pasaron varias semanas, una tras otra, sin que Yamila volviera a aparecer por nuestra casa. Al igual que el marido de Mona, había desaparecido inesperadamente. Al fin acabé por renunciar a contar los días que hacía que no la veía. Ella, que frecuentaba nuestra casa tan a menudo, había desaparecido de la noche a la mañana. Yo quería mucho a Yamila. Era de naturaleza reservada y no hablaba demasiado, pero era generosa y atenta. Muchas veces me traía golosinas. Después de su misteriosa partida tampoco habíamos vuelto a ver al marido de Mona. ¿Qué era lo que había pasado? Estas historias de mayores me resultaban demasiado complicadas...

Tras la marcha del marido de Mona, su suegra había pedido la custodia de sus hijos Monira, de tres años, y Nasser, de año y medio. Mi hermana, con el corazón roto, emprendió una lucha sin cuartel para conseguir que no la separaran de sus hijos. Solo consiguió una victoria a medias. A fuerza de insistir, logró quedarse con el menor de sus hijos bajo el pretexto de que debía amamantarlo. Obsesionada por la posibilidad de perderlo, no le quitaba jamás los ojos de encima. Cuando se apartaba unos metros de ella, corría tras él y le abrazaba muy fuerte como quien guarda un tesoro que teme perder.

Los preparativos de la boda se pusieron en marcha rápidamente. Y rápidamente comprendí el horror que me esperaba.

Por decisión de la familia de mi futuro marido, tuve que dejar de acudir a la escuela un mes antes de la boda. Con el corazón apesadumbrado, me despedí de Malak prometiéndole que volvería pronto.

—Un día iremos juntas a la orilla del mar —me susurró abrazándome con fuerza.

Nunca más la he vuelto a ver.

Tuve que despedirme también de mis profesoras favoritas, Samia y Samira. Con ellas había aprendido a escribir mi nombre en árabe, de derecha a izquierda —la curva de la *nun*, la sinuosidad de la *yim*, el bucle de la *uau* y la esbeltez de la *dal*: ¡No-y-u-d!—. Les debía mucho.

Las matemáticas y las lecciones coránicas eran dos de mis asignaturas preferidas. En clase estábamos obligadas a memorizar los cinco pilares del islam: la *chahada* o profesión de fe; el *salat* o la obligación de rezar cinco veces al día; el *hach*, que corresponde a la gran peregrinación a La Meca; el *azaque*, es decir, la limosna que debe entregarse a los pobres y, por fin, el *ramadán*, durante el cual no se debe comer ni beber hasta la puesta del sol.

Aunque solo cuando fuéramos mayores deberíamos cumplir con este último precepto.

Pero lo que más me gustaba era el dibujo. Con mis lápices de colores dibujaba peras, flores... Y también ciudades con casas de tejados azules, postigos verdes y chimeneas rojas. Ante la verja de entrada siempre dibujaba un portero de uniforme. Siempre he oído decir que las grandes villas donde viven los ricos están protegidas por guardas uniformados. En el jardín dibujaba siempre enormes árboles frutales y un pequeño estanque en el centro.

Durante el recreo jugábamos al escondite y a las prendas. Me encantaba ir al colegio. Era mi refugio, mi pequeña felicidad.

Tuve también que tachar mis escapadas a casa de los vecinos, a pocos metros de la nuestra. Tenían un transistor. Con mi hermanita Haifa solíamos ir a visitarlos para escuchar las casetes de Haifa Uehbe y Nancy Ajram, dos hermosas cantantes libanesas de largos cabellos y cara bien maquillada. Tenían unos hermosos ojos y una nariz perfecta. Nos divertíamos imitándolas, haciendo parpadear nuestras pestañas y moviendo las caderas. También nos gustaba la cantante yemení Yamila Saad. ¡Una verdadera estrella! «Estás muy orgulloso de ti. Te crees el mejor...», decía una de sus canciones de amor.

Nuestros vecinos también eran de los escasos afortunados del vecindario que tenían televisión. La tele me volvía loca. Me encantaba ver los episodios de *Tom y Jerry*, mis dibujos animados favoritos, o los de *Adnan y Lina*, que explicaban la historia de dos amigos asiáticos que vivían en un país lejano. Los dos tenían los ojos rasgados. Supongo que eran japoneses o quizá chinos. Pero lo más sorprendente es que hablaban árabe como yo, ¡sin acento! Adnan era un muchacho valiente que siempre quería ayudar a Lina. La salvaba sistemáticamente de todos los peligros en los que querían involucrarla los malvados. ¡Lina tenía suerte! La envidiaba.

Adnan me recordaba a Eiman, un muchacho de Al Qa que no olvidaré nunca. Un día que íbamos por la calle con otras amigas, un gamberro nos cerró el paso. Intentó asus-

tarnos diciéndonos cosas desagradables que parecían insultos. Al ver nuestra expresión acobardada, aún se envalentó más. Fue entonces cuando Eiman apareció de repente y le agarró.

—¡Vete o te muelo a palos! —le amenazó.

Asustado, el chico acabó por salir corriendo. ¡Qué alivio! Fue la primera y la última vez que alguien salió en mi defensa. Eiman se convirtió en mi héroe imaginario. Confiaba en que, cuando fuera mayor, tendría la suerte de tener un marido como él.

—¡¡¡Yuyuyuyuyuuuuuu!!!

Mis primas gritaban y aplaudían al verme llegar. Yo apenas distinguía sus caras, ya que tenía los ojos llenos de lágrimas. Avanzaba despacio, con cuidado de no tropezarme al pisarme un vestido demasiado largo para mí y que se arrastraba por el suelo. Me habían vestido de cualquier manera, con una larga y descolorida túnica color chocolate que pertenecía a la esposa de mi futuro cuñado. Una mujer de la familia se había encargado de recoger mis cabellos en un moño que me daba dolor de cabeza. No tuve derecho ni a un poco de rímel en las pestañas. Al contemplarme en un espejo, había reconocido rápidamente mis mejillas regordetas y mis ojos marrones, almendrados y ligeramente rasgados. Mi frente no tenía arrugas y mis labios eran rosados. Había escrutado con detenimiento mi rostro y no había encontrado ninguna arruga. Era joven, demasiado joven.

Apenas habían pasado dos semanas desde que se había concertado el matrimonio. Según mandaba la tradición, la fies-

ta con las mujeres se celebraba en el minúsculo domicilio de mis padres. Debíamos ser, como mucho, unas cuarenta. Entre tanto los hombres se reunían en casa de uno de mis tíos para mascar *qat*. Los mismos hombres que habían firmado el contrato de matrimonio la noche anterior. Todo se había hecho sin mí. Ni yo, ni mi madre, ni mis hermanas teníamos derecho a saber. Nos habíamos enterado de algo a mediodía gracias a mis hermanos pequeños, que, para ir a mendigar, habían tenido que abandonar la asamblea compuesta por mi padre, mi tío y mi futuro marido, al que acompañaban su padre y su hermano. La reunión había tenido lugar según mandaba la tradición tribal. El cuñado de mi padre, el único que sabía leer, había oficiado de notario. Fue él quien había especificado las condiciones del contrato y había decidido que mi dote alcanzaría los 150 000 riales.¹⁶

—No te preocupes —escuché que mi padre decía en voz baja a mi madre al caer la noche—. Le hemos hecho prometer que no tocará a Noyud antes de que se cumpla un año de su primera regla.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

La fiesta, que había empezado a la hora del desayuno, se despachó rápidamente. Sin traje de novia. Sin flores de alheña pintadas en las manos. Sin mis dulces de coco favoritos, esos que tanto me gustan y que, aún ahora, guardan el sabor de los días felices. Sin embargo, me pareció que duraba una eternidad. Sentada en una esquina de la habitación, no quise ir a bailar con el resto de las mujeres, pues cada vez tenía más conciencia del vuelco que iba a dar mi vida. Y no precisa-

mente para bien. Las más jóvenes comenzaron a presumir de ombligo improvisando una danza del vientre que hacía ondular su cuerpo como en un videoclip almibarado. Cogidas de las manos, las mayores se decantaron por reproducir coreografías según el folclore más tradicional que se baila en las aldeas. De vez en cuando, interrumpían su baile para venir a saludarme. Yo las abrazaba como correspondía, pero no conseguían que una sonrisa aflorara a mi rostro.

Permanecía impasible, con los ojos hinchados de tanto llorar, sentada en un rincón del salón. No quería dejar a mi familia. No estaba preparada para hacerlo. Echaba terriblemente de menos la escuela y aún más a mi amiga Malak. Cuando, durante la fiesta, descubrí la expresión entristecida de la mirada de mi hermana pequeña Haifa, comprendí lo mucho que iba a extrañarme. Una duda terrible me asaltó. ¿Y si a ella le esperaba la misma suerte que a mí?

A la caída del sol las invitadas fueron desapareciendo y yo, engalanada como estaba, me adormecí junto a Haifa. Mi madre se reunió con nosotras una vez hubo puesto orden en el salón. Cuando mi padre volvió de celebrar mi matrimonio con los hombres, ya estábamos dormidas. En aquella, mi última noche de soltera, no soñé nada. Pero tampoco recuerdo haber tenido un sueño intranquilo. Eso sí, me preguntaba continuamente si, cuando me despertara al día siguiente, todo habría sido una pesadilla.

Cuando hacia las seis la luz del sol inundó la habitación, *omma* me despertó y me pidió que la siguiera hasta el corredor. Como cada mañana nos postramos ante Dios para reci-

tar la primera oración de la mañana. Después me sirvió un tazón de *ful* –las judías blancas con cebolla y salsa de tomate que solíamos tomar para desayunar– y una taza de *chai* (té) con leche. Delante de la puerta había un pequeño petate, pero hice como si no lo viera. Solo cuando resonó un potente bocinazo en el exterior comprendí que debía resignarme a una nueva vida llena de incertidumbres. Mi madre me abrazó con fuerza antes de ayudarme a cubrirme con un manto y un pañuelo negros. Durante los últimos años, cuando salía a la calle cubría mi cabeza con un velo de colores. También debía olvidarme de eso, pero nadie parecía darse cuenta de mi desgracia. Es más, poco después vi como *omma* sacaba del petate un *niqab* de color negro y me hacía ponérmelo. Nunca hasta entonces me había visto obligada a taparme totalmente.

–A partir de ahora debes ir cubierta por completo al salir a la calle. Eres una mujer casada. Nadie más que tu esposo debe verte la cara. Es su *charaf*¹⁷ lo que está en juego. Y tú no lo debes manchar.

Asentí con tristeza mientras me despedía. Quería sincerarme, pero no encontraba las palabras adecuadas para poder expresar toda la pena que sentía.

Desde el asiento trasero del 4×4 que me esperaba delante de la puerta, un hombre me miraba con detenimiento. Vestía una larga túnica blanca como *aba* y llevaba bigote. Sus cabellos, cortos, estaban alborotados y eran ligeramente rizados; tenía los ojos oscuros e iba mal afeitado. Sus manos estaban manchadas de grasa. No era atractivo. Era *él*, Faez Alí Zamer, el hombre que había querido tomarme por esposa, ese desconocido al que no recordaba pero con el que quizá me había

cruzado alguna vez en Jaryi, adonde habíamos vuelto ocasionalmente en los últimos años.

Me hizo sentar en el primer asiento justo detrás del conductor, con otras cuatro pasajeras, entre las que se encontraba la esposa del hermano de mi marido. Me recibieron con una sonrisa crispada y no parecía que tuvieran demasiadas ganas de hablar. *Él*, el desconocido, ocupaba la segunda fila junto a su hermano. Me tranquilizaba pensar que no tenía que verle frente a frente durante el largo trayecto que nos esperaba. Pero sentía sus ojos en mi nuca y eso me producía escalofríos. ¿Quién era a fin de cuentas? ¿Por qué había querido casarse conmigo? ¿Qué esperaba de mí? ¿Y el matrimonio, qué era exactamente? No tenía respuesta para ninguna de estas preguntas.

Cuando el motor ronroneó y noté como el conductor aceleraba, no pude evitar echarme a llorar de nuevo. El corazón me latía muy fuerte. Con la cara pegada a la ventana, no quité la vista de mi madre, hasta que acabó por convertirse en un pequeño punto en la lejanía...

No dije ni una sola palabra a lo largo del viaje. Sumida en mis pensamientos, solo una idea me rondaba por la cabeza: encontrar el medio de volver a mi casa. ¡Escaparme! Pero cuanto más se alejaba el coche de Saná, en dirección norte, más comprendía que mis intentos estaban destinados al fracaso. ¿Cuántas veces pensé en arrancarme el *niqab* que me ahogaba? Me sentía pequeña, muy pequeña para todo lo que me estaba pasando. Muy niña para llevar *niqab*, para realizar ese viaje tan largo que me alejaba de mis padres, para empre-

der una nueva vida junto a un hombre que no me gustaba y al que ni siquiera conocía. De repente, el 4x4 se paró en seco.

—Abrid el maletero.

La voz del soldado me sobresaltó. Cansada de tanto llorar, había acabado por adormecerme. Justo entonces recordé que la carretera hacia el norte estaba llena de puestos de control y que ese era el primero. Se decía que era a causa de la guerra que se libraba en el norte entre el ejército y los rebeldes huzis.¹⁸ Mi padre decía que los huzis eran chiíes, mientras que la mayoría de los yemeníes eran suníes. ¿Cuál era la diferencia? No tengo ni idea. Lo único que sé es que soy musulmana y que rezo cinco veces al día.

Tras echar una rápida ojeada al interior del vehículo, el soldado nos indicó que siguiéramos la marcha. ¡Si hubiera podido aprovechar esa ocasión para pedirle ayuda, para rogarle que me socorriera! ¿Acaso su uniforme verde y su arma al hombro no son indicativos de que debe velar por el orden y la seguridad? Yo le habría dicho que no quería abandonar Saná, que tenía miedo de aburrirme en la aldea, que allí ya no conocía a nadie...

Había acabado por habituarme a Saná, la capital. Me gustaban sus edificios en construcción, sus amplias avenidas, sus carteles publicitarios anunciando teléfonos móviles y sus refrescos de naranja que cosquilleaban suavemente el paladar. La polución y los embotellamientos ya formaban parte de mi día a día. Pero, sobre todo, iba a echar de menos la ciudad vieja, Bab-al-Yemen —la puerta de Yemen—, una auténtica ciudad dentro de la ciudad, un rincón mágico por donde me gusta-

ba pasear cogida de la mano de Mona o de Yamila, creyéndome una aventurera en misión exploradora. Un universo distinto con sus casas de adobe y sus estucos blancos en torno a las ventanas. Un tipo de decoración muy delicada que nos dejaron los arquitectos hindúes que pasaron por aquí hace muchos años, mucho antes de que yo naciera. Un rincón que me parecía tan refinado que me había inventado la historia de un rey y una reina que habían vivido en él momentos felices. ¡Tal vez la vieja ciudad les debió de pertenecer por completo!

Desde que se entraba en Bab-al-Yemen, el ruido lo invadía todo: los gritos de los mercaderes se mezclaban con la algarabía de los viejos radiocasetes y los ruegos de los mendigos descalzos. En cualquier recodo de cualquier callejuela un joven limpiabotas te cogía el pie para proponerte sus servicios. A menudo, la llamada a la oración dominaba este concierto de sonidos tan diferentes. Me divertía dilatando mi nariz para reconocer los aromas del comino, la canela, el clavo, las nueces y las pasas que escapaban de los tenderetes. A veces, me tenía que poner de puntillas para alcanzar a ver la mercancía de los puestos, un poco demasiado altos para mi estatura, donde se apilaban y se ofrecían sin orden ni concierto *jambias* plateadas, chales bordados, alfombras, buñuelos azucarados, alheña y vestidos para niñas de mi talla.

En Bab-al-Yemen me cruzaba a menudo con mujeres envueltas en largos velos estampados y de colores, las *sitaras*.¹⁹ Me divertía llamarlas «las damas de la ciudad vieja» pues sus trajes coloristas y estampados parecían de otra época y eran bien distintos a las túnicas negras que vestían habitualmente las mujeres cuando salían a la calle.²⁰

Un mediodía, cuando acompañaba a mi tía, que iba de compras, me perdí entre el gentío. Me había dejado atrapar por ese universo casi irreal que tanto me gustaba y me había despistado. Rehíce el camino con el fin de reencontrarme con ella. Pero pronto me di cuenta de lo mucho que se parecía una calle a otra. ¿Tenía que tomar la primera a la derecha? ¿O era a la izquierda? Desorientada, rompí a llorar. Me había perdido. Y me hicieron falta más de dos horas para que un comerciante que conocía a mi tía reparara en mí.

—Noyud, ¿cuándo dejarás de ser tan despistada? —me dijo ella mientras me asía de nuevo de la mano.

Ahora, en este triste día que había seguido a mi boda, volvía a estar perdida sentada en este incómodo 4×4. Y esta vez el mundo que me rodeaba era real, muy real. Había terminado la magia de las especias y las miradas acogedoras de los vendedores que ofrecían a los niños sus buñuelos todavía calientes. Mi vida tomaba un nuevo rumbo, en un mundo de adultos, donde no hay lugar para los sueños, las personas fingían y nadie parecía preocuparse de mí.

Una vez dejamos atrás la capital, la autopista tomó la forma de una larga cinta negra que serpenteaba entre valles y montañas. A cada curva me sujetaba con fuerza al apoyabrazos de mi asiento. Mi estómago se rebelaba y se revolvió. En más de una aceleración tuve que apretar fuertemente las mandíbulas para intentar contener mis náuseas. Antes morir que pedirle a *él* que se detuviera al borde de la carretera para poder

respirar aire fresco. Entonces, para retener la náusea, tragaba suavemente saliva intentando que no se notara.

Para evadirme de mi entorno, decidí emplear mi tiempo en contemplar hasta el más mínimo detalle del paisaje. Antiguas fortalezas en ruinas coronando algunos promontorios. Casitas de color marrón decoradas en blanco que me recordaban vagamente a Bab-al-Yemen. Cactus al borde de la carretera, puertos de montaña altos y secos que alternaban con pequeños cultivos o pequeños prados donde pastaban las cabras. Y alguna que otra vaca. También mujeres con la cara cubierta a la altura de la boca por un pañuelo. Me crucé también con dos gatos atropellados, pero cerré rápidamente los ojos para que esa imagen no se quedara impresa en mi retina. Cuando volví a abrirlos, un mar sembrado de *qat* rodeaba el coche. ¡Era magnífico! ¡Se podía respirar su frescor!

–El *qat*, nuestra desgracia... ¡Precisa de tanta agua que acabará por matar de sed a todo el país!²¹ –se lamentó el conductor.

La vida, pensé, es bien curiosa. Hasta las cosas más hermosas pueden resultar perjudiciales. Y de las desgracias nace la misericordia... Difícil de entender...

Algo más lejos, a mi derecha, reconocí Cocabane, una aldea de casas de piedra que coronaba una colina. Cuando era pequeña había ido una vez allí con mis padres, que iban a celebrar el Aid en otra aldea. Se decía que las mujeres de Cocabane eran hermosas y esbeltas porque bajaban todas las mañanas a trabajar los campos. Una hora de camino para bajar. Otra para subir. ¡Un auténtico deporte! ¡Qué valor! *Una hora de camino para bajar. Otra para subir. Una hora de camino para bajar. Otra para subir...*

El zumbido del motor me despertó sobresaltada. ¿Cuánto tiempo había dormido? ¿Cuántos kilómetros habíamos recorrido ya? No tenía ni idea.

– Uno, dos y... ¡tres!

En la parte trasera del 4×4, media docena de hombres apoyados sobre el maletero se esforzaban en empujar con todas sus fuerzas nuestro coche, que se había hundido en un bache del camino. Envuelta en la nube de polvo que levantaban las ruedas, intentaba descifrar en un cartel el nombre del árido y seco lugar donde habíamos aterrizado: Arjom. Aparentemente habíamos dejado la ruta principal para tomar un camino rocoso y hundido que se deslizaba a lo largo de un barranco junto a una profunda garganta. El coche estaba totalmente encajado.

–Haríais mejor si dierais media vuelta. Nunca llegaréis si seguís por este camino. A partir de aquí aún es peor... –nos dijo un aldeano, con un pañuelo rojo y blanco enrollado en su cabeza.

–Pero tenemos que ir a Jaryi –replicó el conductor.

–¿Con este coche? ¡Bromeas!

–Entonces, ¿qué hago?

–La mejor solución es seguir a lomos de un burro.

–¡En burro! Lo veo difícil, llevamos mujeres a bordo...

–Mirad, os propongo que contratéis los servicios de uno de nuestros vehículos. Tienen costumbre de hacer viajes de ida y vuelta para transportar viajeros. Y los neumáticos de sus coches están adaptados al camino. Los tienen que cambiar casi cada dos meses... ¡En tan mal estado está la carretera!

Decidieron, pues, que cambiáramos de coche. Mientras los adultos se encargaban de transportar el equipaje de un

coche al otro, aproveché esos minutos de respiro para estirar las piernas. Inspiré lo más hondo que pude, llenando mis pulmones del aire puro de las montañas. Había sudado tanto que la túnica marrón que llevaba bajo el manto negro se me había pegado al cuerpo. Me aproximé al borde del barranco. ¡Uadi Laa! Allí, a lo lejos, muy a lo lejos, reconocí Uadi Laa, el valle donde se ubicaba mi aldea. ¡No había cambiado! Era muy pequeña cuando lo habíamos abandonado. Mis recuerdos de infancia reverdecieron. ¿Tal vez por los viajes que, siendo una niña, había realizado con mis padres por la región? ¿O lo que reavivaba los recuerdos eran las fotos amarillentas de un viejo álbum que, de vez en cuando, *aba* miraba con lágrimas en los ojos?

Recordé también la imagen de mi abuelo. Quería mucho a mi Yad. Cuando murió, hacía un año, lloré mucho. Siempre se cubría la cabeza con un turbante blanco. Tenía una barba fina y canosa que contrastaba con sus espesas cejas de color castaño oscuro. Muchas veces me sentaba en sus rodillas y se divertía fingiendo que me caía para sujetarme en el último momento. En sus brazos me sentía a gusto. Pensaba que si el mundo se derrumbaba a mi alrededor, mi Yad estaría siempre a mi lado para salvarme. Pero se había ido demasiado pronto.

—¡Noyud, Noyud!

Me volví pensando quién podía llamarme por mi nombre. Era una voz que no me resultaba familiar. Un timbre poco habitual, extraño a mis oídos. No como el de Yad, que hubiera reconocido aun con los ojos cerrados. Levanté la cabeza y

comprendí que era *él*, mi desconocido marido, que se dirigía por primera vez a mí desde que habíamos salido de Saná. Sin mirarme apenas me anunció que reemprendíamos el camino. Asentí con la cabeza mientras me dirigía a nuestra nueva «carroza»: una *pick-up* Toyota roja y blanca, totalmente oxidada. Me hizo sentar delante con mi cuñada, a la derecha del nuevo conductor. Los hombres saltaron a la parte de atrás, descubierta, junto con otros pasajeros que nos acompañaban en la camioneta.

—¡Sujétense bien que esto va a moverse mucho! —avisó el conductor.

Antes de arrancar, encendió su radiocasete y subió el volumen a tope. Una melodía tradicional resonó desde las oxidadas entrañas de la *pick-up* y las vibraciones del *ud*²² acompañaron la voz de un cantante local muy popular, Huseín Moheb, y se añadieron a las sacudidas provocadas por las grandes piedras que iba sorteando la *pick-up*. ¡No es que se moviera, es que botaba en todas direcciones! En más de una ocasión, al acelerar, los cantos rebotaron en el parabrisas. Con las manos crispadas sobre la manivela de la puerta, rezaba para que consiguiéramos llegar sanos y salvos a la aldea.

—¡Escucha la música! Ella te hará olvidar las preocupaciones —me dijo el conductor.

Si él hubiera sabido cuál era la angustia que me atenazaba...

Continuamos camino durante horas y horas al compás de las lamentaciones de Huseín Moheb. Habría tenido que contar cuántas veces el conductor rebobinó la casete... Estaba como

abducido por la música, que, seguramente, le daba el valor suficiente como para resistir los envites de la naturaleza. Agarrado a su volante como un jinete a su caballo, afrontaba la más mínima curva con la mirada fija en el sinuoso camino. Parecía que conocía al dedillo todas las trampas que el camino pudiera depararnos.

– Dios ha creado una naturaleza muy ingrata, pero felizmente también ha creado seres humanos capaces de imponerse a ella –dijo.

Pues bien, pensé, si eso era verdad, Dios se debía de haber olvidado de mí.

A medida que nos adentrábamos en el valle, el angustioso nudo que me oprimía la garganta iba creciendo más y más. Estaba cansada. Tenía náuseas, hambre y sed. Pero sobre todo tenía miedo. Había intentado olvidar mi desgracia, inventándome todos los juegos posibles. Pero a medida que nos acercábamos a Uadi Laa, mi suerte me parecía cada vez más incierta. Y todas mis esperanzas de poder huir se habían esfumado.

Jaryi no había cambiado apenas. El último rincón del mundo... Cuando llegué, con la espalda destrozada por las sacudidas, reconocí a simple vista las cinco casas de piedra, el riachuelo que atraviesa la aldea, las abejas volando de flor en flor, los árboles y los niños que iban a la fuente a llenar sus pequeños jarros amarillos.

En el umbral de una de las casas una mujer nos esperaba. Noté que me miraba de arriba abajo. No me abrazó. Ni un beso de cumplido, ni un solo gesto de cariño. Era *su* madre.



© Dibujo de Noyud Alí.



© Dibujo de Noyud Alí.



© Dibujo de Noyud Alí.



Ante el tribunal con Hamed Zabet, el periodista del *Yemen Times*, a mi derecha. © Hamed Zabet.



Al juicio asistieron muchos periodistas. © Hamed Zabet.



Fue la primera vez que me hacían regalos. © Hamed Zabet.



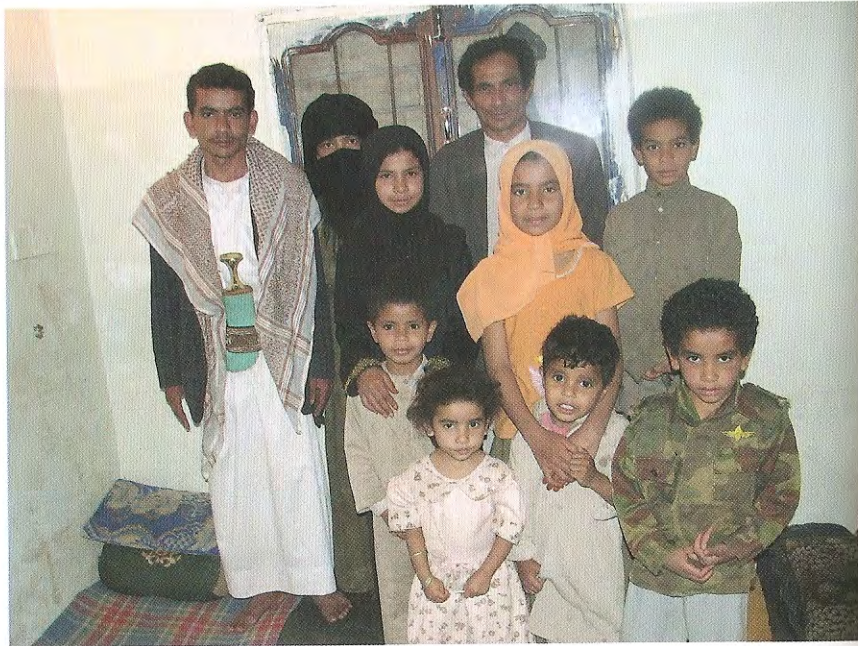
Con Chada. © Hamed Zabet.



En el parque con Mona. Bajo su *niqab* ella recobró la sonrisa.
© Delphine Minoui.



Mi gran regreso a la escuela. © Delphine Minoui.



Mi familia (de izquierda a derecha): Mohamed, *omma*, yo, *aba*, Haifa, Morad, Asil, Raudha, Jaled y Abdo. © Delphine Minoui.

Mi suegra. Era vieja y fea. Su piel estaba arrugada como la de un lagarto. Le faltaban dos dientes delanteros y el resto estaban roídos por las caries y manchados por el tabaco. Un pañuelo gris y negro le cubría los cabellos. Con un ademán, me hizo un gesto para indicarme que pasara. El interior apenas estaba amueblado. Se componía de cuatro habitaciones, un salón y una minúscula cocina. Los servicios estaban al aire libre, detrás de unos matorrales.

Sin hacerle ascos, devoré el arroz y la carne que *sus* hermanas habían preparado. Me moría de hambre. No había comido nada desde que salimos de Saná. Después de la comida, los adultos se reunieron para una sesión de *qat*. ¡Una más! Algunos vecinos fueron invitados y se unieron a la reunión.

Acurrucada en un rincón, les miraba en silencio. Para mi asombro, nadie parecía sorprenderse por mis pocos años. Luego supe que los matrimonios con niñas son algo muy corriente en provincias. Para ellos, por tanto, yo no era una excepción. Incluso hay un refrán tradicional entre las tribus que dice: «Si te casas con una niña de nueve años, te garantizas un matrimonio feliz»...

Entre los adultos las conversaciones se animaban.

–Debe de haber tenido buena vida en Saná –comentó mi cuñada.

–Desde mañana, le enseñaré lo que es trabajar, por supuesto –susurró mi anciana suegra sin pronunciar mi nombre. Estaba claro, ella pretendía sacarme partido.

–Los caprichos de niña mimada se han acabado. ¡Le demostraremos cómo debe ser una mujer, una auténtica mujer!

Cuando, a la puesta del sol, se fueron los invitados y me mostraron mi habitación, recuerdo que me sentí aliviada. Por fin iba a poder cambiarme la túnica marrón que llevaba puesta desde el día anterior y que comenzaba a oler realmente mal. Una vez cerré la puerta, suspiré y me dispuse a cambiarme de ropa y ponerme una camisa de algodón roja que había traído de Saná. Tenía el olor de mi casa, de su ambiente perfumado con *ud*.²³ Un olor familiar que me acompañaba. En el suelo había una amplia estera: era mi cama. En la cabecera, una antigua lámpara de aceite iluminaba la habitación y proyectaba sobre la pared la sombra de su llama. No me hizo falta apagarla para dormirme. ¡Por fin!

Hubiera preferido no despertarme. Cuando la puerta se abrió con estrépito, me sobresalté convencida de que el ruido era producto de un golpe de viento. Apenas tuve tiempo de abrir los ojos cuando noté un cuerpo sudoroso y velludo echarse sobre mí. Alguien había apagado la lámpara y era noche cerrada. Me estremecí. ¡Era él! Le reconocí por el intenso olor a tabaco y *qat*. ¡Apestaba! ¡Olía como un animal! Sin mediar palabra, comenzó a restregarse contra mí.

–Se lo suplico, ¡déjeme tranquila! –susurré temblando.

–¡Eres mi mujer! A partir de ahora se hará lo que yo diga. Debemos acostarnos en la misma cama.

De un salto, me puse en pie, dispuesta a huir. ¿Para ir adónde? ¡Qué importaba eso! Debía escapar de esa trampa... Se levantó a su vez. En la oscuridad solo distinguía un hilo de luz que se filtraba por la rendija que dejaba la puerta entreabierta. Debía de tratarse, sin duda, de la luz de la luna y de

las estrellas. Sin dudarle un segundo, salí corriendo al patio. Pero él me persiguió.

–¡Socorro! ¡Socorro! –exclamé sollozando.

Mi voz resonó en la noche. Pero era como gritar en el vacío. Corrí en todas direcciones hasta perder el aliento. Entré en una habitación, pero volví a salir al ver que él también lo hacía. Corría sin mirar atrás. Tropecé con algo, un trozo de cristal tal vez, y ello me impidió reemprender mi carrera. Dos brazos me cortaron el aliento, me apresaron con todas sus fuerzas y acabaron por devolverme a la habitación y estrellarme contra la estera. Me quedé pegada al suelo, como paralizada.

–*Amma, amma!*²⁴ –imploré, buscando algo de solidaridad femenina.

Ninguna respuesta. Volví a gritar:

–¡Ayuda! ¡Ayuda!

Se quitó su túnica blanca. Me abracé a mis rodillas para protegerme. Pero él comenzó a tirar de mi ropa, pidiéndome que me desnudara. Luego paseó sus manos ásperas sobre mi cuerpo y aplastó sus labios contra los míos. Olía realmente mal. Una mezcla de tabaco y cebolla.

–¡Estese quieto! ¡Se lo diré a mi padre! –gemí, intentando escapar de nuevo.

–Ya puedes contar a tu padre todo lo que quieras. Él firmó el contrato de matrimonio y, por tanto, me dio su autorización para casarme contigo.

–¡No tiene ningún derecho!

–Noyud, eres mi mujer.

–¡Socorro! ¡Socorro!

Se puso a reír con sarcasmo.

–Te lo repito: eres mi mujer. Así que, desde ahora, debes hacer lo que yo quiera. ¿Entendido?

Me sentí zarandeada como si estuviera bajo los efectos de un huracán, arrastrada de un lado a otro. Un rayo se abatió sobre mí y no pude resistirlo. Creí escuchar un trueno. Otro, y luego otro más. El cielo caía sobre mi cabeza. Fue entonces cuando una chispa estalló en mis entrañas. Una chispa que no había sentido jamás. Me desgañité gritando, pero nadie vino en mi auxilio. Eso hacía daño, mucho daño. Y debía encarar sola ese dolor.

–¡Ay! –me lamenté suspirando.

Fue entonces cuando me desmayé.

5

CHADA

9 de abril de 2008

Con el teléfono móvil pegado a la oreja, Chada camina sin parar por la antesala del tribunal.

–¡Debemos hacer todo lo posible para arrancar a Noyud de las garras de su marido! Es necesario avisar a la prensa, a las asociaciones feministas... –la oigo decir antes de acercarse a mí y agacharse para ponerse a mi altura.

–No tengas miedo, Noyud, te ayudaré a divorciarte.

Nunca nadie se había mostrado tan atento a mis necesidades.

Chada es abogada. Parece ser que una letrada muy importante, una de las principales abogadas de Yemen especializada en la defensa de los derechos de la mujer.²⁵ Con los ojos abiertos como platos, la miro con admiración. Chada es muy guapa. Y muy dulce. Su voz es un poco aguda y si habla tan deprisa es porque está muy excitada. Huele a buen

perfume, como el de la flor del jazmín. Desde que la conocí, la quiero mucho. Al contrario que las mujeres de mi familia, ella no lleva la cara cubierta. No vestir *niqab* resulta muy raro en Yemen. Pero Chada viste una larga túnica negra de seda. Y, en la cabeza, un pañuelo de colores. Su piel es luminosa y el lápiz de labios le da un cierto aire chic, como el de las actrices de cine. A veces, cuando se pone las gafas de sol, parece una estrella cinematográfica. ¡Qué diferente de todas esas mujeres envueltas en velos con las que uno se cruza por las calles!

—A mi lado no tienes nada que temer —me dice acariciándome la cara con un gesto encantador.

Esta mañana ha salido a mi encuentro en cuanto me ha reconocido. De vuelta del fin de semana le habían hablado de mí en el tribunal. Mi historia la conmovió. Anuló todas sus citas e hizo prometer al juez que la avisaría en cuanto yo llegara. Quería verme a toda costa.

—Perdona, ¿eres la niña que quiere divorciarse? —me preguntó de entrada, apenas verme en el patio que antecede al tribunal.

—Sí, soy yo —le contesté.

—¡Dios mío! Sígueme, es absolutamente necesario que hablemos.

Han pasado muchas cosas en estos últimos días. Tantas que la cabeza todavía me da vueltas. Durante todo el fin de semana —jueves y viernes en Yemen— el juez Abdel Uahed y su mujer me han tratado con una gentileza que no esperaba. He tenido derecho a juguetes, a buena comida, a duchas de agua

caliente, a mimos antes de irme a dormir. ¡Como otros niños! Dentro de la casa, hasta he podido quitarme el velo de mujer casada que mi suegra me obligaba a reajustar sobre la cabeza cada vez que se deslizaba. ¡Qué felicidad no tener que soportar los bastonazos, no temblar con la idea de tenerme que ir a dormir, no sobresaltarme al más mínimo ruido!

Pero, a pesar de todas sus atenciones, mis noches son todavía muy agitadas. Desde que me duermo, me parece que de nuevo el huracán me arrastra y que, si cierro los ojos durante mucho rato, corro el riesgo de que la puerta se abra una vez más y el monstruo vuelva a aparecer... ¡Qué miedo, qué sufrimiento! El juez Abdel Uahed dice que es normal, que necesito tiempo para olvidar este mal trago.

Cuando me condujo al tribunal el sábado por la mañana, me costó volver a la realidad. A las nueve, ya estábamos sentados en su oficina, en compañía de los otros dos jueces, Abdo y Mohamed al-Gazi:

—Según la ley de Yemen, es muy difícil interponer una demanda contra tu padre y tu marido —me dijo.

—¿Por qué?

—Es un poco difícil de entender para una niña de tu edad. Y más difícil aún de explicar.

Entonces enumeró numerosos obstáculos. Como la mayoría de los niños que nacen en las aldeas, no tengo papeles de identidad, ni certificado de nacimiento. Y soy demasiado joven para iniciar un proceso... Razones muy fáciles de comprender para un hombre sabio como Mohamed al-Gazi, pero no tanto para mí. En fin, debo intentar ver el lado bueno de las

cosas... Por lo menos estoy rodeada de jueces muy gentiles, que están dispuestos a ayudarme. Y nada les obliga a atenderme y a preocuparse por mí. Como tantos otros, habrían podido ignorar mi reclamación y aconsejarme que me volviera a casa a cumplir con mis deberes de esposa. A fin de cuentas, todos los hombres de mi familia estaban conformes a la hora de firmar mi contrato de matrimonio. Según la tradición yemení, era válido.

—De momento —siguió Mohamed al-Gazi dirigiéndose a sus colegas— debemos movernos con rapidez. Yo aconsejo que se establezca para el padre y el esposo de Noyud la prisión preventiva. Si la queremos proteger, es más seguro que estén en la cárcel que en libertad.

¡La cárcel! Es un gravísimo castigo. ¿Me perdonaría *aba*? Me atormentaban la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad. Es más: ¡qué mal lo pasé cuando me pidieron que acompañara al soldado que les iba a arrestar para que pudiera localizar la dirección! Mi familia no me había visto durante el fin de semana. Y, seguramente, debían de pensar que, al igual que mi hermano Fares, había huido para siempre. ¡No quería ni imaginarme lo que debió de pasar por la cabeza de mi madre cuando mis hermanos y mis hermanas pequeños reclamaron el pan del desayuno! Es más, recordaba que poco tiempo antes de mi huida mi padre había caído enfermo y había empezado a escupir sangre. ¿Sobreviviría a la prisión? Si él moría, me arrepentiría toda mi vida...

Pero no tenía elección. Cuando los justos sufren, es necesario castigar a los malvados, me explicó Abdo. Me subí al coche del militar. Pero, cuando llegamos a la puerta, él cerró la portezuela con llave. Me sentí extrañamente aliviada. Y

cuando, horas después, tuvo que volver allí, ya no hizo falta que le acompañara.

Aquella misma tarde, decidieron que iban a buscarme un lugar seguro. En Yemen no había hogares de acogida para muchachas en mi situación. No podía quedarme eternamente en casa de Abdel Uahed, ya habían hecho demasiado por mí.

—¿Quién es tu tío preferido? —me preguntó uno de los jueces.

¿Mi tío preferido? Después de pensarlo mucho, recordé a Choyi, el hermano de *omma*, un antiguo soldado del ejército yemení, alto y fuerte, ya en la reserva, que tenía una cierta autoridad sobre la familia. Vivía en Beit Boss, un barrio alejado de nuestra casa, con sus dos esposas y sus siete hijos. No se había opuesto a mi matrimonio, es verdad. Pero me daba la impresión de que encarnaba un cierto orden y, por lo menos, no pegaba a sus hijas.

Choyi no era demasiado hablador, lo que me parecía bien. No me hizo demasiadas preguntas y me dejó jugar con mis primos. Por la noche, antes de dormirme, di gracias a Dios por haber permitido que Choyi no me reprochara mi audacia e incluso no hubiera querido hablar de mi fuga. En el fondo le veía más apurado que yo por esta historia.

Los tres días que siguieron me parecieron largos y repetitivos. Pasaba mucho tiempo en el tribunal, esperando un milagro, una solución inesperada. Pero, desgraciadamente, el horizonte no estaba claro. Los jueces me habían prometido hacer todo lo posible para que pudiera obtener el divorcio, pero para ello hacía falta tiempo.

Es curioso, a fuerza de ir una y otra vez a ese enorme patio lleno de gente, acabé por acostumbrarme a la multitud que tanto me había impresionado el primer día. Hasta podía reconocer de lejos a los pequeños vendedores de té y de zumos de fruta. El chico de la balanza estaba siempre ocupado en atender a los visitantes con menos prisa. Y solía enviarme una sonrisa para infundirme valor. Porque cada día que iba al tribunal lo hacía con el corazón encogido. ¿Cuántas veces sería necesario llegar hasta allí para convertirme en una muchacha como las demás? Abdo me había prevenido: mi caso era excepcional, y yo me preguntaba: ¿cómo resuelven los jueces un caso excepcional? No tenía ni idea.

La respuesta la encontré, por fin, junto a Chada, la hermosa abogada con gafas de sol. Cuando aquella mañana ella se me acercó, pude apreciar la emoción con la que lo hacía aun antes de que exclamara: «¡Dios mío!». Luego consultó su reloj, abrió su agenda y calibró cómo repartir su tiempo, evidentemente muy escaso. Después comenzó a llamar uno por uno a sus conocidos, a sus amigos, a sus colegas... «Debo ocuparme de un caso importante, muy importante», la oí decir muchas veces. ¡Esta mujer parece tener enormes reservas de paciencia! Abdel Uahed tiene razón. Es una excelente abogada. Y debe de tener mucho poder. Su teléfono móvil no para de sonar y todo aquel que se cruza en su camino la saluda con respeto.

—Noyud, tú eres como una hija para mí. ¡No dejaré que desfallezcas! —me susurra al oído.

La creo. Esta mujer no tiene por qué mentirme. Estoy a gusto con Chada. A su lado me siento segura. Sabe encontrar

las palabras adecuadas. Su voz cantarina me reconforta. Me devuelve la confianza en la vida. El mundo puede hundirse, ella me sostendrá. Gracias a ella experimento por primera vez esa ternura maternal que mi madre, demasiado preocupada por las complicaciones familiares, no ha sabido, o mejor, no ha podido darme.

Una pregunta continúa rondándome por la cabeza...

—Chada —murmuro tímidamente.

—Dime, Noyud.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—¡Claro!

—¿Puedes prometerme que no tendré que regresar nunca a casa de mi marido?

—*Inch Alá*, Noyud. Haré todo lo posible para que puedas escapar de ese infierno. Todo irá bien. Todo irá bien. Pero...

—Pero... ¿qué?

—Debes ser fuerte, pues necesitaremos tiempo...

—¿Cuánto tiempo?

—No pienses en ello ahora. Lo peor ya ha pasado. Lo más duro ha sido sacar fuerzas de flaqueza para escaparte y huir de tanta explotación.

Al verme suspirar, Chada esboza una sonrisa y me acaricia la cabeza. Es alta y delgada. Me impresiona mucho.

—Y yo ¿puedo hacerte una pregunta? —me dice.

—Sí...

—¿De dónde sacaste el coraje para escaparte y llegar hasta el tribunal?

—¿Coraje para escaparme? No podía aguantar más su maldad... No podía más.

LA HUIDA

En Jaryi la vida se había vuelto insoportable. Dividida entre la vergüenza y el dolor, yo sufría en silencio. ¿Con quién podía hablar de todas esas cosas desagradables que *él* me hacía día tras día, noche tras noche? De hecho, desde el primer día comprendí que nada iba a ser ya como antes.

*-Mabruk! Mabruk!*²⁶

Con los ojos fijos en mi cuerpecillo desnudo, mi suegra me acarició la cara para despertarme. Lo recuerdo como si fuera hoy. La luz del amanecer inundaba la estancia. A lo lejos se escuchaba el canto de un gallo. A su espalda, reconocí a mi cuñada, la que había viajado con nosotros. Yo todavía estaba bañada en sudor. Abrí los ojos y vi el desorden que reinaba en el dormitorio. La lámpara de aceite había rodado hasta la puerta. Mi túnica marrón estaba tirada en el suelo como un trapo viejo. *Él* estaba allí, sobre la estera, durmien-

do como un lirón. ¡Qué *uahech*, qué monstruo! Y sobre la sábana, totalmente arrugada, había un hilillo de sangre...

–*Mabruk!* –insistió mi cuñada.

Con una extraña sonrisa, señaló la línea roja. Permanecí en silencio. Como paralizada. Mi suegra se inclinó entonces sobre mí y me tomó en sus brazos como un paquete. ¿Por qué no había venido cuando la necesité? Ahora, en cualquier caso, ya era demasiado tarde... ¿A no ser que ella fuera cómplice de lo que *él* acababa de hacerme?

Hundiendo sus manos bajo mis axilas, empujó la puerta con el pie y me llevó al baño, una habitación estrecha donde había un barreño y un cubo, y comenzó a echarme agua. ¡Estaba muy fría!

–*Mabruk!* –dijeron las dos mujeres a coro.

Sus palabras resonaron una vez más en mis cansados oídos. Me sentía pequeña, muy pequeña. Había perdido el control de mi cuerpo y de mis gestos. Tenía frío, pero mi interior ardía. Me sentía sucia. Tenía sed. Estaba enfadada pero no me atrevía a demostrarlo. ¡*Omma*, estás demasiado lejos para pedirte ayuda...! *Aba*, ¿por qué me has obligado a casarme? ¿Por qué, por qué? ¿Y por qué nadie me había avisado de lo que me iba a pasar? ¿Qué había hecho yo para merecer esto?

¡Quiero volver a mi casa!

Unas horas más tarde, cuando *él* por fin se despertó, volví la cara para que nuestras miradas no se cruzaran. Suspiró, se tomó el desayuno y desapareció durante el resto del día. Acurrucada en un rincón, no dejé de implorar a Dios que viniera a salvarme. Me dolía todo. Estaba aterrorizada ante la perspectiva de tener que vivir todo el resto de mi vida jun-

to a aquel monstruo. Una trampa, había caído en una trampa de la que no sabía cómo escapar...

Tuve que adaptarme rápidamente a las nuevas formas de vida. No tenía derecho a salir de casa, ni siquiera para ir a recoger agua a la fuente. No podía quejarme. Ni siquiera decir «no». Y en la escuela no había ni que pensar. Me moría de ganas de sentarme en un pupitre, escuchar cómo la profesora nos explicaba nuevas historias y escribir mi nombre con tiza blanca en una gran pizarra negra.

Jaryi, mi aldea natal, se había convertido en una extraña. Durante el día debía obedecer en casa las órdenes de mi suegra: cortar las verduras, alimentar a las gallinas, preparar el té para los invitados, fregar el suelo, lavar los platos... Debía esmerarme en frotar las cacerolas negras de grasa, con el propósito imposible de devolverles su color original. Los trapos estaban grisáceos y olían mal. Al final acabé tan pegajosa como la cocina, y mis uñas se ennegrecieron.

Una mañana le pedí permiso para ir a jugar con otras niñas de mi edad.

–¡No estás aquí de vacaciones! –refunfuñó.

–¡Por favor, solo un ratito!

–¡Ni hablar! Una mujer casada no puede permitirse frecuentar no importa a quién. No faltaría más que manchases nuestra reputación. ¡Aquí no estás en la capital! En Jaryi todo se sabe, todo se ve, todo se oye. Es importante mantenerte a raya. No olvides lo que te he dicho. ¿Queda claro? De lo contrario, se lo contaré a tu marido.

Él salía por la mañana y no regresaba a casa hasta la puesta de sol. A su vuelta, se hacía servir la cena en el *sofra* y nunca ayudaba a quitar la mesa. Cuando le oía volver, la misma angustia volvía a atenazar mi corazón...

Al caer la noche, ya sabía que todo iba a volver a empezar. Una y otra vez las mismas brutalidades. La misma desazón. El mismo dolor. La misma angustia. La puerta que se cierra, la lámpara de aceite que rueda por el suelo, las sábanas que se arrugan... «*Ya beint!*» —«¡Venga, chica!»—, así, sin remilgos, me llamaba antes de lanzarse sobre mí.

Él nunca pronunciaba mi nombre.

Fue al tercer día cuando empezó a pegarme. No soportaba que intentara resistirme a sus deseos. Cuando, con la luz apagada, le empujaba para que se limitara a dormir a mi lado, él empezaba a golpearme. Primero con las manos, luego con un bastón. El trueno, el relámpago, volvían una y otra vez. Y su madre le animaba a ello.

—¡Dale más fuerte! ¡Debe obedecerte! ¡Es tu mujer! —no dejaba de repetir con su voz ronca cuando él se quejaba de mí.

—*Ya beint!* —gritaba él de nuevo persiguiéndome.

—¡No tiene derecho! —le respondía sollozando.

—Me hartas con tus lamentos. ¡No me he casado contigo para que estés todo el día lloriqueando! —protestaba él, dejando ver sus grandes y amarillentos dientes.

No soportaba que me hablara en ese tono, que me ridiculizara en público, que me despreciara. Vivía permanentemente con el temor a que cayeran sobre mí más y más bastonazos y bofetones. Llegó hasta darme de puñetazos. Cada

día aparecían nuevos moretones en mi espalda y en mis brazos. Y ese escozor permanente en el vientre... Me sentía muy sucia. Cuando venían las vecinas a ver a mi suegra, las escuchaba murmurar y señalarme con el dedo. ¿Qué se podían estar contando?

Siempre que podía, me refugiaba en un rincón, perdida y desamparada. Los dientes me castañeteaban pensando en que se aproximaba la noche. Estaba sola, totalmente sola. No tenía a nadie en quien confiar, nadie con quien hablar. Les odiaba. ¡Les odiaba profundamente! ¡Me resultaban tan despreciables! ¿Acaso todas las muchachas casadas tenían que pasar por este suplicio? ¿O solo era yo la que sufría semejante tormento? No sentía ninguna clase de amor por ese extraño. ¿Mis padres se habían elegido mutuamente? Él solo me había enseñado el verdadero sentido de la palabra «crueldad».

Así fueron pasando los días. ¿Diez, veinte, treinta? No lo recuerdo exactamente. Intentaba dormir por la tarde. De noche, cuando él me sometía a sus vejaciones, no podía conciliar el sueño. Por eso durante el día iba adormilada. Perdida. Descompuesta. Impotente, empecé a perder la noción del tiempo. Echaba de menos Saná. Y, aún más, la escuela. Extrañaba a mis hermanas y hermanos: las acrobacias continuas de Abdo, las payasadas de Morad, los chistes de Mona cuando tenía un buen día, las cancioncillas de la pequeña Raudha. Cada vez me acordaba más de Haifa, y deseaba con todas mis fuer-

zas que no pasara por lo mismo que estaba pasando yo. Según transcurrían los días, me iba olvidando de las facciones de todos ellos. Me costaba recordar el color de su piel, la forma de su nariz, sus hoyuelos. ¡A saber cuándo les volvería a ver!

Todas las mañanas lloraba suplicando que me devolvieran a casa de mis padres. No tenía ningún medio para contactar con ellos. En Jaryi no hay electricidad. Y mucho menos teléfono. Por aquí no pasaban aviones, no había autobuses, ni siquiera coches. Habría podido escribirles, pero solo sabía poner mi nombre y unas pocas palabras más. Debía regresar a Saná. Como fuera. ¡Quería volver a mi casa!

¿Escapar? Lo había pensado muchas veces. ¿Pero adónde podía ir? En la aldea no conocía a nadie. Era muy difícil que alguien me diera refugio en su casa o que algún viajero se apiadara de mí y me dejara subirme a lomos de su asno... Jaryi, mi aldea natal, se había convertido en mi cárcel.

Una mañana, harto de oírme llorar, *él* me anunció que me autorizaba a ir a ver a mis padres. ¡Por fin! *Él* me acompañaría y me alojaría en casa de su hermano. Pero volveríamos enseguida. Me apresuré a recoger todas mis cosas antes de que cambiara de parecer.

La vuelta me pareció más rápida que la ida. Sin embargo, cada vez que me adormilaba, las mismas imágenes de pesadilla agitaban mi sueño: la mancha de sangre en la sábana, la cara de mi suegra inclinada sobre mí, el barreño de agua... Y

me sobresaltaba... ¡No! No volvería nunca. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca volvería a pisar Jaryi, el fin del mundo!

—¡Está fuera de discusión que dejes a tu marido!

En Saná la reacción de mi padre no fue la que yo esperaba. Y fue muy radical. Tanto que cortó de golpe la alegría del reencuentro. Mi madre no abrió la boca. Simplemente se contentó con levantar las manos al cielo y decirme:

—La vida es así, Noyud. Todas las mujeres debemos pasar por esto. Todas hemos tenido que resignarnos...

Pero ¿por qué no me lo había dicho? ¿Por qué no me había avisado? Ahora que el matrimonio se había consumado, yo ya estaba atrapada. Era imposible dar marcha atrás. Avergonzada, acababa de explicar a mis padres el horror de la primera noche, los golpes, la quemazón, y todas esas cosas tan personales y terribles. Y ellos insistían en que mi obligación era vivir con él.

—¡No le quiero! Me hace daño. Me obliga a hacer cosas desagradables que me hacen sentir mal. ¡No es bueno conmigo! —insistí.

—Noyud, ahora eres una mujer casada. Debes estar junto a tu esposo —repetía mi padre.

—¡No quiero! ¡Quiero volver a casa!

—¡Imposible! —me interrumpió.

—¡Por favor! ¡Por favor!

—Es una cuestión de *charaf*, ¿lo entiendes?

—Pero...

—¡Atiende a lo que te digo!

—Aba, yo...

—Si tú te divorcias de tu marido, mis hermanos y mis primos me querrán matar... El *charaf*, el honor, es lo más importante. ¡El honor! ¿Comprendes?

No, no lo comprendía y no podía entenderlo. Ahora no solo *él* me hacía daño; mi familia, mi propia familia, le defendía. Todo por una cuestión de... ¿De qué? ¿De honor? ¿Cuál era el significado real de esa palabra que nadie dejaba de mentar? Me sentía totalmente desamparada.

Con los ojos abiertos como platos, Haifa comprendía aún menos que yo lo que estaba pasando. Al verme deshecha en lágrimas, deslizó su mano en la mía. Era su forma de decirme que podía contar con ella. De nuevo una idea terrible volvió a cruzar por mi imaginación: ¿y si ellos también pretendían casarla a ella? Haifa, mi hermana pequeña, mi linda hermanita... ¡Ojalá nunca tuviera que sufrir esta pesadilla!

Después de varios intentos, Mona trató de salir en mi defensa. Pero le pudo su timidez. De todas formas, ¿quién la hubiera escuchado? Aquí son siempre los más fuertes, los hombres, los que tienen la última palabra. ¡Pobre Mona! Fue entonces cuando comprendí que, si quería salir de esta, tendría que arreglármelas sola.

El tiempo apremiaba. Debía encontrar una solución antes de que *él* volviera a buscarme. Le había arrancado su autorización para que me dejara quedarme unos pocos días en casa de mis padres. Yo continuaba dándole vueltas a la cabeza sin encontrar una vía de escape a mi situación. «Noyud debe permanecer junto a su marido», repetía una y otra vez mi padre. Cuando *aba* se dio la vuelta, me las arreglé para hablar con

mi madre. Ella lloraba. Me dijo que me echaba de menos pero que no podía hacer nada por mí.

No me faltaban motivos para tener miedo. Al día siguiente, *él* vino a visitarnos para recordarme mis deberes de esposa. Intenté resistirme. De nada me sirvió. A fuerza de insistir llegamos a una situación de compromiso. Aceptó que me quedara algunas semanas más en Saná, pero a condición de que le siguiera para vivir provisionalmente en casa de sus tíos. No se fiaba de mí y tenía miedo de que me escapase si continuaba en casa de mis padres. Así, durante más de un mes, el infierno volvió a comenzar...

—¿Cuándo dejarás de lloriquear? ¡Es agotador! —se quejó un día con los ojos inyectados en sangre y blandiendo el puño en alto.

—Cuando me dejes volver a casa de mis padres —le respondí, escondiendo la cara entre las manos.

En vista de mi empeño, acabó por darme una nueva tregua.

—Pero es la última vez —me previno.

De vuelta a casa, comprendí que no tenía demasiado tiempo si quería desembarazarme de ese hombre y evitar la pesadilla cuando volviéramos a Jaryi. Pasaron cinco días. Cinco difíciles días durante los cuales me subía por las paredes. Ni mi padre, ni mis hermanos ni mis tíos estaban dispuestos a escucharme.

A fuerza de llamar a muchas puertas con la esperanza de encontrar un alma dispuesta a ayudarme, aterricé en casa de Doula, la segunda mujer de mi padre. Vivía con sus cinco hijos en un minúsculo apartamento del primer piso de un inmueble situado en un extremo de un callejón, justo al cruzar nuestra calle. Preocupada por la angustia de tener que

regresar a Jaryi, subí la escalera tapándome la nariz para no notar el mal olor de la porquería acumulada en la escalera que se mezclaba con el de los excrementos que subía de los retretes, comunes a todo el edificio. Doula, vestida con una larga túnica roja y negra, me abrió la puerta muy sonriente.

—¡Ya, Noyud! ¡Qué sorpresa verte por aquí! ¡Bienvenida! —me saludó.

Me gustaba Doula. Tenía la piel suave y los cabellos, que solía llevar trenzados, muy largos. Era más alta, más guapa y más esbelta que *omma*. Doula no protestaba nunca. ¡Tenía una paciencia infinita! La pobre no había tenido demasiada suerte en la vida. Se casó mayor, con veinte años, con mi padre, que enseguida la abandonó, y había aprendido a valerse por sí misma. Su hija mayor, Yahya, de ocho años, estaba discapacitada y no podía caminar, por lo que necesitaba una atención especial. Sus crisis nerviosas podían durar horas. A pesar de su pobreza, que la obligaba a mendigar por las calles para pagar el alquiler de 8000 riales al mes y comprar algo de pan para sus hijos, Doula era extremadamente generosa.

Me invitó a sentarme en un amplio jergón de paja que ocupaba la mitad de la habitación, justo al lado de un pequeño infiernillo donde hervía agua. A menudo el té reemplazaba la leche en el biberón de los bebés. De la pared colgaban unos grandes sacos destinados a despensa que estaban prácticamente vacíos.

—Noyud —me dijo—, pareces preocupada.

Yo sabía que ella formaba parte de los pocos miembros de mi familia que se habían opuesto a mi matrimonio, pero

nadie había querido escucharla. Ella, a quien la vida no había sonreído, siempre se compadecía de los que aún eran más desgraciados que ella. Le tenía confianza, sabía que podía hablarle con sinceridad.

—Tengo cosas que contarte... —le contesté.

Luego le abrí mi corazón...

Frunció el ceño al escuchar mi historia. Parecía muy contrariada. Pensativa, se dirigió al infiernillo. Luego, sirvió el té en la única taza que Yahya no había roto todavía. Me la tendió y, acercándose, me miró a los ojos.

—Noyud —me dijo—, si nadie te escucha, no te queda otro remedio que acudir ante un tribunal.

—¿Dónde?

—A un tribunal.

¿Al tribunal? El tribunal... ¡Claro, el tribunal! Como en una película diversas imágenes acudieron a mi mente. Imágenes de jueces con turbante, de abogados siempre apresurados, de hombres con túnicas blancas y mujeres envueltas en velos que se lamentaban de sus complicadas historias familiares con robos y problemáticas herencias... Ahora me acordaba del tribunal. Había visto uno en la televisión. Fue en un serial de televisión que había ido a ver con Haifa a casa de los vecinos. Los actores hablaban en un árabe diferente al de Yemen. Por su acento, creo recordar que se trataba de un folletín kuwaití. Era una enorme sala de blancos muros con varias filas de bancos de madera marrón colocados enfrente del juez. Recuerdo que vi como conducían a los criminales en una furgoneta con las ventanas protegidas por rejas.

—El tribunal —repitió Doula—. A mi entender, es el único sitio donde te harán caso. Pide que te dejen ver a un juez. A

fin de cuentas es el representante del gobierno. Él tiene mucho poder. Es una especie de padrino para todos. Su obligación es ayudar a quienes lo necesitan.

Doula me había convencido. Desde ese momento mis ideas comenzaron a ponerse en orden. Si mis padres no me querían ayudar, pues bien, me las apañaría sola. Estaba decidida, llegaría hasta el final. Estaba dispuesta a escalar montañas para no volver a encontrarme una y otra vez a solas con el monstruo sobre la estera. Abracé muy fuerte a Doula para darle las gracias.

—¿Noyud?

—Sí.

—Toma esto. Te hará falta.

Me puso 200 riales en la palma de la mano. La totalidad del peculio que había conseguido reunir esa misma mañana pidiendo limosna en el cruce más cercano.

—¡Gracias, Doula, gracias!

Por la mañana me levanté más contenta que de costumbre. Yo misma me asombraba de ese cambio de humor. Como todas las mañanas, me lavé el cuerpo. Recé. Encendí el fuego para calentar el agua del té. Luego esperé con impaciencia a que mi madre se levantara, retorciéndome nerviosamente las manos... «Noyud —me decía una vocecita interior—, procura mostrarte lo más natural posible para evitar levantar sospechas.»

Cuando, algo más tarde, *omma* abrió los ojos y empezó a desatar el extremo de su pañuelo negro donde guardaba las monedas, comprendí con sorpresa que mi deseo iba a hacerse realidad. Si ella supiera...

—Noyud —me dijo dándome 150 riales—, ve a comprar el pan para el desayuno.

—Sí, *omma* —respondí dócilmente.

Tomé el dinero. Vestí el manto y me puse mi pañuelo negro de mujer casada. Cerré cuidadosamente la puerta detrás de mí. Las callejuelas del entorno estaban aún medio vacías. Tomé la primera calle a la derecha, la que conducía hasta la panadería de la esquina, donde el pan cruje suavemente cuando lo cuecen en el horno tradicional. Reconocí a lo lejos el pregón del vendedor de bombonas de gas que recorre diariamente el barrio montado en su bicicleta y arrastrando su remolque.

A medida que me iba acercando a la panadería podía oler el aroma de las galletas de *jobz* calientes. Distinguí la silueta de otras mujeres del barrio que hacían cola ante el *tandur*. Pero, en el último minuto, cambié de rumbo para dirigirme a la avenida principal del barrio. «El tribunal —me había dicho Doula—, tienes que ir al tribunal.»

Al llegar a la gran avenida, me asaltó el temor a que me reconocieran. ¿Y si por casualidad pasaba por allí uno de mis tíos? Temblaba solo de pensarlo. Para protegerme de miradas indiscretas, subí mi pañuelo hasta cubrirme casi toda la cara, dejando solo al descubierto mis ojos. Por una vez, ese *niqab* que nunca había querido ponerme me resultaba útil. Me ayudaba a pasar inadvertida en el caso de que me siguieran. Frente a mí, varios autobuses esperaban a lo largo de la calzada. Ante la tienda de comestibles, donde vendían pelotas de plástico, reconocí el minibús amarillo y blanco de seis plazas que cruza todos los días el barrio y que lleva hasta el centro de la ciudad, muy cerca de la plaza Tahrir.

«¡Súbete si te quieres divorciar, esta es tu oportunidad!», me decía mi vocecita interior. Me puse a la cola como todo el mundo. El resto de los niños de mi edad iban acompaña-

dos por sus padres. Yo era la única niña que estaba sola. Miraba al suelo para evitar que nadie me preguntara. Tenía la sensación de ser observada. Temía que alguien adivinara lo que iba a hacer. Y la desagradable impresión de llevarlo escrito sobre la frente.

El conductor bajó de su asiento para abrir la puerta y se hizo a un lado. De repente, una avalancha de mujeres se precipitó en el interior dándose codazos para conseguir asiento. Yo las seguí, esperando una única cosa: desaparecer lo más rápido posible de mi barrio antes de que mis padres alertaran a la policía. Me senté al fondo, en el último banco, entre una anciana y otra mujer algo más joven, ambas envueltas en velos de los pies a la cabeza. Hecha un sándwich entre las dos, evitaba que, a través de la ventanilla, se me pudiera ver desde la calle. Era necesario que fuera lo más discreta posible. Felizmente ni la una ni la otra me hicieron preguntas.

En el momento en el que el motor ronroneó, sentí que mi corazón comenzaba a latir desahoradamente. Me vino a la cabeza mi hermano Fares, y el coraje que tuvo para huir de casa cuatro años antes. Él lo había hecho. ¿Por qué no podía hacerlo yo? Pero... ¿qué era lo que yo estaba haciendo realmente? ¿Qué habría dicho mi padre si hubiera visto a su hija subirse sola a un autobús público? ¿Estaría, como decía, manchando su honor?

La puerta se cerró. Demasiado tarde para volverme atrás. Por la ventanilla veía desfilas la ciudad: los automóviles atascados en los embotellamientos de primera hora de la mañana, los edificios en construcción, las mujeres vestidas de negro, los vendedores ambulantes de flores de jazmín, de paquetes de goma de mascar o de pañuelos de papel... ¡Qué grande

era Saná! Pero si tuviera que elegir entre el laberinto polvoriento de la capital y el aislamiento de Jaryi, elegiría Saná. Sin duda. Me gustaba mil veces más.

—¡Fin del trayecto! —aulló el conductor.

Ya estaba. Ya habíamos llegado. Apenas comenzó a deslizarse la puerta, el ruido de la calle invadió el minibús. Las pasajeras comenzaron a bajar. Yo me uní a ellas, las seguí, después de dar unas cuantas monedas al conductor para pagar la carrera. Pero no tenía ni idea de dónde se encontraba el tribunal. Y no me atreví a preguntárselo a mis compañeras de viaje. La angustia me invadía y me paralizaba. Tenía miedo de perderme. Miré a la derecha, luego a la izquierda. Frente a un semáforo estropeado un guardia se esforzaba en poner orden entre los conductores enfurecidos que, dándole al claxon, buscaban poder escapar del embotellamiento. Entrecerré los ojos, medio deslumbrada por los potentes rayos del sol de la mañana. No saldría viva de esta. Pegada a un poste intentaba darme ánimos cuando distinguí un vehículo amarillo. ¡Estaba salvada!

Era uno de los muchos taxis que recorren la ciudad de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. En Yemen, en cuanto un muchacho llega a los pedales del coche, sus padres le compran un permiso de conducir con la esperanza de que consiga un empleo de taxista con el que mantener a la familia. Alguna vez, con Mona, habíamos tomado un taxi para ir a Bab-al-Yemen.

Pensaba que seguramente ellos se conocían al dedillo todas las direcciones de Saná. Levanté la mano para indicarle que

se detuviera. Una niña sola en un taxi, eso no se hacía. Pero al punto al que había llegado, poco me importaba el qué dirán.

—Quiero ir al tribunal... —le dije al conductor, que me miró asombrado.

Sentada en el asiento trasero, no abrí la boca durante todo el trayecto. Con la mejilla hinchada por una bola de *qat*, el conductor podía pensar en cualquier cosa menos en hacerme preguntas. Era, sin saberlo, cómplice silencioso de mi huida. Con el brazo derecho apoyado en mi pecho intentaba controlar mi respiración, mientras cerraba un poco los ojos.

—¡Ya hemos llegado!

Frenó en seco ante una reja tras la cual un gran patio daba acceso a un imponente edificio. ¡El tribunal! Un guardia de tráfico le hizo señas de que arrancara rápido puesto que interrumpía el paso. ¡Me apresuré a bajar y le di todas las monedas que llevaba. Después de esta proeza, me sentía exageradamente audaz. Aturdida y aterrorizada, sí, pero llena de audacia. Si Dios así lo quería, mi vida iba a cambiar por completo.

EL DIVORCIO

15 de abril de 2008

El gran día llega antes de lo que habíamos previsto. ¡Qué follón! La sala de la audiencia está llena a rebosar. Es impresionante. Todas esas personas que se agolpan en los bancos frente al juez ¿han venido solo por mí? Chada me había avisado que los preparativos necesitarían algo más de tiempo. Pero el operativo mediático ha dado sus frutos y con la sala del tribunal llena a rebosar ¡parece aún más sorprendente que yo!

Ha pasado solo una semana desde nuestro primer encuentro. Una semana para contactar con la prensa, las televisiones y las asociaciones feministas... Este es el resultado. ¡Un milagro! Nunca había visto tal cantidad de cámaras fotográficas o de televisión. Mi respiración se acelera. ¿Es porque tanta gente hace que me falte el oxígeno o por los nervios? Bajo mi velo negro, me siento empapada en sudor.

—¡Noyud, sonríe! —me dice un fotógrafo abriéndose paso a codazos hasta llegar junto a mí.

Tras él aparece un enjambre de cámaras fotográficas. ¡Hay incluso cámaras de vídeo! Me sonrojo. Me intimidan todos esos flashes. Es más, entre la multitud no hay nadie a quien yo conozca. Tantas caras pendientes de mí... Me acerco a Chada. Su perfume me tranquiliza. El aroma a jazmín, tan familiar. ¡Chada es mi segunda madre!

—¿Jale²⁷ Chada?

—¿Sí, Noyud?

—Tengo miedo.

—Ya llegamos, ya llegamos... —me susurra.

Nunca hubiera pensado que yo podía suscitar tanto interés. Después de largos meses sufriendo en silencio, de repente me he convertido en noticia y tengo que dar la cara ante la prensa. Chada me había prometido que no habría periodistas, que todo quedaría entre nosotras. Nadie me ha enseñado a contestar a según qué cuestiones.

—¿Chada?

—¿Sí, Noyud?

—Con tantos flashes tengo la impresión de parecerme a George Bush, ese americano que sale tanto por televisión.

Sonríe.

—Mejor no... —me dice.

Sonríó a mi vez, pero en mi interior me siento como paralizada. Incapaz de reaccionar, con una extraña sensación de tener los pies clavados en el suelo. Comprendo que mi miedo responde al gran interrogante que se abre ante mí. ¿Cómo se tramita un divorcio? Se me ha olvidado preguntárselo a Chada. En la escuela nunca hablábamos de esas cosas. Con

Malak, mi mejor amiga, nos lo contábamos todo. Pero nunca cosas de este tipo. Creíamos que eran cosas de mayores, que nosotras éramos demasiado pequeñas para preocuparnos de los temas de los adultos. Es más, ni siquiera sabía si mis profesoras estaban casadas o divorciadas... Nunca se me ocurrió preguntárselo. Me resulta, por tanto, muy difícil comparar mi historia con la de otras mujeres de mi entorno.

Y luego, como si me alcanzara un rayo, me asalta una horrible idea: ¿y si el monstruo dice simplemente «no»? ¿Qué puede pasar si él decide oponerse a nuestra separación, si amenaza al juez con su *jambia*, respaldado por sus hermanos y el resto de los hombres de la aldea? Cualquiera sabe...

—Tranquilízate, todo irá bien... —me dice Chada tomándose por los hombros.

Levanto la cabeza para verla mejor. Me parece que no ha podido pegar ojo la noche anterior. Las ojeras enmarcan sus ojos. Parece cansada. Me duele porque sé que la culpa es mía. Pero, aun cansada, continúa siendo hermosa y elegante. ¡Una auténtica dama! Me fijo entonces en que lleva un pañuelo de color. Es rosa, a juego con su túnica, ¡uno de mis colores preferidos! Hoy lleva una larga falda gris con zapatos de tacón. Tengo suerte. Ella sigue a mi lado.

De repente, entre la multitud, distingo una mano que trata de atraer mi atención. ¡Es Hamed Zabet, el reportero del *Yemen Times*! Por fin una cara conocida. Hamed es mi nuevo amigo. Un auténtico hermano mayor, casi como Mohamed.

Es un conocido de Chada, que fue quien nos presentó. Es alto y moreno, de cara redonda y hombros cuadrados. Su simpatía me cautivó enseguida. No sé qué edad tiene y no me he atrevido a preguntárselo. Le conocí hace algunos días, en el patio del tribunal, muy cerca de donde, pocos días antes, había conocido a Chada.

Me pidió si me podía tomar una foto y poco después nos sentamos en un pequeño restaurante, muy cerca del tribunal. Sacó una estilográfica y un bloc de notas y comenzó a hacerme preguntas sobre mis padres, sobre mi matrimonio, sobre Jaryi, sobre la noche de bodas... Me ruboricé muchas veces mientras le contaba mi historia. Pero al ver su mueca de repulsa cuando le describí la mancha de sangre en la sábana, comprendí que simpatizaba conmigo. Me fijé en que golpeaba la mesa con su pluma. Incluso aunque quisiera disimular la lástima que sentía, no podía dejar de mostrar lo mucho que se compadecía de mí. Estaba furioso, y era evidente que se sentía mal por mi causa.

—¡Pero eres tan pequeña!... ¿Cómo ha podido él...? —murmuró.

Era extraño. Esta vez no había llorado. Tras unos minutos de silencio, continué:

—Yo quería jugar en la calle como todos los niños de mi edad. Pero me pegaba y me obligaba a volver a la habitación con él y a hacer todas esas cosas sucias que me pedía... Cuando me hablaba, decía palabrotas...

Cuando nos despedimos, la libreta de Hamed estaba llena de frases escritas. Había tomado nota hasta del más mínimo detalle. También consiguió entrar en la cárcel y fotografiar a *aba* y al monstruo con su teléfono móvil. Días después

Chada me dijo que su artículo había sido publicado y que había tenido un gran eco en Yemen. Hamed fue el primer periodista que hizo pública mi historia. Me molestó, es verdad. Pero hoy sé que le debo mucho.

Cuando entro en la sala de audiencias, las cámaras de los fotógrafos comienzan a disparar.

Un escalofrío recorre mi cuerpo. Reconozco a *aba* y... al monstruo. Van escoltados por dos soldados con quepis negro y uniforme verde oliva. Parecen furiosos. Al pasar delante de nosotras el monstruo baja los ojos, pero luego se vuelve varias veces para mirar a Chada.

—¿Estará contenta, eh? No pude celebrar mi matrimonio con una gran fiesta, pero ahora me la ha organizado usted —le espeta.

¿Cómo se atreve a hablarle así? Pero, en contra de lo que yo creía que iba a pasar, Chada se muestra absolutamente tranquila. Ni siquiera baja los ojos. Esta mujer tiene una fortaleza de carácter que me impresiona. No tiene necesidad de gesticular para expresar sus sentimientos. Le basta con su mirada para mostrar todo el desprecio que siente por él. Su mirada, eso es todo. He aprendido mucho de ella en estos últimos días.

—No le escuches —me dice.

Tengo que aprender a controlar mis sentimientos como Chada, pero no sé hacerlo. Por lo menos, de momento. No puedo evitarlo, mi corazón se pone a latir a mil por hora. Después de todo lo que me ha hecho, le odio. Al levantar la cabeza, mi mirada se cruza con la de *aba*. Parece muy enfa-

dato. Es necesario que me serene, pero me puede el miedo a que me aborrezca toda su vida. El honor, decía. El honor. Al ver su expresión empiezo a comprender lo que esa palabra tan complicada quiere decir. En sus ojos puedo ver que está enojado y avergonzado a un tiempo. Todas esas cámaras enfocándole... No puedo evitar sentir una cierta piedad por él. Es algo más fuerte que yo. Pero es que el respeto a los hombres es algo muy importante aquí.

—¡Qué desbarajuste! —dice un agente del orden—. Nunca había visto la sala tan abarrotada.

De nuevo se ponen en funcionamiento las cámaras de fotos. Alguien importante acaba de llegar. Se trata de Mohamed al-Gazi, el primer juez del tribunal. Le reconozco gracias a su turbante blanco anudado en la nuca. Lleva un fino bigote y una barba bien recortada. Bajo su túnica blanca se adivina un traje gris. En el talle, luce orgulloso la *jambia*, el cuchillo curvo tradicional de su tribu.

No le quito los ojos de encima. Segundo a segundo, sigo todos sus gestos. Le veo subir al estrado, invadido por los micrófonos de las cadenas de televisión y las emisoras de radio. Veo cómo se sienta. Veo cómo extiende los expedientes delante de él. Se diría que es el presidente de la República que se dispone a hablar. El juez Abdo se le une y se sienta a su lado. Felizmente están allí para defenderme. No puedo creer lo que ven mis ojos.

—En el nombre de Dios Todopoderoso y Misericordioso declaro abierta la sesión —dice al-Gazi invitándonos a acercarnos al estrado.

Chada me indica que la siga. A nuestra izquierda, *aba* y el monstruo se acercan también. Un murmullo se extiende por la sala. Una parte de mí está extrañamente serena; pero hay otra que no puedo controlar. Me gustaría saber portarme en este momento como una chica mayor. Con los brazos cruzados me esfuerzo por mantener una actitud correcta.

Es el juez Abdo quien toma la palabra:

—Estamos aquí para tratar el caso de una muchacha casada sin su consentimiento. Una vez firmado el contrato a sus espaldas, se la condujo a la fuerza al departamento de Haija. Una vez allí, su marido abusó sexualmente de ella, pese a que aún no había alcanzado la pubertad y a no estar preparada para esa clase de relaciones. Es más, no solo abusó de ella, sino que le pegó y la insultó. Ella ha venido hasta este tribunal para pedir el divorcio...

El gran momento, ese que tanto había deseado, ha llegado. El momento del castigo de los culpables. Como en la escuela, cuando la maestra nos enviaba a un rincón... ¡Ojalá que venza al monstruo, ojalá que *él* acceda al divorcio!

Mohamed al-Gazi golpea la mesa con un pequeño martillo de madera.

—Escúchame bien —le dice al ser repugnante que tengo ante mí y al que odio más que a nada—. Te has casado con esta niña hace dos meses, te has acostado con ella y le has pegado. ¿Es verdad, sí o no?

El monstruo entorna los ojos y responde:

—¡No, no es verdad! Tanto ella como su padre estaban de acuerdo con la boda.

¿He oído bien? ¿Cómo se atreve? ¡Qué mentiroso! ¡Le detesto!

—¿Te has acostado con ella? ¿Te has acostado con ella?
—repite Gazi.

Un silencio plúmbeo invade la sala.

—¡No!

—¿Le has pegado?

—¡No! Jamás he sido violento con ella.

Me sujeto al manto de Chada. ¿Cómo puede estar tan seguro de sí mismo con sus dientes amarillentos, su sonrisa de medio lado y sus cabellos revueltos? ¿Cómo puede tener la desfachatez de contar tantas mentiras? No puedo dejarle actuar así. He de intervenir.

—¡Miente!

El juez garabatea algunas palabras en un papel. Luego se vuelve hacia mi padre.

—¿Estaba usted de acuerdo con este matrimonio?

—Sí.

—¿Qué edad tiene su hija?

—Mi hija tiene trece años.

¿Trece años? ¡Nunca me habían dicho que tuviera trece años! ¿Desde cuándo tengo trece años? ¡Siempre he creído que tenía nueve o diez como máximo! Juego con mis manos para calmarme. Luego vuelvo a prestar atención.

—Casé a mi hija porque tenía miedo... —continúa mi padre—. Tenía miedo...

Sus ojos están inyectados en sangre. ¿Miedo? ¿De qué tenía miedo?

—La casé porque tenía miedo de que quisiera marcharse de casa como sus hermanas mayores... —continúa elevando las manos al cielo—. ¡Un hombre se me llevó ya a dos hijas! Las ha secuestrado. Fue demasiado para mí. Ahora está en prisión.

No entiendo lo que él explica. Sus respuestas son inconcretas y complicadas. En cuanto al juez, cada vez hace preguntas más incomprensibles. A mi edad me cuesta entender el alcance de la conversación. Palabras, palabras y más palabras. Unas veces calmadas, otras duras como piedras que se lanzan contra un muro y se rompen en pedazos. Poco a poco, el ritmo de la conversación se acelera. Sube el tono. Escucho cómo se intensifican las acusaciones. La sala es un murmullo continuo. Mi corazón late cada vez más fuerte. El monstruo murmura alguna cosa inaudible a Mohamed al-Gazi, quien vuelve a golpear la mesa con su martillo.

—A petición del esposo, la sesión continuará a puerta cerrada —anuncia.

Nos hace señales de que le sigamos a otra habitación, lejos de miradas extrañas. Me tranquiliza estar lejos de ese gentío. Después de todo, es una historia muy personal. Una vez dentro, el interrogatorio vuelve a empezar. Debo aguantar el tirón.

—Señor Faez Alí Zamer, ¿consumó usted el matrimonio, sí o no? —pregunta el juez.

Contengo la respiración.

—Sí —responde él—. Pero fui cariñoso con ella. Tuve cuidado... No le pegué.

Su respuesta me estalla en el alma y me hace revivir todos los golpes, las vejaciones, los sufrimientos. «¿Cómo que no me pegó? ¿Y todos esos hematomas en los brazos, todas las lágrimas vertidas a fuerza de sentir dolor y más dolor? Debes reaccionar», me dice mi vocecita interior. Estoy fuera de mí.

—¡Es falso! —grito.

Todos los rostros se vuelven hacia mí. Pero soy la primera sorprendida por mi reacción, de una espontaneidad que me resulta desconocida.

A partir de ese momento, todo va muy deprisa. El monstruo monta en cólera. Dice que mi padre le mintió respecto a mi edad. *Aba* se enoja a su vez. Dice que habían acordado que él no me tocaría hasta que fuera mayor. Y entonces, el monstruo anuncia que está dispuesto a aceptar el divorcio con una condición: que mi padre le devuelva la dote. *Aba* insiste en que nunca recibió cantidad alguna. ¿Se creen que están en el mercado? ¿Cuánto? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Quién dice la verdad? ¿Quién miente? Alguien sugiere que tal vez 50 000²⁸ riales serían suficientes para dar el asunto por terminado. Me pierdo. ¡Que se acaben de una vez todas estas historias! ¡Que me dejen tranquila de una vez por todas! ¡Ya tengo bastante con estas discusiones de adultos de las que somos víctimas los niños! ¡Basta!

Por fin me salva la sentencia del juez.

–El matrimonio queda disuelto –anuncia.

¡*El matrimonio queda disuelto!* No puedo dar crédito a mis oídos. ¡Siento un extraño deseo de correr y gritar para expresar mi alegría! ¡Estoy tan feliz que no me fijo en que el juez acaba de anunciar que mi padre y el monstruo quedan en libertad ¡sin tener que pagar multa alguna y sin haber de comprometerse a mantener una buena conducta!

De momento solo quiero disfrutar de mi recobrada libertad. Al salir de la sala veo que la muchedumbre continúa allí más excitada que nunca.

–¡Unas palabras para la televisión, solo unas palabras! –me dice un periodista.

A su alrededor, la gente se empuja para verme. Una sinfonía de «*Mabruk!*» resuena en mis oídos.

Detrás de mí oigo que alguien dice que, posiblemente, soy la divorciada más joven del mundo.

Comienzan a lloverme regalos. ¡Un hombre me pone en la mano un atadillo con 150 000 riales! Me dice que es el intermediario de un donante saudí. Nunca había visto tanto dinero junto.

–Esta muchacha es una heroína. ¡Merece una recompensa! –grita.

Otro hombre habla de una iraquí que quiere ofrecerme oro.

Los flashes crepitan a mi alrededor. Los periodistas me rodean. Entre la muchedumbre uno de mis tíos se levanta e interpela a Chada.

–¡Usted ha ensuciado la reputación de nuestra familia! ¡Ha manchado nuestro honor!

Chada se vuelve hacia mí.

–No dice más que tonterías –me explica.

Me coge de la mano y me indica que la siga. Después de todo yo no tengo nada que temer de mi tío... ¡He ganado! ¡Ga-na-do! ¡Me he divorciado! ¡Ya no estoy casada! Es extraña esta sensación de ligereza, esta impresión de reencontrarme con mi infancia...

–*Jale Chada...*

–¿Sí, Noyud?

–¡Tengo ganas de tener juguetes nuevos! ¡Tengo ganas de comer chocolate y pasteles!

A modo de respuesta, me dirige una sonrisa.

EL CUMPLEAÑOS

Esto debe de ser, pues, la felicidad. Desde que salí del tribunal, hace ya algunas horas, me pasa algo sorprendente. Nunca me había parecido el ruido de la calle tan agradable. Al pasar por delante de una tienda de comestibles, me vino a la cabeza un gran helado de crema y pensé: «Me comeré uno, y otro, y otro...». Cuando, a lo lejos, vi un gato, corrí hasta él para acariciarle. Mis ojos chispean, como si apreciaran por primera vez todo lo bueno que tiene la vida. Me siento feliz. Es el día más bello de mi vida.

—¿Cómo estoy, Chada?

—¡Hermosa, muy hermosa!

Para celebrar que hemos ganado, Chada me ha comprado ropa nueva. Con mi suave camiseta rosa y mis vaqueros bordados con mariposas multicolores, tengo la sensación de ser una nueva Noyud. Llevo mis largos cabellos rizados recogidos en un moño y adornados con una cinta verde, y me siento bien. Sobre todo porque ya he podido desembarazarme de

mi largo velo negro, y todo el mundo me felicita por mi nuevo peinado.

Nos hemos citado en el *Yemen Times* con Hamed y algunos periodistas más. El edificio, de tres pisos de altura, es impresionante. A la puerta, un portero de uniforme vigila quién entra y quién sale. Como en las mansiones de los barrios elegantes de Saná que me gustaba dibujar.

Algo aturdida, subo uno por uno los grandes peldaños de mármol sujetándome al pasamanos de madera. Me llama la atención lo limpias que están las ventanas, tanto que permiten que los rayos del sol entren y, formando pequeños círculos amarillos, se reflejen en las paredes de mármol blanco. Un agradable olor a cera para el suelo flota en el aire.

En el segundo piso me recibe Nadia, la directora del *Yemen Times*, que me abraza con fuerza. Nunca hubiera creído que una mujer pudiera dirigir un periódico. ¿Cómo se lo permite su marido? Ante mi asombro, Nadia rompe a reír a carcajadas.

—Ven, sígueme —me dice.

Nadia empuja una puerta. Tras ella, junto a su enorme y luminoso despacho, hay una habitación infantil. Pequeños almohadones mezclados con juguetes están esparcidos por el suelo.

—Esta es la habitación de mi hija —me explica—. Muchas veces la traigo conmigo al periódico. Así puedo hacer de mamá y continuar trabajando.

¡Una habitación solo para su hija! Se abre ante mí un universo muy diferente a lo que había conocido hasta entonces. Tengo la impresión de haber aterrizado en otro planeta. Me intimida y me fascina a la vez.

Las sorpresas no han hecho más que empezar. Cuando Nadia me invita a seguirla a lo que ella llama la «sala de redacción», descubro con asombro que la mayoría de las periodistas son mujeres. Algunas van vestidas de negro de los pies a la cabeza. Solo levantan su *niqab* para tomar una taza de té. Otras se cubren con pañuelos naranjas o rojos, de los que escapan mechones de pelo rubio que enmarcan sus ojos azules y su piel blanca como la leche. Llevan las uñas largas y pintadas. Hablan entre ellas en árabe con un acento encantador. Deben de ser extranjeras —¿americanas o alemanas?—, y tal vez se han casado con hombres yemeníes. Para haber llegado hasta aquí, seguramente han cursado estudios en la universidad. Y, como Chada, seguro que conducen su propio automóvil cuando vienen a trabajar.

Las imagino bebiendo café y fumando cigarrillos como en las series de televisión. Tal vez hasta se pintan los labios cuando salen a comer a la ciudad. Una de ellas está hablando por teléfono. Una llamada muy importante, seguro. Escucho y me dejo acunar por el hermoso idioma en el que habla. Inglés, seguramente. Algún día hablaré inglés, me digo.

No me canso de observarlas. Me asombra particularmente su capacidad de escribir a máquina con los ojos fijos en los televisores que adornan cada una de las mesas. Trabajar mientras ves los dibujos de *Tom y Jerry*... ¡qué difícil y qué lujo!

—Noyud, ¡son ordenadores! —exclama Hamed al notar mi asombro.

—¿El qué?

–¡Ordenadores! Máquinas conectadas a teclados que te permiten escribir artículos y enviar cartas. Puedes incluso ver y ordenar fotos.

¡Máquinas que permiten enviar cartas y ordenar fotos...! Estas mujeres no solo están muy preparadas, sino que son muy modernas. Me imagino en su sitio dentro de diez o de veinte años. Con las uñas pintadas y un bolígrafo en la mano. Podría ser periodista. ¿O abogada? ¿O las dos cosas? Con mi ordenador enviaría cartas a Hamed y a Chada. ¡Voy a trabajar mucho, de verdad! Tendré un oficio que me permita ayudar a la gente que sufre y ofrecerles una vida mejor.

La visita a las instalaciones acaba en la sala de reuniones, «la de los asuntos importantes», según me explica Nadia.

–¡Bravo, Noyud! –me dice una voz masculina.

–¡Noyud ha ganado! ¡Noyud ha ganado! –exclaman a coro varias personas formando un enorme guirigay.

Apenas cruzo la enorme puerta, me encuentro en medio de una treintena de caras con los ojos vueltos hacia mí. Los aplausos resuenan en la sala. Los acompañan guiños de ojos, sonrisas, medias sonrisas y besos lanzados al aire. Me pellizco para estar segura de que no estoy soñando. Sí, todo es real. Hoy, el «asunto importante» soy yo...

¡Comienzan a lloverme regalos! Hamed es el primero. Me entrega un enorme oso de peluche rojizo, casi tan alto como yo. En su vientre lleva un gran corazón con unos signos dibujados que no acierto a entender.

–Pone *I love you* –me explica Hamed–. En inglés quiere decir «te quiero».

No sé por qué paquete comenzar. ¡Son tantos los que me ofrecen! A medida que voy desatando los lazos, las sorpresas se suceden: un piano electrónico, lápices de colores, libretas para dibujar, una muñeca Fulla, como las de las niñas del juez Abdel Uahed.

Busco las palabras oportunas para dar las gracias, pero solo se me ocurre una:

–*Chokran!*²⁹

Y les dirijo a todos una amplia sonrisa.

Nadia me invita entonces a cortar el pastel. ¡Es de chocolate, mi sabor preferido! Decorado con cinco cerezas rojas en el centro. Me asalta el recuerdo de mis escapadas con Mona a la avenida Haile. ¿Cuántas veces había soñado, con la cara pegada al escaparate, con una boda con regalos y trajes de noche? No fue así. La vida, cuando se compara con los sueños, suele ser muy cruel. Pero también reserva hermosas sorpresas.

Hoy he entendido, por fin, la palabra «fiesta». Si fuera un postre, sería azucarado, crujiente y blando en el interior. Como mis dulces de coco preferidos.

–¡La fiesta de divorcio es, ciertamente, mejor que la de la boda! –digo abrazando a mi gran oso de peluche.

–Esta es una fiesta bien particular. ¿Qué te podemos cantar, Noyud? –me pregunta Nadia.

–No sé...

Dudo un poco.

Chada tiene una idea.

–¿Y si cantamos «Cumpleaños feliz»? –sugiere.

—¿«Cumpleaños feliz»? ¿Qué es un cumpleaños? —pregunto un poco extrañada.

—El cumpleaños es la fecha en que se celebra el día de nacimiento de cada uno.

—¡Ah, ya! Pero hay un problema...

—¿Qué problema?

—El problema es que... yo no sé cuándo he nacido...

—Justamente por eso. ¡A partir de hoy, esta será la fecha de tu nacimiento! —exclama.

Los aplausos resuenan en la habitación.

—¡Feliz cumpleaños, Noyud! ¡Feliz cumpleaños!

Me echo a reír a carcajadas. ¡Qué fácil es ser feliz cuando se está bien acompañada.

MONA

Junio de 2008

Ahora ya no lloro. Tengo cada vez menos pesadillas. Parece como si con tanto sufrimiento me hubiera hecho más fuerte. Cuando salgo a la calle, las mujeres del vecindario me abordan y me felicitan diciendo: «*Mabruk!*». Una palabra que ensucian los malos recuerdos, pero a la que he sabido encontrar un nuevo significado. ¡Mujeres a las que no conozco de nada! Me ruborizo al oírlo, pero en el fondo de mi alma ¡me siento tan orgullosa!

Soy más fuerte, sí. Estoy más atenta a lo que me rodea y he llegado a comprender algunos de los misterios que pesan sobre mi familia, sobre mis hermanas y sobre mis hermanos. Sobre Mona, concretamente. Es como si todas las piezas de un puzle fueran encajando...

—¡Esperad, os acompaño! —nos grita Mona, corriendo hacia el coche.

Hoy, Eman, una activista a favor de los derechos de la mujer, ha venido a buscarme a casa acompañada de una periodista extranjera. Desde hace unos días, he dejado la casa de mi tío y vuelvo a vivir con mis padres. En mi país no existen los hogares de acogida para las víctimas de la violencia doméstica. A pesar de todo lo que ha ocurrido, me siento bien al estar de nuevo en casa. Es cierto que tengo que convivir con *aba* y que él tiene sus propios argumentos para estar enfadado conmigo. Pero parece como si ambos quisiéramos olvidar todo lo que ha pasado. De momento, es mejor así.

Mis padres se han mudado a otro barrio, Dares, cerca de la carretera que lleva al aeropuerto. La casa no es demasiado grande. Solo tiene dos pequeñas habitaciones decoradas con simples cojines apoyados contra la pared. Por la noche, me despiertan a menudo los motores de los aviones que aterrizan en las pistas vecinas. Pero, por lo menos, sé que aquí puedo estar ojo avizor y proteger a Haifa. Si alguien viniera a pedirla en matrimonio, me opondría radicalmente. Diría: «¡No! ¡Está prohibido!». Y si nadie me hiciera caso, llamaría a la policía. En mi bolsillo guardo celosamente el teléfono que Hamed me ha regalado. Un teléfono móvil, tan moderno como el de Chada, que me permite poder llamarle en cualquier momento.

Mohamed, mi hermano mayor, no está contento. Desde la vista en el tribunal suele regañarnos a Haifa y a mí. Se ha puesto de parte de mi padre y dice que todo este alboroto en torno a nuestra familia perjudica nuestra reputación. Está celoso, estoy segura. Se le nota en las muecas que hace cada

vez que un periodista llama a la puerta. Para mi sorpresa, mi historia ha llegado rápidamente a todos los rincones del planeta. No hay semana en que no desembarque en nuestro país un nuevo reportero procedente de sitios tan lejanos como Francia, Italia o... ¡América! ¡Y vienen solo por mí!

—Con tantos extranjeros como se acercan a rondar por nuestro barrio, Noyud está deshonrando a nuestra familia —le ha soltado a Eman cuando, esta mañana, ella ha llegado a nuestra casa.

—Es ella quien debería avergonzarse de ustedes —le ha contestado ella.

«¡Bravo, Eman!», ha exclamado mi vocecita interior. Mohamed no ha sabido qué decir. Se ha contentado con sentarse sobre un almohadón en un rincón del salón. Y yo, antes de que me impidiera salir, he corrido a ponerme mi pañuelo negro y he cogido a Haifa de la mano para que se venga conmigo y no quede a merced de la cólera de nuestro hermano. Haifa, mi protegida. No la dejaré nunca. Eman nos ha prometido llevarnos hoy al parque de atracciones, un lugar que nunca he pisado. ¡Es un acontecimiento que no hay que perderse! Ya hemos subido al coche cuando, corriendo a toda velocidad, se nos ha unido Mona.

—Mohamed me ha ordenado que os acompañe —nos ha dicho resoplando.

Mona parece contrariada, pero insiste en venir. Asegura que no nos dejará irnos sin ella. Nos hacemos cargo de que es mejor para ella obedecer a nuestro hermano mayor. Con el *niqab* tapándole la cara, Mona ha tomado asiento junto al conductor. Supongo que, detrás de su actitud, se esconde algo. Ofendido, Mohamed está convencido de que se venga de noso-

tras enviando a mi hermana a vigilarnos. Sin embargo, Mona tiene otros planes, un propósito que aún estoy lejos de imaginar...

Una vez en marcha, nos dice que, antes de ir al parque, quiere dar una vuelta por nuestro antiguo barrio, Al Qa. ¡Qué idea tan extraña! ¿Acaso Mohamed le ha encomendado alguna misión concreta? Desconcertada por su insistencia, Eman acaba por acceder a ello. Después de muchas vueltas, llegamos ante una mezquita.

—¡Pare! —grita Mona al conductor.

Nunca la había visto tan agitada. El coche se para en seco. A la entrada, sobre los escalones de la mezquita, una mano sobresale de un largo y arrugado velo negro y se extiende hacia los viandantes en espera de alguna moneda. La otra mano se apoya sobre la cabeza de una niña dormida vestida con harapos, sucia y con los cabellos revueltos. Grito:

—¡Es Monira!

¡Monira, la hija de Mona, mi sobrinita! ¿Qué hace aquí, en brazos de una mendiga de cara invisible y vestida de negro de los pies a la cabeza?

—Desde que mi marido está en prisión, mi suegra tiene la guardia y custodia de Monira —murmura Mona ante el asombro general.

Y continúa:

—Dice que con un niño en los brazos es más fácil ablandar el corazón de los viandantes...

Estoy boquiabierta. ¿Monira, mi pequeña y delicada muñeca, condenada a dar lástima en brazos de la vieja y andrajosa suegra de Mona? ¿El marido de mi hermana encarcelado? Él es, pues, el hombre del que mi padre habló en el juicio...

Mona, después de haber arrancado a su hija de los brazos de su raptora, está demasiado ocupada en abrazarla para seguir dándonos explicaciones.

—La echo tanto de menos... Te la devolveré. Lo prometo, lo prometo... —la oigo decir a la anciana de negro, antes de regresar al coche, con su pequeña de tres años en brazos.

Un desagradable olor ha invadido el interior del coche. Monira está tan sucia que apenas se distingue el color de sus zapatos.

La puerta del coche se cierra y reemprendemos la marcha. La pequeña está tan contenta de volvernos a ver que pronto olvidamos nuestra extrañeza por haberla encontrado en tales circunstancias.

El conductor se dirige hacia el suroeste de la ciudad. Por el camino, pasamos ante otra mezquita, esta en construcción. Es tan grande y suntuosa que parece un castillo. Con la frente apoyada contra la ventanilla, contemplo los seis altísimos minaretés que la adornan. Son impresionantes. Eman me explica que la ha mandado construir nuestro presidente y que cuesta sesenta millones de dólares. Yo, que solo sé contar hasta cien, me digo que debe de tratarse de una cifra altísima. La verdad es que la vida está muy mal planteada. Por un lado, hay mezquitas con aires de palacio; por otro, mendigos que no tienen ni para comer. Algún día tendré que pedir a Chada que me lo explique.

De momento lo que me preocupa es la historia de Mona. Cuando llegamos al parque, ella, poco a poco, nos abre su corazón...

–Es una larga historia –empieza a decir, suspirando y dejando que Monira, perseguida por Haifa, se esconda tras unos matorrales.

–Mohamed, mi marido, fue encarcelado poco antes de la boda de Noyud... Le encontramos en el dormitorio de mi hermana mayor, Yamila. Yo sospechaba algo desde hacía algún tiempo, pero para cerciorarme hice venir a otras personas para que les sorprendieran in fraganti. La situación pronto derivó en una pelea. La policía llegó y detuvo a Mohamed y a Yamila y los encarcelaron. No sé por cuánto tiempo...

Mona baja los ojos, mientras yo la miro asombrada, sin saber muy bien qué decir. Me cuesta comprender toda la gravedad de aquella historia, pero parece terrible.

–En Yemen el adulterio es un crimen que puede acarrear la pena de muerte –apunta entonces Eman.

–Sí, lo sé –responde Mona–. Mohamed está hoy en prisión porque yo firmé un papel para que se «tapara» el asunto, haciendo creer que ya estábamos divorciados antes de que fuera arrestado... No quise ir a visitarle a la cárcel, pero desde allí me hizo llegar instrucciones de cómo hacerlo por mediación de unos intermediarios. ¡Pero no volveré a ceder! ¡Esta vez ya no se saldrá con la suya! Ya me ha hecho sufrir demasiado...

Nunca había visto a Mona tan comunicativa. Mientras habla, mueve las manos y sus ojos centellean tras el *niqab* que le tapa el resto de la cara. Un nudo me atenaza la garganta al escuchar su voz temblorosa. Hasta que, de repente, rompemos a reír inesperadamente. Agachada tras los matorrales, Monira se ha bajado los pantalones y un chorrito amarillento cruza la hierba que cubre el suelo.

–¡Monira! –le regaña Mona recuperando sus formas maternas mientras se le escapa una sonrisa.

Luego sus ojos vuelven a ensombrecerse.

–¡Monira, mi hijita querida! Estoy condenada a educar sola a mis hijos, pero siempre que mi suegra me permita verlos. Mohamed nunca fue un buen padre. Y, evidentemente, tampoco un buen marido...

Hace una pausa y continúa:

–Yo debía de tener más o menos la edad de Noyud cuando me casaron con él... Corrían buenos tiempos para mi familia y para mí en Jaryi. Hasta aquel «día negro» en el que todo se tambaleó...

Cierro los ojos y me reprocho mi interés por querer saber más. Creo que ya he escuchado demasiado para mi edad. Pero quiero saber el fin de la historia. Es mi hermana, después de todo; es valiente, me siento orgullosa de ella.

–*Omma* acababa de irse a Saná para recibir tratamiento. Tenía graves problemas de salud y le habían recomendado visitar a un especialista de la capital. Como era habitual, *aba* había salido temprano para ocuparse del rebaño. Me quedé sola en casa con mis hermanos pequeños y con Noyud, que era poco más que un bebé... Un hombre joven al que no conocía se aproximó a la casa. Debía de tener unos treinta años. Comenzó a insinuarse. Yo no debí haberle hecho caso, pero acabó por llevarme al dormitorio. Me resistí. Grité. Dije «no». Pero...

Se interrumpe.

–Cuando *aba* volvió ya era demasiado tarde. Todo había pasado tan rápido...

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¡Pobre Mona!

Ella también... Esos ojos siempre tristes, esas miradas lánguidas que alternaban con risas nerviosas... Era eso.

—*Aba* se puso furioso. Se empeñó en indagar en nuestro entorno para averiguar lo que había pasado. Acusó a los aldeanos de un complot. Pero, en los alrededores, nadie había oído nada. Informado del tema, el jefe de la aldea decidió que lo mejor era casarnos a toda prisa, antes de que los rumores corrieran de casa en casa, de valle en valle. ¡Para salvar el honor! Decía que lo mejor era que este asunto se olvidara lo antes posible.

»Nadie me pidió opinión. Me vistieron con un traje azul y me casaron de un día para otro. Entre tanto, *omma* regresó a la aldea. Se desesperó, no cesaba de decir lo mucho que se arrepentía de haberse ido. *Aba* estaba avergonzado, se quería vengar. Decía que era culpa de los vecinos, que alguien le quería mal y descargaba su odio en sus hijos. Se sentía humillado y traicionado. Una tarde, cuando estaba reunido con el resto de los hombres de la aldea, discutieron. Fue subiendo el tono. Comenzaron a insultarse y salieron a relucir las *jambias*. Poco después —no recuerdo bien si aquella misma tarde o al día siguiente— los vecinos volvieron con pistolas. Nos amenazaron y nos obligaron a salir de la aldea a toda prisa... Mis padres tomaron el camino de Saná. Por mi parte, hube de esconderme junto con mi marido durante algunas semanas, pero finalmente pude reunirme con mi familia en la capital.

Estoy temblando. La precipitada marcha a Saná... La cólera de mi padre... La tristeza de *Mona* y su obsesión por no perderme de vista. Era por eso.

—Años más tarde, cuando mi padre nos anunció que *Noyud* iba a casarse, creí enfermar. No dejé de suplicarle

que reflexionara. Le dije que *Noyud* era demasiado joven. Pero no quiso escucharme. Decía que una vez casada estaría a salvo de raptos y de cualquier hombre que merodeara por el barrio... Aseguraba que ya había sufrido bastante por mi culpa y por la de *Yamila*... Cuando los hombres de la familia se reunieron para firmar el contrato de matrimonio, llegó incluso a hablarse de realizar un *sigar*, un «matrimonio de intercambio», comprometiendo a la hermana del marido de *Noyud* con *Fares* si este volvía algún día de Arabia Saudí...

»Durante la celebración del matrimonio no pude dejar de llorar viendo como *Noyud* se perdía en un traje que era demasiado grande para ella. ¡Era tan joven! ¡Cuántas lágrimas derramé! Con idea de protegerla, fui a hablar con su marido. Le hice jurar ante Dios que no la tocaría, que esperaría a que alcanzara la pubertad, que hasta entonces la dejaría jugar con otros niños. Me respondió: «Te lo prometo». Pero no ha mantenido su palabra... ¡Es un criminal! Todos los hombres lo son. No hay que escucharles jamás, jamás...

No puedo despegar mi mirada del *niqab* de *Mona*. Cómo me gustaría en este mismo instante poder observar su expresión encerrada en esa jaula negra, ver cómo las lágrimas ruedan por sus mejillas. Estoy avergonzada por haber sospechado que venía a espiarnos... ¡Si lo hubiera sabido! Tanto sufrimiento padecido en silencio durante tantos años: sin quejarse nunca, sin levantar la voz, sin lamentarse, sin tener un corazón amigo donde refugiarse... *Mona*, mi hermana mayor, prisionera de un destino aún más trágico que el mío, atrapada en un laberinto lleno de problemas. Le han robado su infan-

cia. Como a mí. Pero, al contrario que Mona, yo he tenido el coraje de rebelarme contra mi destino y la suerte de encontrar a quien me ayudara.

—¡Mona! ¡Noyud! ¡Miradnos, miradnos!

Levantamos la cabeza. Sobre un columpio, con la pequeña Monira sentada en sus rodillas, Haifa ríe a carcajadas. Mona se levanta y va hacia ella. El columpio contiguo está vacío.

—Noyud, ayúdame a columpiarme —me dice.

Mona se sienta en el columpio. Me coloco de pie detrás de ella, con cada uno de mis pies bien situado a ambos lados del asiento de madera y sujetándome con fuerza a las cuerdas. Comienzo a balancearme. Hacia delante. Hacia atrás. Hacia delante. Hacia atrás. Cada vez más rápido.

El columpio se eleva.

—¡Más alto, Noyud, más alto! —se entusiasma Mona.

El viento azota mi cara. ¡Qué frescor más agradable! Mona comienza a reír. Su corazón se ha liberado. Su cuerpo se ha aligerado. Es la primera vez que la oigo reír de forma natural. Y también la primera vez que nos columpiamos juntas. Tengo la impresión de flotar en el aire, me siento como una pluma. ¡Qué felicidad haber recuperado la inocencia!...

—¡*Omma* vuela, *omma* vuela! —palmotea Monira desde el otro columpio.

Mona grita de alegría. No quiere dejar de columpiarse. Pocos minutos después mi pañuelo acaba por ceder a la fuerza del viento. Por primera vez en mi vida no hago ningún gesto para devolverlo a su sitio. Mis cabellos se despliegan sobre mis hombros y ondean en el aire. Me siento libre. ¡Libre!

EL REGRESO DE FARES

Agosto de 2008

He comido una pizza. Fue hace unos días en un restaurante muy moderno donde los camareros llevan gorra y hacen los encargos a través de un micrófono.

¡Qué buena estaba! Cruje al morderla, como una enorme galleta de *jobz*, pero se acompaña de cosas ricas: tomate, maíz, pollo y aceitunas. En la mesa de al lado había unas mujeres con velo que se parecían a las del *Yemen Times*. Eran muy elegantes y utilizaban tenedor y cuchillo para cortar la pizza y llevarse los trozos a la boca.

Intenté imitarlas, cortando mi pizza con los cubiertos. Al principio no me resultaba fácil. Lo puse todo perdido. Haifa, por su parte, vio que una chica añadía salsa de tomate picante a su plato. La quiso imitar. Pero, al primer bocado, se irritó tanto su garganta y se enrojecieron sus ojos hasta tal punto que un camarero tuvo que pedir a través de su micrófono una enorme botella de agua para ella.

A raíz de esta experiencia hemos inventado un nuevo juego. Cuando ayudamos a *omma* a preparar la comida, hacemos como que estamos en una pizzería y nuestros clientes nos piden sus platos favoritos.

—¿Qué desea? —me pregunta Haifa mientras lleva el *sofra* al salón.

—Vamos a ver, hoy quiero una pizza de queso —le digo.

De hecho la he pedido de queso porque al buscar en la despensa he visto que eso era toda la comida que nos quedaba. Tendremos que apañarnos.

—¡A la mesa! —anuncia Haifa invitando a toda la familia a unirse a nosotras.

Pero apenas hemos empezado a comer, llaman a la puerta.

—Noyud, ¿esperas a algún periodista más? —me pregunta, suspicaz, Mohamed.

—No. Hoy, no.

—Entonces debe de ser que traen agua para llenar la cisterna. Aunque habitualmente vienen por la mañana...

Se levanta arqueando las cejas y sin dejar de masticar un trozo de pan. Luego se dirige a la puerta con paso firme. ¿Quién puede venir a visitarnos en un caluroso mediodía de agosto? Normalmente cuando hace tanto calor las visitas se hacen al caer el día.

Su grito de alegría nos sobresalta a todos.

—¡Fares! —grita—. ¡Fares ha vuelto!

Me siento desfallecer. ¡Fares, mi querido hermano, al que no he visto desde hace cuatro años! Sujetándose a la pared con manos temblorosas, mi madre se dirige titubeando hacia

la entrada. En nuestro entusiasmo nos cortamos el paso unos a otros mientras la pequeña Raudha consigue adelantarse colándose entre nuestras piernas. Nunca me había parecido tan largo nuestro minúsculo pasillo.

En la puerta hay un hombre joven. Está bronceado y tiene las mejillas hundidas. ¡Cómo ha cambiado! Alto y delgado, Fares ya no es el adolescente de la foto que he contemplado tantas veces con detenimiento para que no se me olvidaran sus facciones. Ahora debo levantar la cabeza para poder mirarle a la cara. Su mirada se ha endurecido y su frente está surcada de pequeñas arrugas como las de *aba*. Ahora es un hombre.

—¡Fares! ¡Fares! ¡Fares! —exclama mi madre mientras se agarra a su túnica blanca y le abraza muy fuerte.

—Te hemos echado tanto de menos —le digo abrazándole a mi vez.

Tieso como un palo, Fares parece haber enmudecido. Tiene un aire ausente. Su mirada carece de expresión. Parece triste. ¿Qué le ha sucedido desde su fuga? ¿No decía que le iba tan bien?

—¡Fares! ¡Fares! —repite Raudha como una autómatas, sin acabar de comprender que este señor es su hermano mayor que nos dejó cuando ella era poco más que un bebé recién nacido.

Desde su breve llamada desde Arabia Saudí, dos años después de su partida, no habíamos vuelto a tener noticias suyas hasta una tarde del mes pasado cuando, inesperadamente, volvió a llamarnos. Cuando *omma* reconoció su voz al otro

lado de la línea, lanzó un grito de alegría. Formando piña nos acercamos todos al teléfono para poder oír su voz. Se le oía lejos, muy lejos, pero nos tranquilizaba saber que estaba vivo.

—¿Te va todo bien por ahí? —le preguntó mi padre con la voz entrecortada y al borde de las lágrimas.

Aba lo quería saber todo: para quién trabajaba, si era feliz, si se ganaba bien la vida... Como respuesta, mi hermano únicamente decía:

—¿Y vosotros cómo estáis?

Había pronunciado la frase subrayando el «vosotros», antes de continuar:

—No creáis que no pienso en mi familia. Me han llegado rumores... Por favor, decidme si todo marcha bien...

Estaba preocupado, me pareció entender. ¿Qué era lo que le preocupaba? Nos explicó que hasta donde estaba habían llegado rumores sobre nosotros. ¡Hasta Arabia Saudí, un país tan lejano que no sabría ni situarlo en el mapa! Viajeros yemeníes le habían contado que teníamos problemas. No le habían dado más detalles. Luego, Fares había visto en un periódico local una foto en la que aparecíamos mi padre y yo. Nunca había sido un alumno aplicado —de hecho, había dejado sus estudios al finalizar el primer año— y era incapaz de leer el artículo que acompañaba las imágenes. Pero esa misteriosa historia no había dejado de dar vueltas en su cabeza. Tanto que no le dejaba conciliar el sueño.

Rumores en boca de unos viajeros. Una foto en un periódico... La noticia de mi divorcio había cruzado fronteras. Ante la insistencia de Fares, *aba* le resumió lo sucedido en los últimos meses.

—Ahora lo entiendo todo —había contestado mi hermano.

—Fares, hijo mío, ¡vuelve a casa, por favor! —le había suplicado mi madre entre lágrimas.

—No puedo, tengo trabajo... —le había contestado antes de colgar.

La conversación telefónica había durado unos diez minutos. Pero había sido suficiente para sumir a *omma* en un total desespero. Su humor volvió a cambiar durante los siguientes días. Ella, que parecía haberse reconciliado con la vida desde mi divorcio, volvía a enfadarse por cualquier tontería. Solo pensaba en volver a ver a su hijo, en abrazarle, en besarle. No soportaba ver que nuestra familia estaba siempre bajo la amenaza de las fugas de unos y las rebeldías de otros. ¿Por qué la mala suerte se cebaba así con ella? ¿Por qué no tenía derecho a ser un poco feliz, como lo eran otras madres?

Volvió a tener pesadillas y estaba segura de que no volvería a ver a Fares nunca más. Estaba convencida de que él había decidido perder de vista a su familia y que solo nos había llamado para acallar su conciencia. Volvió a tener insomnio. Cuando la miraba se me rompía el corazón. Mi divorcio me había abierto los ojos y me había hecho más sensible a las desgracias ajenas.

Y ahora, en este día bochornoso y cálido, ¡Fares ha vuelto! Mucho más callado y reservado que el Fares que yo recordaba. Pero esas espesas cejas y esos cabellos rizados son, sin duda, los de mi hermano. Quiero saberlo todo sobre él. ¿Le ha tratado bien su jefe? ¿Ha hecho nuevos amigos en Arabia Saudí? ¿Se comen buenas pizzas allí?

Mi madre no quiere soltarle. Le lleva del brazo hasta la sala. Fares permanece en silencio. Lentamente se quita los zapatos antes de sentarse en el almohadón. No aparto los ojos de él. *Omma* le ha dado un vaso de *chai*, del que toma unos pequeños sorbos.

—Vamos, explícanos algo... —insiste mi padre.

Fares deja el vasito sobre el *sofra*.

—En cuatro años no he podido ahorrar nada. Lo siento... Si lo hubiera sabido... —murmura con la cabeza gacha.

En la habitación se hace el silencio. Luego, poco a poco, va relajando su expresión y deja entrever un amago de sonrisa.

—¿Te acuerdas, *aba*? Yo hubiera querido traerte algo el día que regresé con las manos vacías después de ir a mendigar un poco de pan a la panadería. Estaba muerto de vergüenza, harto de ir pidiendo monedas a diestro y siniestro. Yo soñaba con unos pantalones como los que llevaban otros chicos de mi edad, pero en casa apenas teníamos para comer. A la mañana siguiente me levanté con la idea de ser independiente. Quería triunfar, ganar dinero decentemente y poder comprarme toda la ropa que quisiera. Me marché con el propósito de no regresar hasta que tuviera los bolsillos llenos de billetes...

Hizo una pausa para beber té antes de seguir con su historia:

—Había oído en el barrio que en Arabia Saudí había muchas oportunidades para encontrar trabajo. Se decía que allí no solo se podía uno ganar la vida, sino que se podía enviar dinero a casa. ¡Justo lo que yo quería! Quise probar suerte. Me sobraba ambición. No tenía nada que perder...

Era joven y despreocupado. Nunca hubiera creído que iba a ser tan difícil.

»Necesité cuatro días para llegar a Arabia Saudí. Tomé un taxi colectivo en dirección a Saada, una ciudad del noroeste de Yemen. La carretera estaba sembrada de puestos de control del ejército y empecé a pensar que el viaje iba a ser largo y penoso. Cuando llegué a mi destino, conocí a un guía que ayudaba a cruzar clandestinamente la frontera por 5000 riales. Era caro, pero desde donde me encontraba no hubiera sabido encontrar el camino. Por lo menos él lo conocía. Decía que sabía cómo esquivar a los guardias fronterizos. Como yo carecía de papeles, me pareció mejor contratar su ayuda.

—¡Estábamos verdaderamente preocupados! Creíamos que habías desaparecido para siempre —le interrumpió *aba*.

Sumido en sus recuerdos, Fares continuó con su narración sin atender a las palabras de nuestro padre.

—Atravesamos la frontera a pie y en plena noche. Nunca había temido tanto por mi vida. Por el camino nos cruzamos con otros yemeníes, algunos hasta más jóvenes que yo. Tampoco ellos sabían lo que les esperaba al otro lado de la frontera y solo les movía un propósito: hacer fortuna. Fue entonces, caminando en plena noche, cuando me di cuenta del peligro que corría. Si me apresaban los soldados, me enviarían a Saná...

»Una vez crucé la frontera, una primera sensación de alivio dio paso a una enorme confusión. ¿Hacia dónde debía dirigirme? Era la primera vez que ponía los pies en un país extranjero. Aunque cansado, seguí caminando hacia la población de Jamís Mucheid. ¡Qué decepción! Saná no tiene nada que envidiar a esa zona de Arabia Saudí. Un hombre al que

me dirigí para preguntarle el camino se ofreció a darme alojamiento. Vivía en pleno campo con su mujer y sus hijos.

»A la mañana siguiente, cuando me propuso contratarme, acepté. No tenía otra elección. Tenía un rebaño de corderos y me puso al frente de seiscientas reses que, con ayuda de otro pastor sudanés, yo debía llevar a pastar diariamente. Trabajaba doce horas al día, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Por la noche, compartíamos habitación el sudanés y yo en el interior de una pequeña casita de piedra, perdida en mitad de la nada, y amueblada con solo dos colchones. No teníamos televisión, ni nevera ni cuarto de baño, ni aire acondicionado. Me sentía totalmente decepcionado...

Fares hizo una nueva pausa para tragar saliva. Su voz comenzaba a romperse. Posiblemente a causa del cansancio del viaje.

—A partir de entonces, las desilusiones se encadenaron unas a otras —continuó—. El patrón se volvía más exigente cada día. Teníamos que dar de comer a los animales, llevarlos a beber, sacarlos al campo... La jornada laboral era cada vez más larga. Necesité más de un mes de trabajo para darme cuenta de la precariedad de mi situación. Fue cuando recibí mi primer salario: 200 riales saudíes³⁰ por treinta días de trabajo. ¡No me llegaba ni para comprarme caramelos en la tienda de la esquina que, ironías del destino, pertenecía a mi jefe...!

»Me sentía desamparado. Hice cálculos y llegué a la conclusión de que necesitaría trabajar más de un año para reunir el dinero que necesitaba para poder volver a Saná. No había forma alguna de pedir ayuda. Además, era demasiado orgulloso para admitir mi fracaso. La primera vez que os

llamé fue para hacerlos creer que todo marchaba correctamente. La segunda, dos años más tarde, porque estaba muy preocupado...

Baja la cabeza, hincha el pecho y da un largo suspiro.

—Después de colgar no podía olvidar las lágrimas de *omma* al otro lado del teléfono. No dormí en toda la noche. Conté el dinero que tenía. Justo para pagarme el regreso a Saná. La semana pasada fui a ver a mi jefe una mañana y me despedí. Había tomado una decisión: era el momento de volver a casa.

—¿Qué piensas hacer ahora? —le pregunta Mohamed.

—Pues haré como los demás. Venderé chicles en la calle —responde resignado.

¡Cómo ha cambiado! Fares, antes tan ambicioso, ahora se conforma con pertenecer al bando de los vencidos. Como si se tratara de una película, evoco el rostro de Fares cuando se enfrentaba a mi padre. Me acuerdo de sus bromas, aquellas que ponían tan nervioso a *aba*, pero que a mí me hacían reír. Si el otro día hubiera estado con nosotras en la pizzería, habría sido el primero en hacer aviones de papel con las servilletas del restaurante para lanzarlos a la mesa contigua.

Creo que fue de su valentía para fugarse de donde yo saqué fuerzas para ir hasta el tribunal el pasado mes de abril. Fue su huida lo que me dio alas para emprender mi propio vuelo. Tengo una deuda con él.

Fares, vencido o no, no parece el mismo. Nunca hubiera imaginado que hubiera acabado por rendirse. Jamás. Es algo que me entristece. Pero llegará el día en que yo pueda encontrar la forma de ayudar a los que me rodean. No sé cómo, pero acabaré por hacerlo.

CUANDO SEA ABOGADA

16 de septiembre de 2008

Sopla el viento en Saná. Es un viento de finales de verano, el que anuncia la llegada de las tardes frescas y de las primeras gotas de lluvia. Mis hermanos y mis hermanas podrán ir, de nuevo, a chapotear en los charcos con los otros chicos del barrio. Pronto los árboles comenzarán a amarillear y los vendedores ambulantes de mantas reaparecerán en los cruces.

Para mí este viento es el de la vuelta a clase. Ese momento tan esperado. Esta noche me ha costado dormirme. Antes de irme a la cama he guardado cuidadosamente los cuadernos nuevos en mi mochila de lona marrón y me he entrenado en escribir mi nombre de nuevo en un trozo de papel. Y el de Malak. Me acuerdo mucho de mi antigua compañera de clase. Desgraciadamente, este curso no la veré porque la han inscrito en otra escuela.

En mi duermevela, me he visto rodeada de cuadernos en blanco, lápices de colores y niñas de mi edad. Por fin, después de muchas semanas, se han acabado las pesadillas. Ya no me despierto entre sudores, con los ojos llorosos y la boca pastosa, temiendo que la puerta se cierre y la lámpara de aceite ruede por el suelo. Por el contrario, sueño con la escuela. Como cuando se expresa un deseo en voz alta para que acabe por cumplirse.

Cuando he abierto los ojos esta mañana, he notado que mi corazón palpitaba muy fuerte. Luego me he levantado y, de puntillas, he ido a lavarme los dientes y a peinarme. El resto de las mujeres de la familia aún dormía, todas en fila, en la pequeña habitación del fondo. En la sala contigua, la de los hombres, se podía oír volar a una mosca. Antes de ponerme mi nuevo uniforme de colegiala –una larga túnica verde y un pañuelo blanco– me he lavado durante mucho rato la cara con agua fría.

–¡Haifa, despiértate, llegamos tarde!

Con los cabellos revueltos y la mitad de su cara tapada con la almohada, a mi hermana pequeña le cuesta despertarse. Mientras salgo a la puerta a esperar la llegada del taxi, *omma* la ayuda a vestirse y a ponerse los zapatos. Haifa no encuentra su pañuelo. A cambio se pone otro, algo más estropeado, es verdad, pero mañana ya lo hará mejor. Al volante de su coche acaba de llegar el taxista. Lo envía una asociación internacional humanitaria que se encarga de nuestra escolarización y nos facilita el desplazamiento.

–¿Estáis preparadas?

–Sí.

–¡Pues vamos!

Mi corazón late aún más deprisa. Me apresuro a coger mi cartera y me la cuelgo a la espalda. Antes de subirnos al coche, nos despedimos de *omma* con un abrazo. Arrebujada en su bata, la pequeña Raudha nos dice adiós con la mano mientras sonrío. Acaba de ver un rebaño de ovejas que pasa a lo lejos. Nuestra nueva casa está situada entre terraplenes de tierra batida, es de cemento y se encuentra entre una fábrica de Coca-Cola y un terreno baldío donde los pastores, al amanecer, llevan a pastar a sus rebaños.

Sentadas en el asiento de atrás, Haifa y yo intercambiamos una sonrisa cómplice al escuchar que el motor arranca. No decimos nada, pero las dos sabemos que en ese momento somos enormemente felices. Y que estamos nerviosas. ¡Yo he esperado con auténticas ganas el día en que pudiera dibujar de nuevo, aprender árabe, el Corán, matemáticas...! Cuando en febrero me obligaron a dejar la escuela, sabía contar hasta cien. ¡Ahora quiero aprender a hacerlo hasta un millón!

Con la cara pegada a la ventana veo que el cielo está completamente azul. Esta mañana el viento se ha llevado las nubes. Las calles están totalmente vacías. Los comerciantes aún no han levantado el cierre. Ni siquiera el anciano que vive junto a nuestra casa y que siempre está protestando cuando ve a los periodistas ante nuestra puerta ha salido a espiarnos. Nadie hace cola en la panadería de la esquina, cerrada a cal y canto. Este año, excepcionalmente, el comienzo de las cla-

ses ha coincidido con el ramadán. Y media ciudad todavía duerme.

Es la primera vez que he ayunado como los mayores, entre la plegaria de la mañana y la de la puesta del sol. Los primeros días no es fácil, sobre todo por el calor, que deja la garganta seca y da sed. Al principio creí que acabaría por desmayarme. Pero he aprendido rápidamente a adaptarme a este largo mes de recogimiento pero también de fiesta, durante el que se vive de forma totalmente distinta al resto del año.

Cuando, al atardecer, el sol se esconde comemos dátiles; *chorba*, una sopa a base de cebada; y *floris*, unos pequeños buñuelos de patata y carne. Son los platos propios del ramadán. De noche nos quedamos despiertos hasta muy tarde —a veces hasta las tres de la madrugada—. Los restaurantes están llenos a rebosar y las luces de neón de las tiendas de ropa y de juguetes permanecen encendidas hasta muy tarde. Por el centro de la ciudad, cerca de Bab-al-Yemen, es casi imposible circular.

Cuando, hacia las cinco de la mañana, me he despertado para hacer la primera oración del día, he dado gracias a Dios porque en estos últimos meses no me ha dejado de su mano. Le he pedido que me ayude a acabar con éxito mi segundo curso escolar y que me dé salud. También he rezado para que *aba* y *omma* ganen dinero, y así mis hermanos no tengan que mendigar por las calles. Y por que Fares recobre su sonrisa. Si la escuela fuera obligatoria para todos los niños, otros niños como ellos no podrían ir a vender chicles a los semáforos.

También me he acordado de Yad, mi abuelo, diciéndome que le echaba de menos, pero que, allá en el cielo, él debía de sentirse orgulloso de mí.

El taxi acaba de enfilear la avenida principal, la que lleva al aeropuerto. Una vez pasado el puesto de control militar,³¹ giraremos a la derecha y pasaremos delante de unos enormes bloques de cemento. Sus techos están coronados por antenas parabólicas en forma de plato. Tal vez algún día nosotros también tendremos televisión. El conductor toca un botón que abre automáticamente las ventanillas. A lo lejos se escucha cómo cantan unas niñas. A medida que avanzamos, la melodía se hace más próxima.

—Ya hemos llegado —nos dice el conductor parándose ante una gran puerta de hierro negra.

El trayecto ha durado apenas unos cinco minutos. Un escalofrío de excitación y de temor recorre mi cuerpo. Ahora la canción es tan cercana que reconozco la letra, una cantinela tradicional que aprendí el año pasado. Detrás de la puerta está mi nueva escuela.

—¡Buenos días, Noyud!

¡Chada! ¡Qué sorpresa! Me lanzo a sus brazos y la abrazo muy fuerte. Ha querido estar presente en este gran momento. ¡Si ella supiera hasta qué punto me tranquiliza ver una cara familiar!

La puerta da paso a un gran patio de grava al que se abren una decena de aulas con las paredes de ladrillos grises, dispuestas en dos pisos. Todas las niñas llevan el mismo uniforme que yo, verde y blanco. No conozco a nadie. Me da un

poco de vergüenza. Chada me presenta a la directora, Njala Matri, una mujer vestida de negro a la que solo se le ven los ojos.

—¿*Kifalek*,³² Noyud?

El sonido de su voz es dulce y firme al mismo tiempo. Nos invita a seguirla a su oficina, que está al fondo del patio. Un jarrón de flores de plástico adorna el tapete rojo que cubre la mesa de reuniones y en la pared principal hay una gran fotografía del presidente Alí Abdulá Salé. Detrás de una mesa, una maestra teclea en un ordenador. La puerta vuelve a cerrarse, Njala Matri se levanta el *niqab* que le cubre la cara. ¡Qué guapa es! Sus ojos son azul grisáceo y su piel, blanca como la leche.

—Bienvenida, Noyud. Esta escuela es ya tu casa.

Comienzo a estar más tranquila. Ella nos explica que el establecimiento se financia gracias a las donaciones de familias del barrio; que acoge cada año a unas doscientas alumnas, que se reparten a razón de cuarenta o cincuenta por clase. Aquí las maestras —insiste— están muy atentas a la evolución de las niñas y, si lo creen necesario, pueden incluso venir a consultarles cuestiones personales al final del curso.

Al escucharla mi corazón se tranquiliza. La escuela: estaba segura de que no iba a volver nunca más. Una profesora se había opuesto a que me matriculara.

—Debe entenderlo, no es una niña como las demás... Incluso ha tenido relaciones con un hombre... Esto puede ser una mala influencia para sus compañeras —le había comentado a Chada cuando fuimos a visitar el colegio.

Chada había considerado otras posibilidades muy atractivas, pero demasiado extravagantes para su criterio: estudiar

en el extranjero a cargo de una organización internacional, en una escuela privada de Saná con niñas «pijas» que se pintan las uñas... ¿Era eso lo que me correspondía? ¿Estaba dispuesta a dejar a mi familia y, sobre todo, a Haifa? De momento, no. No todavía. Por eso escogió esta escuela del barrio de Raudha, cerca de mi casa. Porque aquí nadie me mirará con curiosidad. Para que en la escuela me traten como a las demás. Como a mi hermanita.

—*Hiiiiiiiiii* Noyud! *Oh, you are soooooo cute!*

¿Qué pasa ahora? En medio del patio acaba de aparecer una mujer de ojos azules y hombros cuadrados, con un pañuelo malva mal puesto que le cubre los cortos cabellos. Rodeada de colegialas, no para de gesticular. Grita a pleno pulmón, pero sus palabras se convierten en una algarabía ininteligible. Sin duda, habla en una lengua extranjera. ¿Se cree que está en el zoo?

Chada me explica que trabaja para *Glamour*, una revista femenina americana muy importante. Ha viajado a Yemen solo para verme. Tengo que contarle mi historia. Una vez más. Otra vez mi cara se quedará paralizada cuando llegue el momento de esas preguntas tan personales a las que siempre me cuesta tanto responder. Y en el fondo de mi corazón sentiré renacer la angustia que ya creía prácticamente enterrada.

Repentinamente suena el carillón del reloj. ¡Salvada! Con un puntero en la mano, una de las profesoras nos indica que nos pongamos en fila junto a la pared. Me apresuro a obedecer. Nos dice entonces que nos sentemos en los pupitres de madera que, repartidos en dos filas, llenan el aula. Escojo un lugar junto a la ventana. Ni demasiado delante ni en las últimas filas. Exactamente en la tercera, junto a dos nuevas com-

pañeras de las que aún no me sé los nombres. Con los ojos fijos en la pizarra me esfuerzo en leer las palabras que la profesora ha escrito con tiza blanca. «Ra-ma-dan Ka-rim.» *Ramadan Karim!* «Feliz ramadán.» Como si estuviera haciendo un puzzle, las sílabas se unen y las palabras toman forma. Y los latidos de mi corazón recuperan su ritmo habitual.

Mientras la profesora nos anima a entonar el himno nacional, mi atención se entretiene con el sonido de las hojas del cuaderno a medida que van pasando. Es la música de la escuela. La melodía del colegio por fin recuperada.

Me distraigo pensando en una historia que la directora nos ha contado antes:

—El año pasado una de nuestras alumnas de trece años abandonó repentinamente la escuela. Sin dar explicación alguna. Al principio creí que iba a volver. Pero pasaron las semanas y no tuve noticia alguna de su paradero. Hasta un día, hace ya algunos meses, cuando supe que la muchacha se había casado y tenía un bebé. ¡Con solo trece años...!

Njala Matri ha susurrado estas palabras al oído de Chada confiando en que yo no la escuchaba. Seguramente lo ha hecho con buena intención. Pero lo que ella ignora es el proyecto que ha ido tomando forma en mi imaginación en las últimas semanas. Sí, estoy decidida: cuando sea mayor, seré abogada como Chada para defender a las niñas que pasen por lo que yo he pasado. Si puedo intentaré que la edad mínima para contraer matrimonio se establezca en dieciocho años. O en veinte. ¡O incluso en veintidós! Necesitaré ser fuerte y perseverante. Deberé aprender a no tener miedo a

dirigirme a los hombres mirándoles cara a cara. Y tendré que tener el coraje suficiente para decirle a *aba* que no estoy de acuerdo con él cuando dice que, a fin de cuentas, el Profeta se casó con Aixa cuando ella tenía nueve años. Llevaré zapatos de tacón como Chada y no me taparé la cara. ¡El *niqab* es sofocante! Pero antes de llegar a esto, deberé hacer bien mis deberes y ser una buena estudiante. Así podré aspirar a ir a la universidad y estudiar derecho. Yo me aplicaré... ¡y todo llegará!

Desde que me escapé para ir al tribunal, los acontecimientos se han ido sucediendo tan deprisa que aún no he podido asimilar todo lo que ha ido pasando. Necesitaré más tiempo seguramente. Tiempo y paciencia. Por otra parte, Chada me ha propuesto en varias ocasiones ir a un médico que dice que me podrá ayudar. Pero, cuando ha llegado el momento, he ido aplazando la cita de un día para otro. ¡Me da vergüenza ir a un médico que no conozco! Al final, ha renunciado a convencerme. Al principio estaba corroída por la vergüenza. La vergüenza y el miedo a ser diferente a las demás niñas de mi edad. La terrible sensación de ser inferior a ellas. No podía dejar de tener la impresión de haberme visto obligada a enfrentarme en solitario a una terrible prueba; de haber sido la víctima anónima de una historia que nadie más que yo podía comprender. Aislada. Excluida. Humillada.

Pero en los últimos tiempos he comprendido que mi caso no era el único. Hay muchas historias como la mía o la de la alumna de trece años. Historias de las que no se habla, pero que son mucho más numerosas de lo que se imagina.

Hace algunas semanas, Chada me ha hecho reunirme con Arua y Rym, dos niñas que, como yo, acaban de pedir el divorcio. Cuando las he visto por primera vez, las he abrazado fuertemente considerándolas como mis hermanas. La narración de sus penalidades me ha conmocionado. A los nueve años, Arua fue obligada por su padre a casarse con un hombre veinticinco años mayor que ella. Pero, después de escuchar mi historia por la televisión, una mañana decidió irse a refugiar a un hospital próximo a su casa, en la aldea de Jibla, al sur de Saná. La vida de Rym, de doce años, cambió tras el divorcio de sus padres. Para vengarse de su madre, su padre la casó con un primo de treinta y un años. Después de numerosas tentativas de suicidio, Rym supo encontrar el coraje necesario para acudir a las puertas de un tribunal.

Me siento orgullosa de saber que mi historia las ha ayudado a encontrar los medios necesarios para defenderse. Su tragedia me ha emocionado. Me siento un poco responsable de su decisión de enfrentarse a sus maridos. Si han acudido a la justicia ha sido gracias a mí. Me dan mucha pena. Escuchando sus desventuras, me ha parecido verme reflejada en un espejo y me he dicho: «*Jalás!*», «*¡Se acabó!*». El matrimonio está hecho para hacer desgraciadas a las mujeres. No me casaré nunca. Nunca jamás. *Machi! Machtich!*

Pienso a menudo en la historia de Mona. A ella tampoco le ha sonreído la vida. ¡Hace una semana mi hermana Yamila ha sido, por fin, puesta en libertad!

Cuando ha regresado a casa, la he abrazado. ¡Qué sorpresa tan grande volver a verla!

En la cárcel ha tenido que compartir celda con criminales ¡e incluso con mujeres acusadas de haber asesinado a sus maridos! Pero, en casa, hemos evitado hablar del tema para no hacerle recordar momentos tan desagradables. Y, después de tanto tiempo, por fin mi familia vuelve a estar reunida al completo. Claro que, tras los primeros momentos de alegría, han vuelto a empezar las disputas y el otro día mis hermanas se han peleado. Mona finalmente, para salvar a Yamila, ha aceptado firmar el famoso papel. No puede evitar hacerlo. Pero la acusa de haber roto su familia y, entre ellas, nada será nunca como antes. Aunque todo lo que pasó fue culpa de su marido. Por cierto, no he de olvidarme de hablar un día con Fares para que me prometa que, si un día se casa, será el más dulce de los maridos.

Un avión cruza el cielo dejando tras él una larga estela blanca. La veo crecer a medida que sigue su trayectoria. Seguro que va a aterrizar en el aeropuerto. Tal vez viene de Francia o de Bahrein. Por cierto, ¿cuál de estos dos países está más cerca de Yemen? Se lo preguntaré a Chada. Un día yo también volaré e iré al otro lado del mundo. Parece ser que en un avión caben por lo menos trescientas personas. Un vecino que ha vuelto de Arabia Saudí me ha contado que el interior parece un gran salón, en el que se pueden leer periódicos y revistas mientras te sirven la comida. En un avión, ha añadido, todo el mundo come con cubiertos. ¡Como en la pizzería!

La voz aguda de la profesora me devuelve a la realidad. —¿Quién quiere recitar la primera sura del Corán? —pregunta, dirigiéndose a la clase.

En un gesto de audacia que hacía mucho tiempo que no tenía, levanto la mano en alto para que todo el mundo lo vea. Es extraño, por una vez no he perdido el tiempo en reflexionar antes de decidirme. No me he preguntado qué es lo que *aba* pensaría o lo que la gente podría comentar a mis espaldas. Yo, Noyud, diez años, he respondido libremente a una pregunta. Y he tomado esta decisión sin contar con nadie.

—¿Noyud? —pregunta la profesora, dirigiendo su mirada hacia mí.

Mi entusiasmo no ha disminuido en absoluto.

Después de respirar hondo, me levanto de mi silla firme como una roca. Comienzo a sondear mi memoria para recitar los versos del Corán tal como los aprendí el año pasado:

*¡En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso!
Alabado sea Alá, Señor del universo, el Compasivo,
el Misericordioso, dueño del Día del Juicio.
A Ti solo servimos y a Ti solo imploramos ayuda.
Dirígenos por la vía recta, la vía de los que Tú has agraciado,
no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados.*

Un silencio solemne ha invadido la clase.

—¡Bravo, Noyud, que Dios te proteja! —aplaude la profesora animando a la clase a hacer otro tanto.

Luego su mirada se dirige al otro extremo del aula en busca de otra candidata.

Con la sonrisa en los labios vuelvo a sentarme en mi pupitre.

Después de mirar a mi alrededor, no puedo evitar un enorme suspiro de alivio. Con mi uniforme verde y blanco no soy

más que una de las cincuenta alumnas de la clase. Soy una estudiante de segundo de primaria. Acabo de volver a clase como miles de pequeñas yemeníes. Cuando, a mediodía, vuelva a casa tendré que hacer los deberes, y dibujar con mis lápices de colores.

Hoy, por fin, tengo la impresión de haber vuelto a ser una niña. Una niña normal. Simplemente, como lo era antes.

EPÍLOGO

Con un bonito vestido violeta, Noyud reparte sonrisas mientras se agarra con firmeza a la mano de Chada. Sus gestos son tímidos. Pero su mirada es despierta y decidida.

—¡Una foto más! —le piden los *paparazzi*.

Este 10 de noviembre de 2008, la divorciada más joven del mundo acaba de recibir el premio a la Mujer del Año, un galardón otorgado por la revista femenina *Glamour* que, a sus diez años, comparte con la actriz cinematográfica Nicole Kidman, la secretaria de Estado norteamericana Condoleezza Rice y la senadora Hillary Clinton. Con ello la pequeña yemení ha cambiado su estatus de víctima anónima por el de moderna heroína contemporánea. Sin embargo, hoy por hoy, ella solo aspira a hacer una vida normal. Algo que sin duda merece.

Noyud ha ganado. Está orgullosa de ello. Desde nuestro primer encuentro en junio de 2008, dos meses después de su

divorcio, lo que más me asombra en ella es su seguridad.³³ Parece como si su increíble combate la hubiera obligado a crecer de golpe, robándole la inocencia propia de la infancia.

Me asombró la madurez con la que, desde el otro extremo de la línea telefónica, me indicó hasta los más insignificantes detalles de la ruta que lleva hasta su humilde casa, perdida entre las polvorientas calles de Dares, en la periferia de Saná, la capital de Yemen.

Cuando llegué, ella me esperaba cerca de la estación de servicio, atestada de coches. Vestía un velo negro y la acompañaba su hermana pequeña, Haifa. «Estaré cerca de un vendedor de caramelos», me avisó, desvelando así la debilidad por las golosinas propia de los niños de su edad. Tiene los ojos almendrados, cara de muñeca y una sonrisa angelical. En apariencia, es una niña como las demás a la que le gustan los caramelos, que sueña con tener una enorme televisión y que juega a la gallinita ciega con sus hermanos y hermanas. Pero su interior es el de una gran dama, engrandecida por el sufrimiento, que hoy sonríe recordando los «*Mabruk!*» (¡Felicidades!) que las mujeres de Saná lanzan a su paso cuando la reconocen.

«El divorcio de Noyud ha derribado una puerta blindada», me dice Husnia al-Kadri, directora de Asuntos de la Mujer de la Universidad de Saná, en relación con un estudio reciente que ha revelado que más de la mitad de las mujeres yemeníes contrae matrimonio antes de los dieciocho años.³⁴

Sí, es cierto. La historia de Noyud lleva implícita un mensaje de esperanza. En un país donde el matrimonio adoles-

cente se inscribe entre las tradiciones que parecen irrevocables, este extraordinario acto de valentía ha animado a muchas otras vocecitas a levantarse contra sus maridos. Tras su paso por el tribunal de justicia, otras muchachas –Arua, de nueve años, y Rym, de doce– han iniciado su propia batalla para acabar con sus inconcebibles matrimonios. Un periódico local de Arabia Saudí publicaba recientemente la noticia de la llegada a los tribunales de la demanda de divorcio de una niña de ocho años casada por su padre con un cincuentón. ¡La primera en un país vecino a Yemen y de costumbres extraordinariamente tradicionales!

La victoria de Noyud ha permitido, asimismo, que las asociaciones feministas yemeníes presentaran al Parlamento una moción a favor de aumentar la edad legal para contraer matrimonio.

Noyud probablemente aún no lo sabe, pero realmente ha roto un tabú. El hecho de que, gracias a las agencias de prensa internacionales, la noticia de su divorcio haya dado la vuelta al mundo ha permitido poner fin al silencio que pesaba sobre una práctica desgraciadamente muy frecuente en países como Afganistán, Egipto, India, Irán, Mali, Pakistán...

Pero si su caso nos emociona tanto es porque nos remite a nosotras mismas. En Occidente es políticamente correcto apiadarnos instintivamente de las mujeres musulmanas. Pero las bodas tempranas y la violencia doméstica están lejos de limitarse al islam. En Francia, Italia o España nuestras abuelas y bisabuelas nos recuerdan que también ellas se casaron muy jóvenes, y muchas mujeres siguen siendo maltratadas por

sus maridos. Recordemos también que, en Estados Unidos, el líder de una secta mormona tejana, Warren Jeffs, tenía por costumbre, antes de que su organización fuera desmantelada en 2008, celebrar el matrimonio de muchachas de catorce años.

En Yemen la religión no es más que uno de los muchos factores que llevan a los padres a casar a sus hijas antes de alcanzar la pubertad. «La pobreza, la falta de educación y la cultura local son elementos que también entran en juego», me explica Husnia al-Kadri. El concepto del honor familiar, el miedo al adulterio, los ajustes de cuentas entre tribus rivales... Los padres esgrimen muchas y variadas razones. En el mundo rural, añade la investigadora, hay un proverbio que asegura: «Una boda con una niña de nueve años es garantía de un matrimonio feliz».

El problema es, pues, que para muchas yemeníes las bodas precoces son una costumbre, una tradición... «Recientemente una niña yemení de nueve años murió tres días después de su boda con un ciudadano saudí. Sus padres deberían haber organizado un escándalo. Pero, por el contrario, se excusaron ante el marido como si le hubieran entregado una mercancía en mal estado y, a cambio, le ofrecieron a la hermana pequeña de siete años», me explicó poco después Nadia al-Saqqaf, redactora-jefe del *Yemen Times*. La rebeldía de Noyud, tan meritoria a nuestros ojos, ha sido considerada por los tradicionalistas como una escandalosa afrenta que, según los más extremistas, merece ser castigada por haber incurrido en un crimen contra el honor.

Lejos ya del brillo de las lentejuelas y los neones de Nueva York, la realidad cotidiana de nuestra heroína está, desgraciadamente, muy lejos de ser un cuento de hadas.

Tal como ella quiso, Noyud volvió a casa de sus padres. Pero, a la hora de escribir estas páginas, su destino es todavía muy incierto. En el seno de la familia, los hermanos mayores ven con malos ojos el revuelo internacional suscitado por el divorcio. Los vecinos se quejan de las idas y venidas de las televisiones extranjeras. Y muchas de las personas que parecen querer informarse sobre la historia no llevan precisamente buenas intenciones. Para colmo de males, el ex marido ha sido absuelto. La familia de Noyud ha roto todos los lazos con él y nadie sabe dónde se encuentra.

Chada tampoco está libre de amenazas. Sus detractores la acusan de difundir una imagen negativa de Yemen. Mientras tanto, en provincias, las ONG se entregan a la causa de sensibilizar a la población rural sobre los peligros de los matrimonios precoces. Así, para evitar herir susceptibilidades y remover mejor las conciencias, la organización Oxfam –la más implicada, con mucho, en este proyecto– debe medir los términos que utiliza cuando organiza talleres sobre este tema en el sur del país. En lugar de hablar de «edad legal para contraer matrimonio» deben aludir a «edad segura», insistiendo en los peligros que puede acarrear un matrimonio precoz: traumas psicológicos, abortos, abandono escolar... Les resulta muy difícil realizar su tarea. «Muchos de nuestros cooperantes destinados al medio rural son objeto de *fatwas* pronunciadas por los jefes de tribu locales, que les acusan de no respetar las leyes del islam y de difundir entre sus gentes la decadencia de Occidente», me asegura Suha Bachren, una

de las responsables del programa. El camino hacia un futuro mejor es largo y sinuoso...

En el barrio de Noyud las luces no brillan como en Nueva York. En invierno, hace frío y no hay calefacción. En Saná los trajes de noche siguen estando tras los escaparates. Por la mañana hace falta ir a comprar el pan para toda la familia. El padre de Noyud aún está en paro. Y cuando no hay dinero suficiente para comer o para pagar el alquiler, sus hermanos pequeños continúan mendigando unas pocas monedas en las calles.

A pesar de todos estos obstáculos, la joven divorciada ha vuelto a la escuela. Los derechos de autor de este libro le permitirán financiarse los estudios hasta convertirse, como desea, en abogada y tal vez incluso pueda construirse un techo bajo el que protegerse. Cada vez que viajo a Saná, me pide que le lleve lápices de colores. Agachada en el modesto salón familiar dibuja siempre el mismo edificio cuadrado y sembrado de ventanas. Un día le pregunté si era una casa, una escuela o un internado. «Es la casa de la felicidad. Donde viven las niñas felices», me contestó mientras me dirigía una amplia sonrisa.

Delphine Minoui

Enero de 2009

AGRADECIMIENTOS

Tenemos que dar las gracias más sinceras a todas y todos los que nos han abierto sus puertas y nos han permitido reconstruir la historia de Noyud para que sirva de ejemplo e infunda a otras muchachas como ella el valor suficiente para hacer valer sus derechos.

Muy especialmente agradecemos la colaboración de Chada Nasser, la abogada de Noyud, así como de los jueces del tribunal de Saná, Mohamed al-Gazi, Abdo y Abdel Uahed.

Gracias, asimismo, a todo el equipo del *Yemen Times* y particularmente a su redactora-jefe, Nadia Abdulaziz al-Saqqaf, y a su veterano periodista, Hamed Zabet, que hoy ocupa en Saná el cargo de consejero político de la Embajada de Alemania.

Estamos infinitamente agradecidas a la investigadora Husnia al-Kadri, directora del departamento de Asuntos de la Mujer en la Universidad de Saná, que nos ayudó a comprender mejor todo lo relacionado con los matrimonios precoces en Yemen. Gracias también al equipo de Oxfam y en

particular a Uamid Chakir y Suha Bachren por su valiosa ayuda.

Gracias a Njala Matri, directora de la escuela del barrio Raudha, que permitió que Noyud retomara sus clases.

Hemos de expresar igualmente nuestra profunda gratitud hacia Eman Machur, sin ella este libro nunca hubiera visto la luz. Su apuesta a favor de las mujeres yemeníes, su paciencia y su talento como traductora nos han sido de considerable ayuda.

Nuestro reconocimiento sin límite hacia Ellen Knickmeyer, que ha hecho posible nuestro encuentro.

Gracias de todo corazón a Borzu Daragahi por su apoyo moral y su entusiasmo cuando le hablé del proyecto de este libro.

Y, por fin, gracias a Hyam Yared, Martine Minoui y Chloé Radiguet, que aceptaron gentilmente desempeñar el papel de primeras lectoras del original.

Este libro está dedicado a Arua, Rym y a todas las pequeñas yemeníes que sueñan con la libertad.

Delphine Minoui y Noyud Ali

NOTAS

¹ El *qat* es una hierba euforizante que permite olvidar el hambre y la fatiga. Se consume siguiendo un antiguo rito social. Pese a estar prohibida en numerosos países por considerarla un estupefaciente, es de venta libre en Yemen, y su cultivo constituye la base de la producción agrícola del país.

² El *niqab* es un velo que cubre por completo la cara a excepción de los ojos y que llevan las mujeres musulmanas tanto en Yemen como en otros países del Golfo (Arabia Saudí, Bahrein, Qatar...).

³ «Papá» en árabe.

⁴ 150 riales corresponden a unos 60 céntimos de euro. Un euro equivale, aproximadamente, a 258 riales yemeníes.

⁵ El muecín es la persona encargada de llamar a la plegaria, cinco veces al día, desde el alminar de la mezquita.

⁶ «Mamá» en árabe.

⁷ En Yemen la tasa de mortalidad durante el parto y la primera infancia es una de las más elevadas del mundo.

⁸ En Yemen, una de cada dos mujeres es analfabeta.

⁹ En los países musulmanes, el *sofra* sustituye a la mesa a la hora de las comidas.

¹⁰ El fenogreco es una especia aromática muy utilizada en Oriente Medio. Se la encuentra asimismo en la cocina africana e hindú.

¹¹ Consecuencia inequívoca de la pobreza que se vive en Yemen, el tráfico de niños yemeníes hacia Arabia Saudí es una plaga que se cierne sobre los más pequeños en los medios más desfavorecidos. Según algu-

nas ONG, un 30 por ciento de los niños en edad de ir a la escuela y que viven en zonas fronterizas huyen cada año hacia Arabia Saudí con intención de hacer fortuna. Sus condiciones de trabajo son extremadamente precarias y, aunque las familias evitan celosamente hablar de ello, se han dado casos de abusos sexuales.

¹² El *sigar* o «intercambio matrimonial» es una tradición muy extendida en las provincias yemeníes y entre las clases más humildes. Consiste en entregar en concepto de dote a una de las hermanas del novio a la familia política.

¹³ En 1999 entró en vigor una enmienda a la ley del matrimonio que autorizaba a los padres a casar a sus hijas menores de 15 años siempre que el marido se comprometiera a no tener relaciones sexuales con su esposa hasta que no alcanzara la edad núbil. Pero esta condición, lo suficientemente imprecisa como para permitir interpretaciones arbitrarias, no suele respetarse.

¹⁴ *Haram*, que significa «prohibido» o «ilegal», también se utiliza como término conmisericordioso: «¡Pobre!».

¹⁵ «Si Dios quiere».

¹⁶ La dote de la novia tiene en Yemen una gran importancia económica y social. El montante de la misma se estipula entre los hombres de las dos familias como si se tratara de un negocio.

¹⁷ «Honor» en árabe.

¹⁸ Entre 2004 y el verano de 2008, un complejo y sangriento conflicto tuvo lugar en las inmediaciones de la ciudad de Saada, en el norte de Yemen, entre tropas gubernamentales y los rebeldes de Al Huzi, cuyos miembros pertenecen a la minoría zaidí, una rama del islam chií (la mayoría de los yemeníes son suníes). La revuelta huzi tiene, pues, connotaciones religiosas, sociales y políticas.

¹⁹ «Cortinas» en árabe.

²⁰ Según los testimonios recogidos en Saná, no fue hasta el declive del imperio otomano, que extendió durante un tiempo su influencia en la zona, y la toma del poder por parte del imán Yahya del norte de Yemen, cuando las mujeres comenzaron a vestirse de negro.

²¹ En la actualidad, casi dos tercios de las reservas de agua de Yemen se utilizan para el *qat*.

²² El *ud*, que significa literalmente «madera» en árabe, es un instrumento oriental parecido al laúd.

²³ En Yemen la resina de madera de *ud* suele utilizarse para perfumar los interiores, en forma de incienso que se quema en pequeños recipientes.

²⁴ «Tía», como se suele llamar a la suegra.

²⁵ En 1999, Chada Nasser se destacó al defender a Amina Alí Abdul Latif, casada a los diez años y condenada a muerte bajo la acusación de haber matado a su marido. Tras una movilización sin precedentes, la pena capital fue conmutada en 2005. Después de más de diez años en prisión, Amina ha recobrado la libertad, pero vive escondida por miedo a las represalias de su familia política.

²⁶ «Felicidades» en árabe.

²⁷ «Tía» en árabe.

²⁸ 50 000 riales –el equivalente a unos 194 euros– es el sueldo aproximado de cuatro meses de salario de un obrero yemení.

²⁹ «Gracias» en árabe.

³⁰ Alrededor de 38 euros.

³¹ En los últimos meses el incremento de las amenazas terroristas de grupos próximos a Al Qaeda ha llevado a las autoridades a aumentar el número de controles militares, especialmente en las autovías que conducen hasta el aeropuerto.

³² «¿Cómo estás?» en árabe yemení.

³³ Delphine Minoui, «Nojoud, 10 ans, divorcée au Yémen», *Le Figaro*, 24 de junio de 2008.

³⁴ *Early Marriage in Yemen. A Base Line Story to Combat Early Marriage in Hadramout and Hadeyda Governates*, Universidad de Saná, 2006. Según este estudio, los matrimonios precoces son la principal causa de la falta de acceso a la educación de las mujeres. En Yemen el 70 por ciento de las mujeres son analfabetas.